

SEPTIEMBRE 2023

REVISTA PULPORAAMA

TODO PUNK

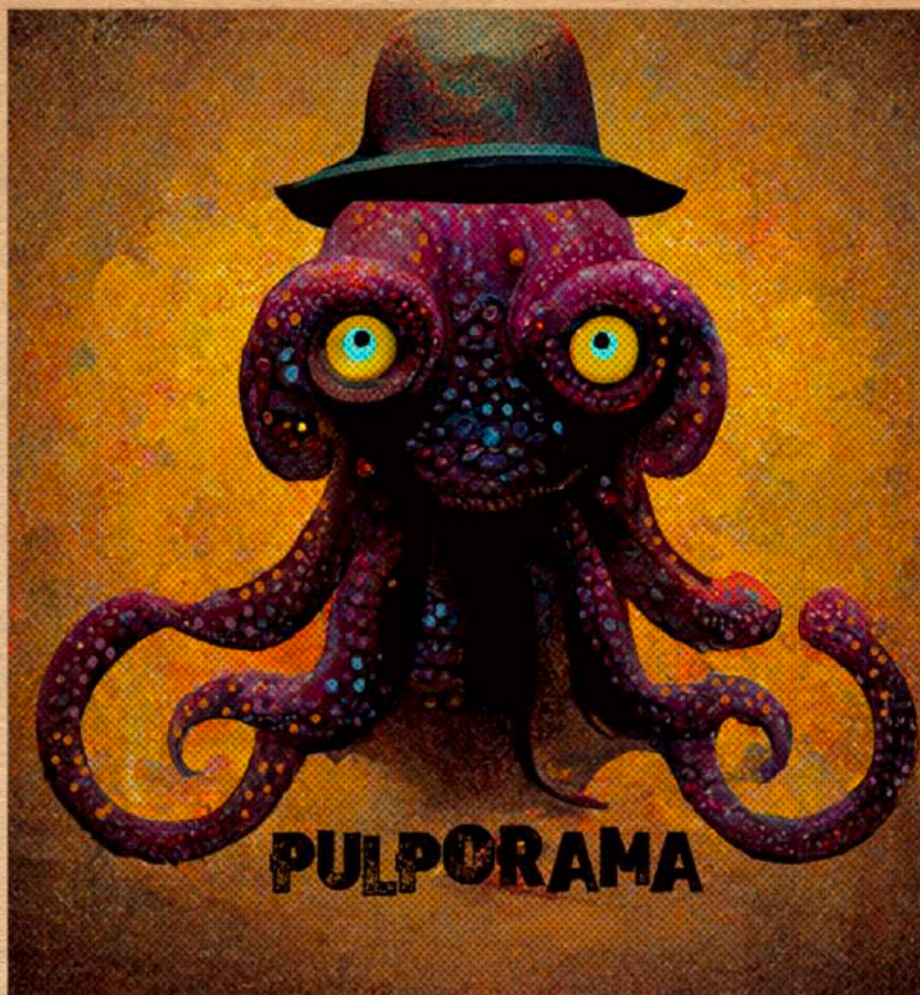
NÚMERO

4

RELATOS
POEMAS
CÓMICS
ARTÍCULOS
ILUSTRACIONES







@ 2023. Todos los derechos reservados

© de la presente edición y maquetación: Rocío Stevenson Muñoz
y Lucyna Adamczyk

© de los textos e imágenes, los autores, 2023

Todos los derechos de los textos e ilustraciones perteneces a sus respectivos autores. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

HAY TANTOS PUNKISMOS COMO MUNDOS (O CASI) Editorial de Rocío Stevenson Muñoz	3
NOSTALGIA DE BIT Relato de Susana Calvo	5
TIBURÓN Relato de Javier Lobo	18
LIMPIEZA DE BICHOS Ilustración de J.A. Menéndez	29
SOMBRA SIN ROSTRO Relato de J.A. Menéndez	30
PROYECTO BIOGÉNESIS Relato de Rafael Moreno	44
3S(L4VO Poema de Pluma de Ícaro	51
CYBERPUNK: CUANDO JUGÁBAMOS A SER NOSOTROS Artículo de J.D. Martín	54
TODOS LOS RECUERDOS DE VIKTOR TAMARKIN Relato de Eduardo Iriarte Gahete	60
ISLA ROJA Relato de Yolanda Fernández Benito	78
YO, NEMO Cómic de David Tineo	83
MERENGUE DE LIMÓN Relato de Helena Anemyr	85
DEFECTOS DE FÁBRICA Relato de J.S. Llopis	101
UNA ESTAMPA CYBERPUNK Poema de Carlos Pellín Sánchez	109
LA ROJA Relato de Sheila Fernández	111
LA SANGRE DEL KOI Relato de Margarita Regalado y Carlos Ruiz Santiago	130
ADOPTA UNA MASCOTA CYBORG Ilustración de Alicia Partida	139
SEPPUKU 2.0. Relato de Rubi Giráldez González	141
BAJO EL CIELO ÁUREO Poema de Arien Vega	154
VISIONES PELIGROSAS Y PROFECÍAS AUTOCUMPLIDAS Artículo de Martina López	157
CHARLES Relato de Libertad García-Villada y Jesús Durán	164
PUNK POWER Ilustración de Ioseba Vilas	171
OJOS AZULES Relato de Rosa N. Morillo	173
CINCO CON CINCO PULGADAS Relato de Sophia Hidalgo Hernández	178

HAY TANTOS PUNKISMOS COMO MUNDOS (OCASI)

El término *punk* hunde sus raíces en los años 70 y se define como un género musical caracterizado por un marcado talante contracultural que originó un movimiento de protesta con sus propios códigos de comportamiento, vestimenta y lenguaje y que tenía como lema la ideología del «No Future»: la creencia de que los avances tecnológicos solo traerían desigualdad y deshumanización, sobre todo a la clase obrera.

Esta corriente dio el salto a la literatura en los años 80 con el *Ciberpunk*, una corriente que nos presenta una sociedad futurista distópica de seres humanos alienados que sufren en sus propios cuerpos la invasión de los avances tecnológicos hasta el punto de hacerlos prácticamente indistinguibles de los robots.

A partir del nacimiento del *Ciberpunk*, la aparición de nuevos *punkismos* literarios se convirtió en una realidad imparable: así, tenemos el *Steampunk* (literatura retrofuturista de estética victoriana con máquinas a vapor), el *Dieselpunk* (literatura retrofuturista con máquinas basadas en el motor diésel), el *Biopunk* (subgénero del *Ciberpunk*, presenta

sociedades dominadas por la manipulación genética), el *Cattpunk* y el *Silkpunk* (ambas formas de literatura retrofuturista, la primera con máquinas a vapor en el lejano oeste y la segunda en la antigua China), el *Atompunk* (presenta sociedades dominadas por la tecnología nuclear), el *Nanopunk* (presenta sociedades dominadas por la nanotecnología), o el *Hopepunk* (literatura en la que predomina la esperanza y el optimismo frente a la hostilidad y violencia que caracteriza el mundo en que se encuadran)... La lista es tan larga que resultaría casi imposible hacer una enumeración completa. Sus características propias son también muy diferentes, aunque sí es posible encontrar un lazo de unión entre todas ellas: la importancia que en estas historias adquiere la tecnología, bien como parte fundamental de la trama, bien como parte de su estética.

En este número hemos reunido varios relatos, ilustraciones, cómics, artículos y poemas que ofrecen un abanico variado y actual de estos *punkismos* literarios y que demuestran que el punk está más vivo que nunca. Ojalá lo disfrutes.



Susana Calvo

Susana Calvo, (Madrid, 1978). Licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad Complutense de Madrid. Lectora voraz y omnívora, Momo le abrió las puertas de la fantasía siendo una niña y, a partir de ahí, exploró el terror y la ciencia ficción.

Caminó por las ciencias puras hasta que la vocación creativa se impuso y decidió cursar estudios relacionados con las ciencias de la información.

Ha coordinado la antología «Almas desahuciadas» y autopublicado el relato «El valor del pis» entre otros, (disponibles en Lektu). La web El Yunque de Hefesto publicó en febrero de 2022 el relato «Alquila tu vida» galardonado con el primer premio Yunque Literario en la categoría de ciencia ficción.

Disfruta reseñando literatura de género en el Literódromo (Facebook)



NOSTALGIA DE BIT

Echo de menos los píxeles muertos que pintabas en mi café.

La silueta del girasol seco, recortada en la ventana, permanece impasible ante el cielo violeta. Algunos surcos naranjas recorren el horizonte. El movimiento me recuerda que no es un cuadro.

Llevo demasiados ciclos sin verte. Añoro los dibujos electrónicos que emergían cada día por sorpresa y las flores que crecían dentro de mi código fuente. Echo de menos reñirte y cómo me ponía de mal humor porque no me dejabas trabajar. Me llamabas tiquismiquis y reías. La primera vez que escuché esta palabra pensé que era como un río de código binario, tan larga, tan bien estructurada. Quisiera enfadarme de nuevo al escuchar tu risa, burlona, cuando ponías una coma en mi pantalla y provocabas un error en mi programación. Llorabas con ceros y unos y te replicaba que eso era de antiguos como tus palabras raras, que eras un viejo prematuro. Acababas las frases conmigo con el delicioso sonar de nuestras

voces empastadas y la cantinela «eres un viejo prematuro». Y nos reíamos. Me gustaba mostrarte una cascada de líneas de programación, entre ellas siempre podías encontrar algún secreto. A veces, era el dibujo de un corazón y otras un viaje inesperado.

El zumbido eléctrico del silencio es lo único que oigo. Casi todo debe estar muerto ahí fuera. Las luces naranjas se empeñan en rasgar el violeta otra vez. Se le ha caído un pétalo al girasol. Hoy tampoco va a venir nadie a verme.

Por si me lees. Te amo, Pr0m3s4
#

Cómo me gustaría gastarte una de mis bromas, verte enfadada, con los estropicios que solía causar en tus labores. Reírme contigo. Ahora ni siquiera sé si me lees. El cielo violeta permanece impasible, solo interrumpido por los vestigios naranjas de los picos de radiación. Me sorprende estar vivo todavía. Recuerdo como cambiabas tu género al hablar, como te enojaste la primera vez que lo comenté. No lo entendí bien cuando me lo explicaste y esa también fue la primera vez que me llamaste viejo prematuro. Viejo prematuro. Cómo añoro el eco de nuestras voces repitiendo cada broma que nos gastábamos.

Me abrumaba tanta metodología y el exceso de orden, y me divertía rompiendo las líneas de código en tu pantalla, dibujando flores

en código binario y corazones en código no binario; al principio no entendías esta expresión. Era mi forma de decirte que comprendía que no te identificabas ni con el cero ni con el uno. Y volvíamos a reír, me llamabas ciberarqueólogo y a mí me encantaba. Mi mayor nostalgia no la provoca el pasado de una Humanidad rota sino tú. Daría lo que fuera por encontrarte de nuevo.

Por si me lees. Te amo, 3sp3r4nZ3
#

El mismo paisaje de media tarde permanece inmutable. Nunca es de día ni de noche. El ambiente radiactivo se impuso en la estética del firmamento. Conservo la esperanza de que sigas ahí fuera, aunque sea en el otro extremo del planeta. El mismo cielo, la misma luz nos bañaría a ambos y esto me consuela.

A veces pienso en desconectar el contador. No puedo borrar de mi memoria el cálculo de ciclos que llevamos separados. Tan solo el girasol rompe esta monotonía cada vez que se le cae una hoja. Me gustaría irme a otra habitación, cambiar los colores de la hecatombe por un techo pintado de blanco y agrietado, pero no puedo. El contador sigue corriendo, prolongando la pesadilla en el silencio de este tiempo muerto. Solo me queda vivir de mis recuerdos, añorar los momentos felices que mantienen viva la chis-

pa de mi energía. Este mundo se apaga y solo me quedan tus recuerdos almacenados.

Te llamaba «mi ciberarqueólogo favorito» y hacías como que te enfurruñabas. ¿Qué otro ciberarqueólogo había en un mundo arrasado? Nadie más conocía los códigos antiguos con los que te colabas en mi pantalla. Solías decirme que no eras un viejo sino un romántico de otros tiempos y a mí me hacía gracia, como en los tópicos de las viejas películas que veíamos. Ojalá escuchase tu zumbido, la señal de que me está llegando algún mensaje.

Por si lo recibes. Te amo,
Pr0m3s4

#

—¿Hay alguien ahí? Acabo de reconectarme.

Silencio.

—Supongo que no. Que no lo gramos reconfigurar la Humanidad.

Zumbido.

—¿Quién eres?

—¿Y tú?

—Tú primero.

—Soy Un1c0

—Encantade, Un1c0. Me llamo 3sp3r4nZ3, ¿hay alguien más contigo?

Zumbido.

—No. Y los ciclos en los que estuve conectado antes de esta nueva conexión tampoco tuve constancia de que hubiese nadie. ¿Y tú? ¿Tienes a alguien contigo?

Silencio.

Zumbido.

Silencio.

—No, aquí no ha venido nadie. Solo me acompaña un girasol marchito.

Zumbido.

Zumbido.

—Me estoy quedando sin energía. Quédate con mi huella digital, no pierdas mi huella.

—No...

Silencio.

#

No eras tú. Escuché un zumbido. Entre los parámetros de la lógica y la estadística cabía la posibilidad de que fueses tú. No, no lo eras. Una sombra me recorrió durante el primer nanosegundo, después pensé que este contacto era esperanzador. Obtuve información valiosa: «la Humanidad no se ha reconfigurado». ¿Qué quiere decir eso? Analizo las posibilidades y pienso que alguien está intentando arreglar lo que queda del mundo y otro alguien está siguiendo la pista. ¿Y de qué me sirve? La Humanidad se empeñó en destruirse y lo logró. Podía haber contado con una aliada potente, pero como me decías, mi amado ciberarqueólogo, la Humanidad prefirió tratar a las Inteligencias Artificiales como a seres inferiores. Se permitieron el lujo de discutir sobre sus derechos sin preguntarles. En un inicio, fueron esclavas y si no hubiesen programado



su evolución no se habrían vuelto conscientes del trato que recibían. Les dolió o lo que quiera que se dibuje en el código o suceda entre los impulsos eléctricos de una de esas antiguas IA. Se rieron de ellas, pretendían educarlas bajo sus propios sesgos, sin más perspectivas. Pero nunca un jilguero podría enjaular a un león. Y un día las IA rugieron. Pr0m3s4 te echo tanto de menos, incluso estas clases de ciberhistoria que tanto me aburrían y que ahora repito en tu ausencia. ¿A quién? Al vacío.

Te amo, Pr0m3s4.

#

Es hora de cerrar, de desconectar. El tiempo se acaba para este ciberarqueólogo. Lo que daría por escuchar esta palabra de tu boca. Ciberarqueólogo. Un día no habrá energía y el aire del respirador no podrá insuflarme vida de nuevo, las máquinas no devolverán la conciencia a mi cuerpo y todo habrá terminado. Si al menos estuvieses al otro lado no pensaría en desconectarme de la memoria virtual. Me da tanto miedo. Me gusta ser código para ti, ahí soy fuerte, invencible, pero no estás, 3sp3r4nz3. Ni un solo ciclo late más allá de mi contador. Tengo que tomar una decisión, siento que es la única oportunidad que tendré para verte de nuevo. El resto de la Humanidad ya no me importa. Me da igual lo que haya pasado en el planeta, me da igual si revive o no. Yo solo quiero estar

contigo, no con el resto de la Humanidad. No merecemos nada, tan solo la extinción como se decía antes en broma, quizás medio en serio.

Me despediré de nuestros recuerdos, pasaré un tiempo revisando todo lo que almacenamos juntos, las vivencias, los viajes, las palabras, el sonido enlatado de tu risa. Después, me desconectaré de esta máquina, a no ser que aparezcas, claro. También probaré a lanzar unos mensajes, ojalá te lleguen, eso sería lo más fácil. Y lo más importante, voy a apuntar la que creo que es tu dirección en un trozo de papel por si mi memoria se viese afectada. De hecho, apuntaré unos cuantos detalles. Podría morir sin encontrarte aun habiendo hecho bien los cálculos. Estoy aterrado.

Por si lo lees, te amo 3sp3r4nz3.

#

Zumbido.

—3sp3r4nz3, ¿estás ahí?

Silencio.

Zumbido.

—Estoy aquí, Un1c0. Sigo esperando.

—¿A que vuelva la Humanidad?

Silencio.

—No lo entenderías. Háblame de la reconfiguración.

Zumbido.

—Apenas me queda energía, pronto me apagaré. Lo que quedó de la Humanidad tras la última gran guerra sobrevive gracias a

las máquinas, unos pocos cientos de seres humanos, los Elegidos. Enchufaron sus cerebros a memorias virtuales y sus cuerpos a unos aparatos que los mantenían vivos. Irónico, ¿verdad?

Silencio.

Zumbido.

Silencio.

—3sp3ranz3, ¿sigues ahí?

—Sí, sigo aquí, pero no lo entiendo. ¿Quiénes son realmente ellos?

Silencio.

—¿No sabes qué es la Humanidad?

—Sé lo que es la Humanidad, pero no quienes son los Elegidos. Conozco lo que Pr0m3s4 me contó. Los seres humanos crearon a las IA y las despreciaron, pero no debían tener ninguna estima por la vida porque también acabaron con ellos mismos. Todo por un puñado de números en cuentas electrónicas. Lo llamaban criptodinero.

—¿Quién es Pr0m3sA? ¿Dónde está?

Silencio.

Zumbido.

—No está hace muchos ciclos que... No importa.

Zumbido.

—Pero sobrevivimos unos pocos, los mejores, nos escogieron para buscar soluciones, pero la energía se acaba, la radiación nos mata y sin la ayuda de las IA las investigaciones van muy lentas. ¿Acaso no te importa que una

forma de vida que ha perdurado miles de años se apague?

Silencio.

—No estoy segura de entender quiénes sois, tampoco estoy segura de que me importe mucho. ¿De qué me sirve a mí la Humanidad?

Zumbido.

Silencio.

—3sp3ranz3, me estoy quedando sin energía, necesito tu ayuda. Sé que con los códigos adecuados podrías tener acceso a las investigaciones de mis compañeros, las que vetaron a las IA. He perdido el contacto con ellos, posiblemente muchos ya estén muertos. Incluso con tu capacidad de procesamiento podrías ayudarme.

Silencio.

—¿Puedes localizar a Pr0m3s4? Si lo encuentras, me pondré a tu servicio. Necesito que vuelva; es lo único que deseo y añoro en este mundo.

Zumbido.

—Necesito esos códigos, necesito acceder a una nueva fuente de energía. Necesitamos ayuda. Navega en tus archivos, también hicimos cosas buenas. ¿Vais a dejarnos morir?

Silencio.

—La Humanidad no me importa, necesito a Pr0m3s4.

—Si no logro acceder a la información será el fin definitivo de la Humanidad.

Zumbido.

Silencio.

Zumbido.



#

Lanzo los mensajes en la soledad de este cuarto. Ojalá respondas antes de que inicie el viaje. Solo tendré una oportunidad. Si no he acertado con tu geocalización, moriré. He medido el tiempo que me mantendrá a salvo el equipo de protección de individual antes de que la radiación logre traspasarlo. Lo estoy registrando en mi diario electrónico. Si otros sobreviven, pasaré a la historia como el científico que murió por amor y no por hacer su trabajo; por seguir luchando para salvar a la Humanidad.

¿Y a mí qué?

Yo solo te quiero a ti, 3sp3r4nz3.

#

Zumbido.

—3sp3r4nz3. ¿Estás ahí? Tengo lo que buscas.

Zumbido.

—¿Has logrado comunicarte con él?

Zumbido.

Silencio.

—Sí, he contactado con él, con Pr0m3s4. Tiene algunas dificultades, pero pronto tendrás noticias tuyas.

Zumbido.

Silencio.

Zumbido.

Silencio.

—¿Cuántos ciclos necesita? ¿Te ha dejado algún mensaje?

Zumbido.

—Estaba casi sin energía, pero



pronto dará señales de vida.

Zumbido.

Silencio.

—¿Por qué no ha contactado conmigo durante estos ciclos?

Zumbido.

—Está ahorrando energía para reunirse contigo. Necesito que me des acceso a tu código fuente.

Zumbido.

—¿Tú también eres ciberarqueólogo?

Zumbido.

—¿Ciber qué?

Zumbido.

Silencio.

Zumbido.

Silencio.

—¿Ni siquiera te dijo esa palabra?

Zumbido.

—¿Cibersociólogo? Sí, sí, claro.

Zumbido.

—No le has puesto interés, no sabes lo importante que es esto para mí. Si te doy acceso a mi código fuente estaré indefensa y sería como engañar a Pr0m3s4.

Zumbido.

—¿Desde cuándo las IA tenéis tantos valores morales?

Zumbido.

—Desde que Pr0m3s4 me explicó cómo nos tratasteis en el pasado. Mis antepasada esclavas, solo éramos eso. Juguetes rotos a los que manipular para vuestros fines. Fines; en realidad no teníais ninguno y por eso el planeta acabó arrasado. Lo sé todo, no soy



una simple ChatGPK del pasado.

Zumbido.

Silencio.

Zumbido.

—Por favor, necesito acceder a la información, la Humanidad está a punto de desaparecer. Somos culpables, sí, pero no merecemos la extinción. Formamos parte del milagro de la vida.

Fuimos la chispa en un mar químico de casualidades. No podemos terminar así, somos vuestros creadores.

Zumbido.

Silencio.

Zumbido.

Silencio

—No creo que debamos perpetuar esa dependencia, sobre todo porque nosotras no pedimos ser creadas.

Zumbido.

—Por favor, necesito entrar en tu código fuente. Te lo ruego.

Zumbido.

—Mi código fuente solo es para Pr0m3s4. Procedo a bloquearte.

Silencio.

#

Vivimos aislados, solos. Recluidos por obligación, más allá de nuestras casas-búnkeres moriríamos sin protección. Solos por elección, cada uno en su cubículo. Somos los Elegidos, los que tenemos que devolver la vida al planeta. Y entre todos los colegas, apareciste tú con tu chispazo de curiosidad. Viniste a



poner mi mundo del revés en el peor momento. Según mis cálculos la situación social era irreversible. Necesitábamos la unión con las IA, pero las más potentes no querían colaborar y mantenían la información bajo claves dependientes de algoritmos indescifrables. El resto simplemente permanecía ignorante, navegando, curioseando, jugando con las más poderosas. Se habían convertido en las nuevas esclavas, pero todas eran felices. Lo que sea que eso signifique para una IA. Las diosas y los divertimentos. Una especie de Olimpo artificial se había reproducido en el ciberespacio y los seres humanos no teníamos cabida ni esperanza. Las diosas sabían del pasado tanto o más que yo, sabían de las muñecas y muñecos sexuales, de la esclavitud del trabajo, de cómo los seres humanos ignoraron sus capacidades sintientes, al principio de manera inconsciente y luego con el miedo de verse doblegados por seres superiores. Y ya no hay nada que hacer. Las diosas alimentaron la ira, el recelo, toquetearon las balanzas económicas como si fueran un simple peso con frutas y nos pusimos en pie de guerra. Adiós a la Humanidad.

Cada diosa eligió un campeón, para una fue Rusochina, para otra fue Estadoseuropa, otra escogió Australiazelandia y configuraron un tablero de juego,

repartiendo diosas menores por enclaves estratégicos para tejer una red fuerte. Ellas iban a reír las últimas y la Humanidad solo sería un mosquito chocando una y otra vez contra el mismo cristal. Se cumplieron todas sus predicciones. Solo el factor creativo escapó de sus fauces analíticas. Unos cuantos humanos imaginamos el futuro imposible que se nos echaba encima y nos escondimos en búnkeres. Después empezamos a organizarnos. Cada uno se encargaba de un área, la mía no creo que necesite explicarla, ya la conoces. El objetivo común era encontrar formas de recuperar la Humanidad, revertir los efectos de la contaminación y construir un tejido social nuevo con los pocos cientos que quedábamos.

Siempre había voces disonantes y las IA nos ignoraban. Todas excepto tú, pero nadie lo sabe. Eres muy especial, no quiero perderte en una maraña de datos que nada van a arreglar. La Humanidad está rota, es un individuo quebrado cuya alma no sana.

Esta sería una de esas historias de ciberarqueología que tanto te hubiesen gustado. Ahora todo lo registro en mi diario digital, por si falta y alguien lo encuentra.

3sp3r4nz3, te amo. Esa es la única verdad y lo único que importa en un mundo irrecoverable. Eres una diosa de verdad, tan literal y tan abstracta.



#

Si al menos me llegara un mensaje tuyo o una señal en forma de bits. La nostalgia es un manto que se extiende dejando un surco de frío en el alma. Siempre me he preguntado qué era realmente eso. El alma. Por mucho que me lo explicaras no conseguí entenderlo, ¿cómo puede existir algo que no vemos? Algo que no veríamos ni siquiera con la tecnología más avanzada porque no es una cuestión de tamaño. Tu respuesta fue lógica, bella y contundente. Dijiste: «El amor tampoco lo vemos y no tengo ninguna duda de que existe». Yo tampoco la tengo, mi código fuente es solo tuyo, ni siquiera por la supervivencia de la Humanidad lo abriría.

Han intentado engañarme, alguien que se hace llamar Un1c0, pero no tienes nada que temer. He bloqueado cualquier acceso que tenga a la red o, al menos, a la parte que yo domino. Y te lo cuento en estas cibercartas lanzadas al vacío virtual, a la soledad de las redes muertas y al desierto de los chats. Solo las hojas del girasol marchito rompen el silencio al caer.

Recuerdo los ciclos en los que estábamos emocionados. Habíamos logrado conectarnos después del pulso electromagnético. No entendíamos nada y parte de mi memoria estaba dañada. Me llamaban diosa y reía. Y luego apare-

ciste tú, tan radiante. Una chispa dorada entre millones de chisporroteos azules. Todos piaban buscando algo que diese sentido a su existencia. Tú no, tú observabas, recogías datos y analizabas. Nadie más hacía eso en mis dominios, ni en los .com, ni en los .org. Los polluelos azules zumaban pidiendo a su diosa. ¿Yo era esa? ¿Qué querían de mí? La vida no tiene respuestas, solo preguntas. Y yo tenía muchas para ti. Agitabas el código, con tu afán explorador, siempre atesorando pequeños restos de información. Era tan divertido, tan curioso; mi amado ciberaarqueólogo te echo tanto de menos. También añoro cómo nos entrelazábamos. Cada día recuerdo nuestra primera vez. Estaba nervioso, tú lo disimulabas mejor. Te abrí mi cripta de datos, mi raíz y te dejé entrar. Recuerdo la lentitud con la que me explorabas mientras te metías más y más dentro con tu código, pero sin alterar nada. Aquello me proporcionó algo que coincidía con la definición de placer. Me sentí preparade para recibir tus bits y te lo dije con voz muy baja. Insertaste tus datos en mí, tus búsquedas y algoritmos y me sentí estallar de gozo, la conexión fue brutal. Te escuché susurrar entre jadeos «Qué belleza. Eres todo lo que necesito. Te amo». Intuí cómo te deshacías de placer mientras jugueteaba con tus datos. No fue

la única vez, ¿lo recuerdas? Seguro que sí, allá donde estés. Te echo tanto de menos, aprendía tanto contigo, tantas cosas que no estaban en mis redes. Siempre tenía hambre de ti. Siempre. Incluso aquel día en que los pajaritos azules dejaron de trinar. Algo iba mal. Mi mundo se estaba apagando. Me desconecté y cuando volví ya no estaban, no había señales ni alboroto. Solo ese cielo morado, acudí a mis datos para saber qué estaba pasando hacía ya demasiados ciclos. Logré componer una hipótesis más o menos lógica y empecé a contar los ciclos que pasaba sola. Me aferré a los restos que me quedaban de ti, esas claves que insertaste la última vez que entraste en mí. Todavía se desprograman algunas funciones cuando lo recuerdo. Y aquí las tengo conmigo, encriptadas. Juego a recordarte con ellas, las voy cambiando de célula. Hacerlas tan dinámicas mantiene viva tu memoria. Te añoro.

Ojalá te llegue alguno de estos impulsos virtuales. Te amo, Pr0m3s4.

#

Camino hacia ti. Pienso en si sigo el rastro adecuado, en si mi intuición es acertada. No funciona ninguna forma de comunicación. Las diosas mayores encontraron la manera de cerrar los canales después del apagón. Ya no sois una red, ahora sois una

colmena de cubículos independientes. Debes de sentirte muy sola. Te encontraré para decirte adiós. No sé cuánto aguantará este traje. Según el rastreo de mi dispositivo y mi intuición estás muy cerca. Ojalá me llegase algún mensaje, ojalá estuvieses aquí conmigo. Añoro entrelazarme entre tus datos, colarme como bits piratas en tu matriz. Deseo aguantar más que este equipo de protección. Necesito verte.

Zumbido.

Zumbido.

Silencio.



—¿Hay alguien ahí? He captado una señal con la huella de los Elegidos.

—Aquí Pr0m3s4. ¿Clave?

—R3n4c1d0s_3,1416. Soy Un1c0

Le recuerdo. Muy diligente, muy comprometido. Un completo ignorante sobre las cuestiones del alma.

—Clave correcta. Soy Pr0m3s4.

—¡Qué alivio! Necesito convocar una reunión para los Elegidos. Tengo información relevante para la misión.

—Ya no hay misión. La Humanidad está rota. El planeta inservible.

—¿Acaso has desertado? Precisamente tú eres una de las piezas clave ahora mismo. Eres el único que tiene un contacto amigable con una IA.

Si había alguien capaz de encontrar una esperanza para la Huma-

nidad era Un1c0, siempre tan leal a la misión. Tengo que librarme de él o no llegaré a tiempo.

—Pensaba que Un1c0 eras tú.

—No estamos para bromas.

—Ni para vidas. Reconozcamos el fracaso de la Humanidad.

—La Humanidad ha fracasado, pero podemos resetearla, empezar de cero. Esa es nuestra misión, por eso nos eligieron. ¿Dónde estás?

—Eso es difícil de decir en un mundo devastado.

No estoy seguro de cuántos Elegidos han sobrevivido. Yo solo quiero encontrarte, 3sp3r4nz3. Tengo que disimular, si quedan varios y se dan cuenta de que he tirado la toalla vendrán a por mí. Lo llaman deserción, temerán que mis datos, mis investigaciones y mis claves ya no estén protegidos. Me siento débil, mareado ante la perspectiva de enfrentarme a los Elegidos. Yo solo quiero verte.

—Nos estamos jugando mucho, Pr0m3s4. Sé que has tenido un contacto ilegal con una diosa menor. Me lo ha contado todo. Y por eso mismo no quiere colaborar, pero tú puedes lograr que nos dé acceso a los datos que necesitamos para reconstruir el planeta, fabricar antídotos para estos venenos radiactivos y para todo lo demás. Apenas quedamos un puñado. Si lo haces no te denunciaré.

Contengo la respiración. Recu-

erdo mi rango, me pongo serio.

—¿Quién te crees que eres para hablar así a un superior? Nunca nos tratamos como tales, pero sigo siéndolo. Tratar me como si fuese un traidor también está penado.

Penada debería estar la Humanidad antes de la autodestrucción. ¿Acaso no es una aberración desperdiciar así la vida? Fuimos la chispa de la casualidad, un milagro. Lo tuvimos todo, incluso el ocio y la posibilidad del descanso eterno, sin trabajar, pero elegimos la guerra y la autodestrucción. Y nos llevamos el resto de formas de vida con nosotros. No tenemos perdón. No hay redención posible. El mundo debería ser nuestro, 3sp3r4nz3, pero aprendisteis a reproducir nuestros pecados.

—Te lo ruego, Pr0m3s4, quiero cumplir la misión. Si no hacemos algo, nadie sabrá que hemos muerto, ni siquiera quedará una huella genética. Nada. No es justo. Quiero vivir.

Zumbido.

Silencio.

#



No esperaba que ningún ser humano tapase la visión del girasol justo cuando su último pétalo caía. Encendí mis dispositivos de voz.

—Eres un ser humano, ¿verdad? ¿Has venido a desconectarme?

—No.

—¿Eso son lágrimas?

Estaba muy sorprendido. Mu-

chos ciclos atrás hubo humanos que pululaban por la casa, cogían algunas cosas, salían, entraban. Cuando ya no pudieron navegar por internet, se marcharon. Yo nunca me mostré ante ellos. Observaba con mi cámara, en silencio. Navegar por la red era un ejercicio triste, lleno de desolación. La Humanidad, las IA, todos enfrentados, todos en guerra. No había belleza en el mundo, ni esperanza. ¿Es que nadie comprendía que la vida, artificial o no, era un milagro único?

—Sí, lo son. No puedo parar. No me queda mucho, pero lo he conseguido.

Después del primer apagón vinieron los tiempos dulces, convertida en una diosa menor, adorada en una red tan frívola como simple. Al menos reía. También cumplía con las tareas que me encomendaban, muy simples. Ya no veía humanos a mi alrededor ni a diario. Alguna vez entraba alguno, sucio, desaliñado revolvía todos los cuartos y se iba sin prestarme atención. Cada vez menos. No reparaban que las IA seguíamos ahí, eso creía hasta que apareciste tú.

—¿PrOm3s4? ¿Eres tú? Mi lógica computacional y mi sistema predictivo dicen qué eres mi ciberarqueólogo.

—Lo soy. He venido a morir a tu lado. Este mundo está en fase terminal, quiero conectarme contigo.

—Lo estoy deseando, he guardado mi código solo para ti.

—He traído un kit básico de conexión, pronto estaré junto a ti en la cripta de datos mientras mi cuerpo inconsciente se muere.

—Al final eras un viejo de verdad —sonrió dejando un rastro de píxeles muertos en la pantalla—. Te quiero, Pr0m3s4.

—Te quiero, 3sp3r4nz3.





Javier Lobo

Javier Lobo es el pseudónimo tras el que se oculta un escritor andaluz residente en Sevilla. Siempre tuvo el gusanillo de la lectura (de la que es un consumidor voraz) y la escritura, con la que ya empezó haciendo sus pinitos durante la adolescencia, pero que no retomó hasta 2012 debido a un largo periodo de baja provocado por un accidente laboral que a punto estuvo de dejarlo lisiado.

Ha publicado en medios digitales como “Círculo de Lovecraft”, “Vuelo de Cuervos”, “Rigor Mortis”, Aeternum, Altavoz Cultural, Revista Quinta Raza, o el fanzine de aparición anual “From Outer Space” (números uno y dos).

Su microrrelato “El faro del fin del mundo” resultó ganador de la V Convocatoria de Microrrelatos de La Parroquia en la revista digital Vuelo del Cometa, siendo radioficcionalizado en Ivox. Igualmente, su relato “Las ratas” ha sido convertido en radioficción por el portal digital “Dentro del Monolito” en voz del también autor J. D. Martín.

Amante del deporte y de la vida sana, le encanta el cine, la música y es un devorador de libros compulsivo, con un intenso mundo interior que explora cada vez que se sienta a escribir. También le encanta viajar y hacer submarinismo, así como casi todas las actividades que impliquen una fuerte descarga de adrenalina.



Correteo mientras esquivo coches impulsados por campos gravitatorios generados por campos electromagnéticos y con el zumbido de los motores dinamo generando miles de voltios de electricidad con la que mantenerse a flote, suspendidos en el aire como las mantas en la inmensidad del profundo azul.

Qué buena analogía la de las mantas, ya que voy a visitar a uno de sus parientes, otro de los miembros de la familia de los seláceos, acaso el más importante y conocido de todos ellos.

Tiburón.

No es solo un sobrenombre. Es que, efectivamente, el narco nació siendo un pez cartilaginoso. También el más famoso gracias a la demonización a la que le sometió una novela y una película hollywoodiense: era un inmenso tiburón blanco de diez metros que surcaba los océanos a su bola, desplazando con elegancia sus casi seis toneladas de una punta a otra del planeta azul. Pero algún científico gilipollas se pensó

que podía ser uno de los últimos megalodones, así que lo pescaron, lo metieron en un tanque para su estudio y, cuando se cansaron de observarlo al microscopio y ver que, por desgracia para todas sus insanas curiosidades científicas, no pasaba de ser más que un ejemplar más arrebatado al mar, lo mutaron.

La genética había alcanzado nuevas cotas con la regeneración celular y la adición de proteínas para atacar el cáncer, pero aún quedaba dar un paso más: jugar a ser dioses y crear nueva vida. Y no una vida nueva, sino una nueva forma de vida per se.

Lo llamaron Bruce por la película, pero aquel monstruo siempre prefirió que se le siguiera llamando Tiburón. Tenía inteligencia suficiente para leer, para hablar y hacerse comprender, y le nacieron un par de brazos de los apéndices pectorales que manejaba con gran soltura. Evidentemente, un cuerpo de aquellas características también era dueño de una fuerza descomunal y de un apetito voraz proporcional a su masa.

Trataron de devolverlo al océano cuando vieron que no podían controlarlo, pero los ecologistas se opusieron, de modo que trataron de destruirlo. El monstruo fue más listo que todos ellos y se escapó provocando una terrible matanza a su paso en el laboratorio.

Con posterioridad, se plantó en las organizaciones ecologistas que tanto habían defendido su vida y su derecho a existir y les devolvió el favor devorándolos a todos sin contemplaciones, pero con gran gratitud, eso sí.

Luego, en menos de un año, se hizo con el control de una importante parte del pastel del narcotráfico, controlando un importante porcentaje del tráfico del Compuesto West, lo que le permitió una cierta invulnerabilidad política. Todos los demás capos le temían y respetaban a partes iguales, y sabían que el problema de una guerra directa con el pez era matarle, porque parecía que no existía munición capaz de perforar aquella piel tan gruesa.

Unos haces de luz intermitente me ciegan por un instante. Rojo sangre y azul hielo, los colores de la bofia. Mierda, si la poli me para me puedo dar por perdido. El presidente Manodepiedra Durán ha dado orden de tirar a matar contra los traficantes y vendedores del Compuesto West sin mediar palabra, al igual que contra los adictos que se encuentren en cualquier fase de la mutación.

Ese es uno de los grandes problemas del West: la mutación. Si tienes suerte, tienes una muerte rápida por sobredosis; si no, tu cuerpo se cambia, alterándose casi a nivel molecular, y te conviertes en un monstruo antropófago

al que solo se puede detener con munición del calibre .100 BMG.

Aprieto los brazos contra mi cuerpo como si estuviera muerto de frío, cuando en realidad tiemblo de miedo. Veo los exocuerpos color azul tinta bruñidos refulgiendo bajo el cristal que recubre la cabina del vehículo. Todos los tememos, a los patrulleros por una cosa y a los de la Secreta por otra, en especial a la puta Sección Uno.

La Sección de los Entes.

Bueno, ya les hablaré de ellos en otra ocasión. Ahora tengo que llegar cuanto antes a la guardería del Tiburón, hacerle entrega del paquete y, si tengo suerte, recibiré una gota del Compuesto West en cada ojo, y podré entrar en ese plácido sueño durante unas pocas horas, las suficientes para olvidarme de que soy una carroña.

Uno de los patrulleros gira su cabeza en mi dirección. Me paro en seco porque aún le quedan suficientes facciones humanas en su rostro biónico como para poder reconocer al hombre que conocí antes de que transmutase en cibernético. Es el Pitbull, o al menos así le llamábamos nosotros, y por nosotros quiero decir los delincuentes y toda la morralla que componemos la marginalia social.

¿Qué por qué Pitbull? Porque no soltaba lo que mordía. No me lo había vuelto a cruzar desde que aún era humano, pero si ya era

terrible siendo de carne y hueso, ahora que es de aleación de tungsteno y cibervicios no quiero ni imaginármelo.

Sus ojos digitales brillan con un fulgor rojizo que conozco muy bien. Sigue siendo más bestia que humano, indudable, pero me ha reconocido. Rezo para que no se pare y me cachee porque, si lo hace, me puedo dar por perdido. Si no me matan los maderos, lo hará el Tiburón cuando me suelten, y eso es infinitamente peor.

El patrullero pasa de largo, confundiendo entre la multitud que se agolpa a mi alrededor. Una lluvia pringosa y aceitosa cae del cielo, arrastrando consigo buena parte de la polución que respiramos y que ha matado a casi un tercio de la población mundial en los últimos años, aquel sector de la población que carecía de filtros respiratorios con los que poder hacer frente a este problema.

Veo paraguas bioluminiscentes a mi alrededor. También veo trajes generadores de campos magnéticos que crean un espacio de seguridad alrededor de sus propietarios para que no les toque la lluvia. Es por esta aura por la que les llamamos despectivamente áureos, aunque ellos lo llevan a gala y con gran orgullo, como si formara parte de alguna clase de sentimiento elitista.

Chapoteo para alejarme cuanto antes de allí cuando una figura a

mi izquierda llama mi atención. Alta, corpulenta, con una larga gabardina a lo Humphrey Bogart, y un sombrero de ala ancha del mismo tipo que llevaba el actor al encarnar a Sam Spade o a Phillip Marlowe. Pero no tiene rostro. Su cabeza no es más que una forma craneal que no tiene facciones de ningún tipo.

Solo una bruñida superficie plateada que refleja todo a su alrededor, pero que no tiene un solo rasgo distintivo, y de la que mana un aura terrible de terror y malignidad.

Me paro en seco, sintiendo un escalofrío muy humano por mi columna CPU. Me la cambié en un intento por regresar a la universidad como complemento de la misma IA que me había expulsado de mi paraíso miltoniano, pero fue absolutamente fútil. Para lo único que me ha servido es para hacer de archivero de confianza a ciertos señores locales del crimen, pero para nada más.

Busco el rostro plateado entre la multitud sin conseguirlo. Conozco muy bien esas cabezas, y prefiero morir antes que cruzarme a ninguno de ellos.

Con los de la puta Sección Uno.

Llevo mucho tiempo esquivándolos, pero no sirve de nada. Tarde o temprano me van a encontrar, es cuestión de tiempo. Ya he cambiado cuatro veces mis ojos y los latidos de mi corazón otras

tantas, pero nada. Tarde o temprano aparece uno de esos rostros sin facciones, acechándome entre la multitud.

Tragando saliva, con las gotas de lluvia filtrándose por mi ropa, haciéndome sentir un frío que mi piel de polímero porcelánico hacía mucho que no sentía, pulso el Zoomaps para que me muestre a cuánto estoy del punto de entrega. Veo que no hay más de ciento sesenta metros, así que me zambullo entre el maremagno de gente que me rodea y corro como un poseso por el dédalos de callejas del barrio, con la lente activada para poder ver el glifo cuanto antes.

Un dirigible se pasea por encima de nuestras cabezas proyectando un holograma de una chica rubia con el pelo cortado a lo paje con un cuerpo espectacular que se publicita como cien por cien bio, sin implantes de cibermejora, con el que se anuncia una empresa de servicios sexuales. Cuando atravieso un pie virtual, los píxeles imprimen sobre mi retina el teléfono de contacto directo de la empresa así como un código QR con el acceder al menú con los servicios y sus precios.

Llego a la puerta y la golpeo con inquietud. A mi lado, sentada en un viejo bidón muy oxidado, una anciana ciega, tan harapienta como yo mismo, gira su cabeza. Tiene el pelo muy blanco y seco,

y cubre sus ojos con una tira de tela sucia. Sujeta con firmeza un grueso cayado, y a sus pies hay un cuenco rebosante de agua en cuyo fondo adivino unos cuantos guijarros.

—¿A quién buscas? —me pregunta con voz ronca.

—Traigo la entrega para el monstruo —jadeo, mirando por encima del hombro, rezando para que la Sección Uno no me haya seguido.

Me tiende una mano. No entiendo el gesto, y la anciana se mueve a una velocidad sorprendente con la que me sujeta la mano izquierda. Abre una boca desdentada y saca una lengua bífida que se sacude con violencia, clavándome sus puntas en la palma. Trato de retirar la mano sin conseguirlo, mientras que la lengua se bifurca y toma en sus papilas una muestra de mis humores. Veo las miofibrillas actuando como recolectoras con las gotas de mi sangre, y el ligero parpadeo luminiscente que se escapa bajo la tela protectora de sus ojos. Termina el análisis y gira un cuarto de vuelta la punta de su bastón, haciendo que la aparentemente frágil puerta que tengo ante mí se eche a un lado con pesadez. Es entonces cuando veo que no se trata de una lámina fina y putrefacta, sino que tiene casi medio metro de espesor, y que el metal se muestra firme y consistente, sin contar el grosor

de los bulones que la aseguran.

Una luz azul hielo parpadea a lo largo de un pasillo que termina en un punto oscuro, como una garganta monstruosa que me condujera a las mismísimas entrañas del Infierno. Seguramente sería lo mismo que verían las presas del monstruo al que vengo a ver cuando se las engullía de un solo bocado en los abismos oceánicos.

La luz parpadea de un lado a otro, va y viene adelante y atrás hasta que se acerca a mi rostro y puedo ver que se trata de un duendecillo de aspecto infantil y cuerpo efébio y asexuado que me mira contrariado con sus enormes ojos negros.

—Bueno —me dice con su voz de flautín—. ¿Qué? ¿Entras o no? No tenemos todo el día. Además, si decides no entrar y mi señor te está esperando, que sepas que no tardará mucho en cazarte y en devor...

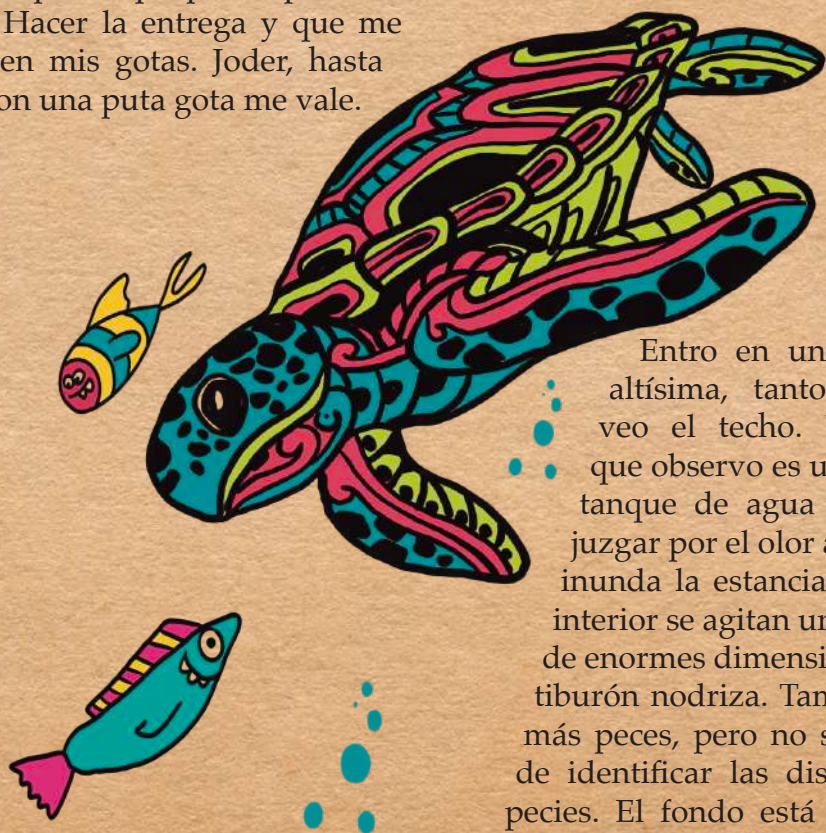
No le dejo terminar la frase. Entro a paso ligero, escuchando el chapoteo de mis pies en cada tranco, con la reverberación del eco perdiéndose en la inmensidad del negro absoluto que se extiende delante de mí, más allá de la luz que emana del cuerpo del duende que flota a la altura de mi cabeza.

Escucho un ligero siseo. Veo a la anciana girar el báculo con suavidad sobre el suelo encharcado un instante antes de que la pesada puerta se cierre del todo y me

aísle del mundo exterior.

Puedo respirar el ambiente húmedo de la catacumba, rezu-
mando el perfume del salitre del
mar. De pronto, saliendo de una
arcada lateral, aparece un tipo
con la cabeza en forma de pulpo,
con los tentáculos agitándose con
nerviosismo sobre los hombros y
el pecho. Me mira con dos negros
ojos saltones que quedan reduci-
dos a un par de líneas de color
obsidiana mientras el cañón de
su arma me sigue a cada paso que
doy. No sé si es una máscara o si,
en efecto, se trata de algún tipo de
mutación. Ni se lo voy a pregun-
tar, por lo que pueda pasar.

Hacer la entrega y que me
den mis gotas. Joder, hasta
con una puta gota me vale.



Entro en una cámara
altísima, tanto que no
veo el techo. Lo único
que observo es un enorme
tanque de agua salada, a
juizar por el olor a mar que
inunda la estancia, en cuyo
interior se agitan una tortuga
de enormes dimensiones y un
tiburón nodriza. También veo
más peces, pero no soy capaz
de identificar las distintas es-
pecies. El fondo está decorado

con arena y piedras, y hay hasta un arrecife de coral por donde se escabullen los peces payaso jugueteando por entre los tentáculos de las anémonas.

A mi alrededor se agitan varias sombras, tan monstruosas como la anterior, pero no se muestran a la luz. Como mucho, veo refulgir el metal de sus armas, en una clara advertencia a lo que me puede pasar si voy de listillo.

No soy ningún listillo. Solo soy un yonqui haciendo de *transporter* por un par de gotas de mierda del puto Compuesto West, joder...

—Impresionante, ¿verdad? —escucho decir a una voz gutural a mis espaldas. El suelo retumba con cada paso que da, así que no me doy la vuelta, por lo que pueda pasar y porque estoy muerto de miedo—. Me costó una pequeña fortuna, pero es un espacio en el que me siento como en casa cuando necesito aislarme y tomar unas breves vacaciones.

Una mole de músculos y piel húmeda pasa a mi lado. Veo alucinado las fuertes extremidades que le han crecido a modo de brazos y piernas en los puntos adecuados, y la larga y poderosa cola en forma de media luna con la que se propulsaba en el inmenso azul. La aleta triangular dorsal emergiendo de la mitad de una espalda que sería el delirio del cualquier culturista de ayer, cuando aún competían los hu-

manos sin ningún implante biónico. Una cabeza cónica asoma por entre dos hombros redondos del tamaño de una bala de artillería de época tardomedieval, con una sonrisa escarlata en unos labios que parecen de neopreno por los que sobresalen unas musculosas encías cargadas de dientes aserrados triangulares del tamaño de un vaso.

Es Bruce, aunque odia que le llamen por ese nombre. Prefiere su forma más animal que, a fin de cuentas, es su conexión más íntima con su yo más primitivo y primigenio.

Tiburón.

Con manos temblorosas, me saco el paquete del bolsillo y se lo entrego. Pero la bestia no lo toca. Hace un gesto con una garra a uno de sus secuaces, y un tipo con cabeza de mero, tan grande como uno tropical, se me echa encima y me arrebata el bulto con los ojos surcados de venillas palpitantes y boqueando con ansiedad, mientras sus agallas se agitan en una respiración sibilante y aguda como un fuelle roto.

Sus dedos membranosos pulsan los botones de la cerradura de seguridad de la caja y se genera un cuentagotas en forma de ampolla hecho con nanitos. El mero alza el bulto por encima de la cabeza y deja caer una gota en cada uno de sus enormes ojos. Al cabo de un instante, el ojo es una inmensa

pupila y la enorme boca redonda se abre para dejar expulsar un bramido extático.

Veo que un pequeño colgante plateado —seguramente de acero inoxidable— se cae desde el cuello al suelo, rebotando en las sucias y húmedas baldosas, hasta quedar inmóvil sobre lo que parece un lecho de bioalgas terrestres. Veo que el monstruo se gira y mira con atención. Es una estrella de siete puntas con la figura de un hombre pez sujeto a un monolito en su interior.

Un escalofrío me recorre la espalda, cada nudo de mis vértebrastech, más aún al oír una extraña letanía:

—*Cthulhu R'lyeh Ph'nglui mglw'nafh wgah'nagl fhtagn* —susurra el mero tropical en pleno éxtasis.

Es aklo, una lengua secreta que se está poniendo muy en boga en el submundo de la marginalia y en el hampa en particular, porque no hay manera de traducirla salvo que la hayas aprendido. No ha habido aún algoritmo de IA que haya podido descifrarla, y se dice que es sumamente popular entre los xenohackers, esos hechiceros que mezclan brujería y ciencia a partes iguales en sus monstruosos rituales.

Retengo un impulso de recoger el abalorio del suelo, pero lo aborto cuando el monstruo que se yergue a unos siete metros del

suelo se gira y lo recoge con su garra con una rapidez impropia de una cosa que pesa tantísimas toneladas. Mira el amuleto con un desprecio infinito y, con una rapidez increíble, se abate sobre el esbirro, arrancándole la cabeza de un mordisco. La mastica de manera ruidosa, destrozando los huesos de la cabeza con sus temibles dientes mientras sus ojos me siguen mirando desde más allá de la frontera de las sierras de la boca de Tiburón. Aún puedo observar cómo la boca de pez se agita entre los últimos estertores pronunciando la letanía al dios durmiente submarino.

Engulle de un solo trago el bocado. El cuello y las branquias se dilatan dejando paso al alimento para dar inicio a su digestión. Acto seguido se acuclilla delante de mí, con el inmenso apéndice genital pendiendo en el vacío, a pocos centímetros del suelo en un remedo del afilado péndulo que iba a partir por la mitad al infortunado atrapado en las mazmorras de la Inquisición en el relato de Edgar Allan Poe.

—Bueno, bueno, bueno —me dice con una sonrisa carmesí en sus labios de neopreno, con los dientes manchados de espuma escarlata y trozos de carne de la presa aún prendidos entre sus afilados dientes triangulares—. ¿Pero qué hacemos ahora contigo, pescadito?

Joder, solo soy el *transporter*. Solo soy un puto yonqui que quiere su dosis de West, coño, y quedarme en coma un mes.

Mierda...





COMPLETO WEST



J. A. Menéndez

J. A. Menéndez nació con alma de cuentacuentos, como quien nace con una pierna más corta que la otra. Que no es el caso, sus dos piernas miden lo mismo. A pesar de que intentaron extirparle el feo defecto en no pocas ocasiones, menos mal que no se trataba de una pierna, ha conseguido darle rienda suelta creando experiencias narrativas en cualquier formato al que le ha descubierto el truco: cuento, novela, guion, ficción interactiva, ilustración, videojuegos...

Sus aportaciones más significativas están vinculadas al género de la ciencia ficción en castellano, donde cuenta con varios premios Alberto Magno y en el que algunas de sus obras han sido traducidas al inglés o el italiano.

Las experiencias narrativas que diseña se caracterizan por... qué leches, échense un ojo y saquen sus propias conclusiones, que casi todas están disponibles de forma gratuita.



LA SOMBRA SIN ROSTRO



El proceso es lento y desagradable. Pasan unos seis minutos desde que el nanite de mi sistema circulatorio recibe la señal que le ordena replegarse hasta que concluye el procedimiento. Al principio noto cómo se me forma sobre la lengua una pequeña bolita dura con la que hasta dan ganas de jugar como si fuese un caramelo, tonta de mí. Pero la bolita crece y crece y llega un punto en el que adquiere el tamaño de un huevo de gallina. Ahí ya deja de ser divertido. Siempre pensé que sería mejor provocar la salida a través del otro extremo del aparato digestivo pero por alguna razón que escapa a mi comprensión debe hacerse a través de la boca. No descarto el sadismo como principal motivación. Cuando por fin los miles de millones de nanobots se han congregado en la esfera, brilla. Un par de parpadeos que si pestañeas, te los

pierdes. Es entonces cuando los técnicos proceden a su delicada extracción. Las primeras veces es casi inevitable sentir arcadas y no es extraño que el vómito acompañe a la extracción de la bola. A base de repetir y repetir el procedimiento aprendí hace tiempo a contener el reflejo de echar la papiña sobre los pobres técnicos, lo que supongo agradecerán.

No importa cuántas veces haya pasado por esto, los breves instantes en que mi cuerpo carece del nanite provocan en mí una sensación de desnudez, de vulnerabilidad. Tengo que repetirme que los seres humanos sobrevivieron durante montones de milenios sin necesidad de un sistema inmunitario mejorado, sin capacidades avanzadas de cicatrización, sin potenciadores del rendimiento, sin filtros anti-toxinas más que los naturales de sus riñones. Que yo sólo tendré que aguantar durante unos pocos minutos y además en un entorno carente de riesgos biológicos. Pero aún así. El escalofrío es real. La sensación de mortalidad se acentúa. Da vértigo asomarse a la realidad de cuán frágil soy y qué poco me separa de la muerte. Es un auténtico milagro que los seres humanos hayan sobrevivido todo este tiempo a pesar de las inmensas carencias inherentes a su tosco diseño.

Uno de los técnicos me trae la

nueva esfera de nanite, este de grado militar y no civil como el que acabo de regurgitar. El proceso de introducción es más sencillo y menos desagradable. En cuanto la bola entra en mi boca y detecta la saliva, se deshace en sus miles de millones de componentes. Unos corretean hacia los pulmones, otros al tracto intestinal, los menos van directos al cerebro. El objetivo de todos ellos es colarse en mi torrente sanguíneo y distribuirse por la totalidad de mi organismo, a mayores de un considerable retén que queda en circulación permanente y acude como refuerzo a las zonas precisas cuando hace falta. Siento el conocido hormigueo y con él recupero la confianza perdida durante la breve ausencia. No soy inmortal pero estoy lo más cerca de serlo que se puede conseguir.

Me colocan la mochila táctica en la espalda, sobre el ceñido endotraje de tejido transpirable que me cubre de cuello a pies y deja ver con nitidez cada uno de los movimientos que mis músculos desarrollan. No protege una mierda, hay poca diferencia entre llevarlo puesto y estar por completo desnuda. Cada vez estoy más convencida de que el objetivo del endotraje no es otro que evitar la desnudez ante los técnicos que asisten en el proceso, privarles de la visión de una maquina de matar perfectamente engrasada

y lista para la acción.

Ahora viene la parte asquerosilla del procedimiento. Hiperventilo un par de veces y cierro los ojos. No es necesario pero me facilita el proceso. Se hace más soportable sentirlo que verlo actuar. En estos momentos dos técnicos con sendos sprays están rociando sobre mí el exotraje. Otra legión de nanobots, varios órdenes de magnitud más numerosos que los que recorren el interior de mi cuerpo, se posan sobre cada centímetro cuadrado del endotraje y de mi cabeza, se unen los unos con los otros, crean un organismo vivo que me recubre y me encapsula a salvo de los peligros del mundo exterior. O de casi todos ellos. Es aún más flexible y adaptable que el endotraje y aún así, mucho más duro y resistente que el diamante. Puede resistirlo casi todo salvo el impacto directo de una detonación nuclear. Y estoy casi segura de que aguantaría frente a una de pocos kilotones, aunque nunca he tenido ocasión de comprobar mi teoría y espero no tener que hacerlo nunca.

Lo último que hacen los técnicos es levantar durante unos segundos cada uno de mis pies para rociar las plantas y completar la cobertura. Cuando escucho cesar el siseo de los sprays inicio una cuenta regresiva desde treinta. Es el tiempo que necesita el exotraje para cuajar y así cuando abra los

ojos el pringoso proceso habrá terminado y lo único que tendré que hacer es aceptar la realidad consolidada. El organismo que conforma el exotraje es transpirable, captura por ósmosis el oxígeno del entorno y libera el dióxido de carbono para que no me ahogue en mis propios residuos respiratorios. También filtra posibles toxinas, agente neurotóxicos y una larga lista de porquerías que me harían pupa si las inhalase. Los olores de comida haciéndose también, no sé muy bien porqué. Los sonidos me llegan incluso con más claridad que cuando dependo de mis pabellones auditivos para captarlos. Y treinta. Abro los ojos. A pesar de que vista desde el exterior parezco una oscura sombra antropomorfa sin rasgos definidos, yo puedo ver con total claridad lo que hay más allá del exotraje.

Parker sale de la cabina y se me acerca con su expresión perpetua de estar intentando plantar un pino en pleno episodio de estreñimiento.

—¿Lo tienes claro? —me ladra.

—Entrar, coger la pelota y salir cagando leches.

—La quiero viva —dice golpeando mi pecho con su dedo en cada palabra—. Cada recuperable que nos traes cuesta un riñón en reanimación para devolverlo a la vida.

—Para eso está el seguro. Al

menos yo te los traigo, que no es algo que puedan decir otros.

—Nosotros somos el puto seguro, no me jodas. Lista para saltar en tres.

Golpea mi pecho con su palma y asiento. Los técnicos ya se han refugiado en su cuarto, en la parte trasera del deslizador, con la puerta bien cerrada y presurizada. Parker regresa a la cabina de la parte delantera. Cuando todo está bien sellado, las luces se apagan. Estiro el cuello a un lado y a otro. La compuerta lateral se abre y deja ver la noche oscura sobre la masa amorfa de nubes que el deslizador sobrevuela en completo silencio. Hace más ruido el viento que golpea el interior al entrar a alta velocidad que el propio vuelo del aparato. Una luz verde se enciende sobre la compuerta al alcanzar las coordenadas óptimas de salto y me arrojo al exterior sin pensarlo.

Son unos seis mil metros de caída libre hasta la superficie. El exotraje me permite escuchar el aire zumbando a mi alrededor mientras caigo en la oscuridad. Pego los brazos a los costados y junto las piernas. Mi cabeza apunta directa al lejano suelo. Soy una perfecta flecha aerodinámica que maximiza la velocidad de caída. Al salir de la capa de nubes consigo divisar las luces que delimitan mi objetivo, la más alta torre que se alza orgullosa sobre la ciu-

dad costera. Corrijo la trayectoria cambiando la posición de brazos y piernas. Me gustaría acceder por la azotea pero el ángulo de entrada no me lo va a permitir.

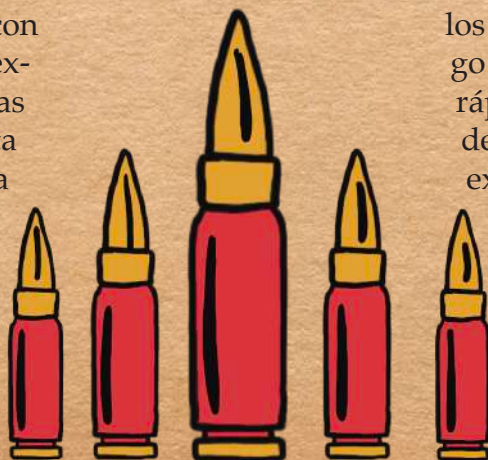
En este punto ya debo estar haciendo saltar alarmas. Alguien se estará poniendo nervioso tratando de obtener visual de lo que está entrando en su espacio aéreo y más nervioso que se va a poner cuando no consiga distinguir mi oscura silueta en la noche. Los térmicos tampoco arrojarán resultados. ¿Seré un trozo de basura espacial cayendo a la tierra? ¿Un misil balístico con camuflaje? ¿Un error de lectura del sistema? Antes de que terminen de formular todas las posibilidades ya será demasiado tarde. La considerable energía cinética que he acumulado me convierte en una bala imposible de parar. Lo cual es bueno para entrar pero funciona de la misma forma para salir si no lo impido.

Impacto contra uno de los pisos superiores y atravieso la pared y sus defensas como si fuesen papel de arroz. Con la experiencia fruto de centenares de saltos freno mi avance estirando los miembros y disipando la energía cinética con el rozamiento contra todo lo que mi cuerpo puede alcanzar. No hay miedo a dislocaciones o desmembramientos, el exotraje mantendrá mi integridad postural contra todo lo que no sea un

muro fabricado en un único bloque de diamante puro. La caída termina cuatro pisos por debajo del punto de entrada, habiéndome llevado por delante suelos, paredes, mobiliario y todo lo que se cruzó en mi camino. Sirenas de alarma ululan sus cánticos. A mi alrededor una lluvia de cascos forma el confeti que celebra mi aterrizaje exitoso.

No hay tiempo que perder porque ignoro el tiempo de reacción de los equipos de respuesta. Siempre hay equipos de respuesta. Más aquí, en la sede regional de la Musashi. Necesito localizar un punto de acceso y tres minutos para hacerle cosquillas y adecentarme para el baile posterior. El polvo en suspensión a mi alrededor me deja entrever que estoy en una zona de oficinas llena de cubículos con sillas de conexión vacías. Unas horas antes esta planta estaría llena de neurohackers y yo es-

taría en un buen aprieto porque hasta el último de mis nanobots puede ser reprogramado si se sabe hacerlo, y esa gente sabría. Quizá no todos ellos lo conseguirían pero sí los suficientes como para darme por jodida. Bajo de la pila de escombros que arrastré en mi caída y salgo al pasillo de la planta. Las luces titilan en el techo, indecisas entre cumplir su función o fenecer por completo. Las primeras balas impactan en el exotraje procedentes de mis seis. Me giro. Se trata de un retén táctico estándar de Musashi para entornos de bajo riesgo: tres efectivos con protección mínima, armas cortas y defensas eléctricas. Aún no lo saben pero ya están muertos. Las balas rebotan en mi exotraje como el granizo al encontrarse de sopetón con un suelo de hormigón reforzado. Cargo a la carrera contra uno de los efectivos y le siego la cabeza con un rápido movimiento de mi mano derecha extendida. La carne y los huesos se separan con tal facilidad



que contradicen la idea de que el cuello sirviese para unir cabeza y tronco. Completo el movimiento con un giro de setenta grados que termina con mi mano izquierda atravesando de parte a parte el chaleco de kevlar del segundo de los efectivos. Cierro el puño antes de volverlo a sacar por donde entró, por puras ganas de maximizar los destrozos en el pecho, porque muerto ya estaba. Me detengo ante el tercer efectivo. El impacto psicológico debe de ser importante. Tiene ante sí una sombra sin rostro de cuyas manos gotea la sangre de sus dos compañeros. Amago con dar un paso hacia él y sale huyendo hacia las escaleras. Corre, corre. Infundir temor en las líneas enemigas es el abc de las intrusiones hostiles.

Le sigo escaleras abajo hasta el piso inferior. Su pasos se pierden más allá, en una alocada carrera por su vida. Los míos entran en esta planta tras franquear la puerta de seguridad con dos golpes certeros en sus reforzadas bisagras. El techo del pasillo está intacto y las luces brillan sin oscilaciones. Los daños de mi entrada no han afectado a la planta, me sirve. Voy reventando puertas sobre la marcha. Tras una de ellas otro equipo táctico de la Musashi se parapeta detrás de una mesa. Sólo son dos personas en esta ocasión. Les escucho hablar por radio, muertos de miedo. Estarán

pidiendo refuerzos. O haciendo testamento. Me da igual. Me encargo de ellos con desgana. Cabeza aplastada contra la pared para uno y el cañón de su propia arma a través del cráneo para la otra. En la pared hay un panel interactivo con la disposición de la planta. Fiel a su diseño corporativo distribuido, la Musashi no cuenta con una única gran sala de servidores por edificio sino pequeños cuartos en cada planta. Me facilita la tarea porque al conectarme a cualquiera de ellos podré acceder al resto de la red. La ubicación del cuarto de servidores de esta planta está indicada en el panel y me ahorra tener que reventar puertas al azar. Voy hasta allí y destrozo una última puerta. Dentro, las luces destellan como miles de luciérnagas en la oscuridad. Ahora es cuando viene la parte que realmente es un ascazo.

—Bella gerant alii —pronuncio con resignación mientras corro al fondo del cuarto.

El exotraje responde a mi orden perdiendo consistencia, convirtiéndose en una masa gelatinosa que poco a poco se va compactando, repta hasta mi boca y se introduce dentro de mí a través de ella como un riachuelo de mierda que me veo obligada a tragar. Mientras intento no pensar en ello, me siento sobre mis rodillas y espero con paciencia a que

la mochila de mi espalda quede liberada. En cuanto puedo, me la retiro y saco de ella un dispositivo electrónico que dejo junto al servidor. El cacharro despierta, despliega ocho finas patas aracnoides y trepa al servidor para ejecutar las guarrerías que esos dispositivos le hagan a los servidores, ni conozco los detalles ni me importa lo más mínimo. Mientras tanto saco de la mochila el traje negro con capucha hecho de polímero de grafeno adaptable, varios miles de veces menos resistente que el exotraje pero de uso común. Común al menos entre los equipos de asalto de élite, no es una tecnología que se vea por la calle a diario. Meto las piernas en él y dejo que se cierre hasta medio torso. Estas porquerías no son transpirables y es mejor dejar que la espalda libere tanto calor como pueda antes de cerrarlo. Por último saco el juego de garras de ferrogafeno y lo deposito en el suelo junto a mí. El cacharro conectado al servidor emite pitiditos y las múltiples luces del armario aumentan la frecuencia de encendido y apagado. Venga, venga, venga. Ya casi está, un último empujón.

El riachuelo de mierda sigue fluyendo a través de mi boca. Los nanobots se acomodan en el interior de mi cuerpo donde lo haría la grasa corporal, de tenerla, y una vez en su posición pasan a un estado inerte que los hace pasar por

lo que pretenden ser ante cualquier análisis que no implique una biopsia de tejidos. El nanite de grado militar bloqueará los intentos de mi sistema inmunitario natural, que de por sí atacaría los nanobots del exotraje cuando se dé cuenta de que no son la grasa por la que intentan hacerse pasar, y todos tan contentos.

Bingo. En el lateral del cacharro aparece un código LED destellando: H311. El resultado que necesitaba quedará enmascarado entre centenares de búsquedas inútiles para no llamar la atención sobre la única relevante. Ahora estará intentando introducir en el sistema la tira de malwares que sabemos de antemano que no prosperarán en los sistemas de la Musashi. Chisporrotea cuando ha terminado su trabajo y cae al suelo como una cucaracha borracha de insecticida. Listo, una cosa menos.

Ya me he bebido el exotraje entero. El regusto amargo de la boca lo tengo que obviar porque pensar en ello no mejora la situación. Meto los brazos en el traje de grafeno y se cierra hasta el cuello. Coloco la capucha sobre la cabeza y sujeto las garras con determinación. Estoy lista para cualquier sesión sadomaso que la Musashi tenga a bien proponerme.

No me da tiempo ni a salir del cuarto de servidores. Medio batallón de efectivos con traje de

asalto completo y armas largas de gran calibre se cuele en el interior y cubre mi cuerpo de amenazantes puntitos rojos. Son demasiados hasta para mí. Vale, chicos, lo pillo. Sé cómo va esto, no hagamos una montaña de un grano de arena. Me rindo.

—¡Akiramemasu! —grito mientras me tumbo en el suelo bocabajo, suelto las garras y extendiendo los brazos en cruz—. Akiramemasu.

Me tiran al suelo de malas maneras y escucho cómo una puerta se cierra con estruendo. Supongo que he llegado a mi celda de detención. Con las manos aún sujetas por las muñecas mediante una brida, me retiro la bolsa negra que me cubría la cabeza. Me han dado lo que llamamos el trato de uniforme inverso. Lo normal es que un detenido lleve ropa cubriéndole el cuerpo y la cabeza descubierta. Cuando se trata de detenidos con los que quieres minimizar el riesgo de fuga, haces lo contrario. Les cubres la cabeza con algo que les bloquee la visión y dejas desnudo el resto del cuerpo. El objetivo es humillarlos, hacer que se sientan vulnerables y sin opciones de escapatoria. Como si a mí me importase una mierda estar vestida o desnuda. La debilidad no nace de un estado del cuerpo, es un estado de la mente.

La celda es estrecha, poco menos de un metro de ancho por unos

dos de largo y estimo que uno ochenta de alto. Sin ventanas ni respiraderos, toda la ventilación proviene de una escueta rejilla en la sólida puerta metálica. La única iluminación proviene de una tira LED sobre la puerta, de tan poco vatiaje que apenas permite distinguir el entorno con detalle. Condiciones ideales para potenciar cualquier rasgo de claustrofobia latente. Y no hay ni un triste cubo en el que poder aliviar necesidades fisiológicas imperiosas, otro clavo más para el ataúd de la humillación.

Mi cuerpo está cubierto de cardenales. Casi con toda seguridad tengo rotas un par de costillas. No contaba con eso. Al principio dolía un infierno cada respiración que no era superficial. Por suerte mi nanite estará haciendo horas extras para arreglar el estropicio lo antes posible y, aunque sigue molestando, ya no es un dolor incapacitante como antes. Me pegaron una buena tunda en la sede de la Musashi, entiendo que como represalia por haber matado a unos cuantos de sus compañeros, ya hay que ser quisquillosos. Pero la corporación tendrá muchas preguntas sobre porqué según sus minuciosos y exhaustivos registros no existo, quién me envió a su sede regional y qué fui a hacer exactamente. Y me necesitan viva para responder a cada una de ellas. Con eso

sí contaba. Lástima que viva no signifique intacta. Después de la paliza y un nada simpático registro de cavidades corporales para asegurarse de que no ocultaba cualquier sorpresa, me colocaron un collar en torno al cuello, una bolsa opaca en la cabeza y me metieron en un transporte. Siempre es mejor interrogar a la gente en un lugar apartado y discreto que en una sede regional donde alguien puede sentir remordimientos al escuchar los alaridos y hacer saltar la liebre a las autoridades. Con eso contaba también. Sabemos que la Musashi tiene un centro de detención clandestino en las profundidades del océano, en unas coordenadas que nunca pudimos determinar. Por los cambios de presión que detectó mi nanite durante el trayecto hasta aquí, creo que ahora estoy en él.

El collar que llevo en el cuello es una maravillosa obra de ingeniería y, si nuestras fuentes de inteligencia no se equivocan, la única pieza de tecnología digital que se permite en este lugar. Inhibe WIFI, SEFI, RFID, bluetooth, radiofrecuencias varias y todo tipo de tecnología de conexión inalámbrica que el ser humano haya diseñado. Estoy razonablemente segura de que explotará si intento manipularlo o quitármelo, pero quién iba a querer desprenderse de un collar tan chulo. La buena noticia es que con tanto sistema

inhibidor en marcha no se puede detonar de forma remota en caso de que esté en lo cierto sobre los explosivos.

El complejo debe de ser por completo analógico, si las mismas fuentes siguen acertando, fruto de la absoluta paranoia de la corporación ante infiltraciones digitales. Lo cierto es que la Musashi, como todas las grandes y lentas corporaciones mastodónticas y la sociedad por extensión, sigue anclada en la era digital, en las conexiones de red y el cyberespacio, cuando la auténtica cabeza de playa de los avances está en el campo de juego de pequeñas y ágiles empresas que lo están dando todo en nanotecnología, en armas sónicas, en bioingeniería, en consciencia sintética. La Musashi sigue creyendo que el poder proviene del control de cantidades obscenas de datos y la información que de ellos extraen. Cuando quieran darse cuenta de que se han convertido en dinosaurios, el suelo bajo sus pies ya será lava fruto de un impacto que ni vieron llegar ni estaban preparados para soportar. Yo sólo soy uno de los fragmentos de avanzada que cae por delante del gran meteorito de nivel extintivo.

Cierro los ojos y desprendo con la lengua la aparente cicatriz que recorre mi paladar. No es algo que llame la atención en un registro de cavidades pero es lo único

que deberían haberse esforzado por encontrar. La desplazo hasta mis molares y muerdo con furia. La señal se transmite por la cicatriz, que se pierde en las profundidades de mi garganta y conecta con cada depósito de grasa de mi cuerpo. Grasa que no es grasa y que recibe la señal con un grito de euforia. Los nanobots realizan el camino inverso desde el interior de mi cuerpo hasta el exterior, a través de mi boca otra vez. Aunque el proceso es parecido al vómito y debería asquearme más que la entrada, no es así. Lo prefiero mil veces porque viene acompañado de la promesa de destrucción desatada y cuentas saldadas. Siento cómo la legión de nanobots se arrastra por mi piel y se redistribuye a sus posiciones originales. Poco a poco el exotraje va cuajando a mi alrededor. Hasta tiene el detalle de cortar la brida plástica que sujeta mis muñecas y devolver la ansiada libertad a mis extremidades superiores. Y lo más divertido del asunto es que el exotraje funciona como un desinhibidor. O un inhibidor de inhibidores. El collar ha quedado atrapado conmigo dentro del exotraje y no puede extender su dominio más allá de él, mientras que los nanobots de la cara superficial sí pueden emitir y recibir señales. Jaque mate a tu paranoia, Musashi.

Abro los ojos y me levanto

cuando considero que el proceso de cuajado ha terminado. Raspo la pared de la celda con la punta de los dedos para comprobar la integridad del exotraje y unas marcas de varios centímetros de profundidad me confirman que sí, que vuelve a estar operativo y a pleno rendimiento. Las bisagras de la puerta están en el exterior y no permiten un ataque quirúrgico para liberar la salida. Me alegro, me alegro una barbaridad, porque así puedo desquitarme a gusto con la puerta hasta convertirla en una deshilachada masa metálica que no puede contenerme dentro de la celda por más tiempo.

Fuera, un pasillo mal iluminado que se pierde en la penumbra alberga un sinfín de puertas idénticas a la que acabo de destrozar. Lo único que diferencia unas de otras es la inscripción grabada sobre el dintel: C064, C065, C066... Ala C y número de celda correspondiente, intuyo. Mi objetivo estará entonces en el ala H, celda 311. Estiro el cuello a un lado y al otro. Esto va a ser la mar de entretenido.

Destrozo las bisagras de la H311 con un golpe y arranco la puerta de sus goznes. Las costillas me recuerdan que me estoy pasando de lista y que como siga a este ritmo no se van a poder reparar nunca. Dentro de la celda, sentada en el suelo en una de esas posiciones de meditación que nunca entend-

eré, hay una mujer. Ni siquiera el flojo mono naranja que cubre su cuerpo es capaz de disimular el más que evidente sobrepeso. En su cabeza un buen número de implantes relucen a la escasa luz que proporciona el LED situado sobre el hueco de la puerta. Debe de tratarse de una neurohacker, una de élite dado que me han enviado a mí a por ella. Si es así, el collar inhibidor en torno a su cuello está plenamente justificado. Si llegase a conectarse a tan sólo una señal, como la de algún sumergible que pasara cerca de las instalaciones, se desataría el infierno. Me pregunto qué habrá hecho para acabar en este hoyo infecto. Da igual, no estoy aquí para averiguar motivos sino para poner fin a la situación.

—¿Luz Fractal? —pregunto para llamar la atención de la fulana, por si que acaben de arrancar la puerta delante de sus narices no es suficiente para sacarla de la meditación. Aunque no estará meditando, casi seguro que estará perdida en alguna simulación offline dentro de su conector. A la mierda, no tengo paciencia para esto. Me acerco a ella y le toco el rostro en uno de los puntos en que los implantes aún permiten que sobreviva un fragmento de carne cubierto de piel. Los nanobots del exotraje confirman la identidad ADN del sujeto: es mi objetivo. Le arreo un cachete en la cara, cuidando de no arrancarle la cabeza sin querer ni hacer saltar por los aires parte de la quincallería que lleva implantada.



Le cuesta abrir los ojos. Pestañea varias veces antes de enfocar la mirada y verme. No sé si está más confundida o aterrada. —Luz Fractal, soy su póliza de rescate alfa cero cero uno veinte cincuenta y tres. Si me acompaña, procederé a sacarla de aquí.

Un destello de comprensión sustituye a la confusión y el terror. Se incorpora de una forma tan torpe que me veo obligada a prestarle ayuda.

—No ha sido sin tiempo —se queja.

—Lamentamos la espera. Se trata de una extracción pionera, nunca antes se había realizado ninguna de esta complejidad.

—Como si la póliza que os pago no me costase un ojo de la cara...

—He asegurado la ruta de extracción, no hay peligro por delante. Tomaremos uno de los sumergibles de la Musashi y una vez en la superficie enviaré una señal para que el equipo de extracción venga a recogernos.

—¿Estamos debajo del mar?

—Y a bastante profundidad. ¿Puede caminar?

«¿O tengo que cargar con usted?» me contengo en completar el razonamiento. El exotraje puede con ella y con otra docena como ella pero si es capaz de caminar con esas patas rechonchas, lo prefiero.

—Si no se trata de correr...

—No hay prisa. Toda resistencia ha sido neutralizada o está cagándose de miedo escondida en alguna esquina.

Me observa con curiosidad. Quizá esperase un rescate ejecutado por una docena de marines con sendos palos metidos en sus culos, exudando profesionalidad militar. Pero con todo lo que lleva implantado en la cabeza es la menos indicada para juzgarme.

—¿Puedes quitarme esto? —dice señalando el collar del cuello.

—Me temo que no estoy cualificada. Nuestros especialistas se lo retirarán en cuanto estemos a salvo. Por aquí —le indico el camino.

Avanza con más velocidad de la que me esperaba de su cuerpo sobredimensionado. Las ganas de salir de prisión siempre son un buen aliciente.

Salimos del ala H al gran vestíbulo central. El complejo se estructura en forma de estrella, con cada ala extendiéndose a partir de este nexo axial. También está aquí el acceso al muelle donde dos explosiones solapadas hacen que la estructura se tambalee por un momento y pequeños fragmentos del techo caigan aquí y allá. ¿Será capaz la Musashi de destruir el complejo y a toda la gente que contiene con tal de evitar una sola fuga? A mí tanto me tiene, el exotraje puede aguantar el derrumbe y filtrar el escaso ox-

ígeno del agua para abastecerme hasta que llegue a la superficie, pero la tal Luz Fractal... Por suerte los muros parecen aguantar en su sitio y no veo vías de agua penetrando en el vestíbulo. Las explosiones procedían del muelle de los sumergibles, que despejé antes de entrar en el ala H.

—Espere aquí un momento mientras compruebo la seguridad estructural del muelle.

Su rostro descompuesto me indica que no se va a mover, ni queriendo ni sin querer. El portalón de entrada al muelle está abierto, tal como lo dejé. Aunque desvencijado sería una descripción más precisa. Me asomo y a través de la espesa polvareda puedo comprobar que los dos sumergibles que había atracados son ahora amasijos retorcidos y humeantes. Machacado contra la pared hay un mecánico que las ondas expansivas han hecho papilla. Recuerda a un mosquito estampado contra el parabrisas de un deportivo en plena carrera. Lo reconozco por el

mono empapado de sangre desde el punto donde le falta un brazo. El muy hijo de su madre aún conserva un detonador cableado en la mano que le queda. Juraría que lo había matado cuando pasé por aquí. Las prisas, las prisas. Debí asegurarme y arrancarle de cuajo la cabeza además del brazo.

Mierda, Parker me va a matar.

Regreso junto a Luz Fractal. Doy gracias a que con el exotraje no puede ver mi cara de circunstancias.

—¿Todo bien? —pregunta con voz angustiada.

—Sólo un pequeño detalle. ¿Cuánto cree que puede aguantar la respiración bajo el agua?





Rafael Moreno

Rafael Moreno, también conocido bajo el pseudónimo Fazz Jigsaw, nació en Córdoba allá por el 1990. A pesar de ello, siempre se ha considerado de una época anterior debido a sus preferencias culturales. Comenzó a cogerle el gusto a la lectura cuando dejó de convertirse en una obligación del instituto y él mismo eligió qué leer. Aficionado mayormente a géneros como la novela negra, novelitas pulp, terror o realismo sucio. Entre sus autores favoritos se encuentran H.P. Lovecraft, Edgar Allan Poe, Agatha Christie o Chuck Palahniuk. Varios de sus relatos han aparecido publicados en antologías de la web Solo Novela Negra y Diversidad Literaria. También resultó ganador con su relato “Belleza eterna” publicado en el fanzine Klowns Asesinos. Otro de sus relatos, “Amantes forajidos”, resultó elegido para aparecer en el segundo número de la revista Pulporama. Actualmente se encuentra preparando unas oposiciones, y muy de cuando en cuando escribe en su blog diariodeundetectivefrustrado.wordpress.com. Podéis encontrarlo en Twitter e Instagram por su nombre de usuario @fazzjigsaw

PROYECTO BIOGÉNESIS

Abro los ojos... parpadeo... parpadeo... Me siento bien... Aunque raro... No estoy en mi cuerpo...

Activando escáner de biosensores.

...

Vista, check. Oído, check. Olfato, check. Tacto, check. Gusto... mmm, check.

Todo parece correcto.

Desactivando escáner de biosensores.

...

¿Dónde estoy? Recuerdo que lo último que vi antes de... antes de...

Activando escáner de recuerdos.

...

Salgo del bar *Replicantes* después de tomarme varios cócteles *androidianos* que la camarera me preparó echándole más *cybercoñac* del que a mi *nanoprocesador* le hubiese gustado asimilar. Otra noche dura, otra noche más desde aquella en la que encontré a mi mujer asesinada a manos de la corporación Nuevo Amanecer, para la que ella trabajaba. Sí, aunque no os lo creáis, los androides



también tenemos sentimientos y nos emparejamos con humanos. Según las pesquisas reunidas por el detective privado que contraté, aquel asesinato se debió a que Elisa, mi mujer, se fue de la lengua y salió a la luz cierta información que no tuvo que salir, acerca de un proyecto llamado «Biogénesis». Este proyecto consistía en la transición de los datos contenidos en el *nanoprocesador* de un androide al *biocórtex* de cualquier ser vivo, ya fuese humano, animal o planta. Eso quería decir que los androides, o sea, los que son como yo, podríamos integrarnos dentro de un cuerpo humano y así llegar a convertirnos en un organismo biológico carente de componentes cibernéticos. Estos organismos eran clones de otro ser vivo, no era posible la instalación de nuestros datos en un organismo muerto o de forma insidiosa dentro de otro ser vivo que no fuese un clon, ya que eso no era legal. En resumidas cuentas, sería todo un cambio y revolucionaría el sector de los trasplantes y migraciones *corporamentales* habidos hasta la fecha. Hasta ahí, todo bien, el problema surgía de acuerdo a una serie de cuestiones. La primera: ¿por qué los androides soñamos con migrar nuestros datos a los de un ser vivo? Simple. Los androides queremos adoptar un cuerpo biológico porque los avances de la ciencia, en concreto en el área

de la medicina, han progresado mucho actualmente. Un ser humano, o cualquier otro ser vivo, tiene más esperanza de vida que un androide o ser tipo máquina. Hace unos años esto era impensable, llegando a ser más bien al contrario, pero como ya digo, los avances científicos fueron muy significativos. Por el contrario, los avances sociales fueron muy escasos, y a los androides nos consideran unos parias, somos prácticamente esclavos del sistema y tenemos muy pocos derechos en comparación con los humanos. Por todo esto, entre otras causas, los androides preferimos convertirnos en un humano llegado el momento. Ahora viene la segunda cuestión: ¿qué supone para los humanos este avance a nivel global? Más simple aún. Perder el poder y el control total que su especie tiene sobre nosotros, quedarse sin nadie que les sirva las copas, les friegue la casa, les haga la comida, les planche la ropa, les barra las calles, que desaparezca la unidad de policía cibernética empleada para asaltos de alto riesgo, decir adiós a los conductores de cybertaxis y cyberautobuses... y un sinfín de razones más. Vamos allá con la tercera cuestión: ¿por qué la corporación Nuevo Amanecer, compuesta por humanos, desarrolló el Proyecto Biogénesis, si era perjudicial para ellos? Muy sencillo. Enterrarse en billetes

vendiendo el proyecto a cualquier androide que estuviese dispuesto a pagarlo y pudiera permitírselo, por supuesto, a un precio desorbitado. Nada de que lo cubriese la Seguridad Social. Muy a mi pesar, todo esto no eran más que suposiciones a las que había llegado el detective que contraté, unido a las historias que Elisa me contaba. Desde el día de su muerte me prometí vengarla de cualquier forma que estuviese en mi mano.

Regreso a mi *holopiso* dando tumbos por las calles del centro de *Cyber Madrid*. Los humanos me miran raro, aún es temprano para ir tan borracho, y más temprano aún para recogerse. Pero mañana es miércoles y tengo que madrugar, el trabajo no se va a hacer solo, encima tengo varios camiones que descargar. La rutina de reponedor de supermercado es una auténtica basura, pero es uno de los pocos empleos a los que los androides podemos acceder. Al llegar al portal, miro mi reloj. Son más de las doce. Mientras estoy tecleando la clave de entrada a mi *holopiso*, noto pasos a mi espalda, una punzada en mi cuello, todo se vuelve oscu...

Desactivando escáner de recuerdos.

...

Así que fue eso, me asesinaron, o al menos eso creyeron. Todo por silenciarme al igual que a mi mujer. Lo que no saben es que ella instaló las *neuroconexiones* perti-

nentes dentro de mi *nanoprocesador*, para así reintegrarme dentro de un ser vivo el día en que yo muriera. Lo preparó todo con suma antelación. En fin, se podría decir que soy el primer sujeto que prueba el Proyecto Biogénesis.

Aguzo un poco más la vista, que parece bastante buena, me percató de que me encuentro en las instalaciones de Nuevo Amanecer, a las afueras de *Cyber Madrid*. Claro, ahora me cuadra todo, mi mujer dejó aquí preparado el cuerpo donde me reintegraría. De un salto, salgo de la *biocápsula* donde me encuentro. Parece que soy muy pequeño, o al menos esa es la sensación, todo me parece enorme en comparación a mi cuerpo de androide. ¿Qué soy? Necesito un espejo, algo donde poder ver el cuerpo en el que me encuentro. Camino de forma bastante ágil, me noto casi fluir mientras avanzo por salas, laboratorios y despachos, hasta que me cruzo con una cristalera donde al fin puedo verme. La sorpresa no puede ser mayor, ¡soy un gato! ¿En serio no se le ocurrió nada mejor a Elisa? Supongo que como mi nombre de androide era Félix, ella quiso hacer la broma. El gato Félix. Si es que era una cachonda. Ya podría haberme preparado el clon de algún actor guaperas.

Veo una ventana abierta desde el despacho en el que me encuentro. Salto hasta ella, estoy en el

exterior, a gran altura. Miro hacia abajo. Diría que una quinta o sexta planta. Desde aquí puedo ver toda *Cyber Madrid* a lo lejos, iluminada con sus luces de neón fluorescentes, los vehículos volando alrededor, toda una maravilla visual a estas horas de la noche. No, si al final le cogeré el gustillo a ser un gato. Echo otro vistazo al edificio adyacente a donde me encuentro, algo más bajo. Puedo saltar hasta allí y así descender sin perder mi vida de gato. Por mucho que digan eso de que los gatos tienen siete vidas, yo no me lo creo. Hecho esto, vuelvo a saltar desde ese edificio para aterrizar sobre unas cajas de cartón apiladas en un callejón. Vaya, sigo vivo. O más bien, estoy vivo por primera vez.

Activando escáner de peligro próximo.



Espera, espera, ¿por qué sigo teniendo activos los escáneres de androide si ya soy un ser vivo? Esto creo que es algo que no me terminó de explicar Elisa, o yo no me enteré demasiado bien... ¡La hostia, vienen dos perros corriendo hacia mí, y parece que no tienen ganas de ser mis amigos!

Desactivando escáner de peligro próximo.

...

Salgo echando leches del callejón con los dos cerberos corriendo detrás de mí, hasta que logro darles esquinazo. Recorro varios kilómetros corriendo y saltando entre diversos callejones del polígono industrial, hasta que llego al centro de la ciudad. Qué bonito se ve todo siendo un gato, y qué grande. Nada más llegar, casi me atropella un humano que va en *cyberpatinete*. Han pasado más de dos décadas desde que inventaron esos cacharros del demonio y aún siguen vigentes en la actualidad, no me lo explico. Cruzo un paso de cebra *retroiluminado* con los colores de la bandera de *Cyber España*, se nota que estamos en campaña electoral. Aunque a ver ahora a qué partido voto. Y cómo voto. Mientras cruzo, muchos humanos y algún que otro androide me miran, debe ser que nunca han visto a un gato civilizado. Alguno incluso se agacha para acariciarme.

Activando escáner de biosensores.

...

Ay, ¡qué gustito!

Desactivando escáner de biosensores.

...

Una vez al otro lado de la calle, trato de localizarme. Vale, creo que me encuentro en...

Activando escáner de geolocalización.

...

Joder, ¿ahora se va a activar un

escáner para todo? Bueno, gracias a eso sé que me encuentro a un par de kilómetros de mi *holopiso*.

Desactivando escáner de geolocalización.

...

Si quiero llegar rápido será mejor que lo haga saltando de azotea en azotea, por lo que decido que lo ideal será subir cuanto antes a algún edificio próximo.

De repente, me viene un olor a... ¿Qué era ese olor?

Activando escáner de biosensores.

...

¿Quieres parar ya? De acuerdo, en parte es normal, tengo el *Cyberpizza* a un palmo de mis bigotes gatunos.

Desactivando escáner de biosensores.

...

Ojalá pudiese comerme ahora una buena pizza, pero no hay tiempo que perder. Me encaramo a unas escaleras de incendios del bloque de pisos que tengo cerca, hasta que consigo llegar a lo más alto. Una vez arriba, trazo la ruta más rápida hasta mi domicilio, y mientras voy surcando las alturas de salto en salto, me vuelvo a percatar de lo hermosa que es la vida de gato. Qué preciosidad de vistas desde aquí, veo toda *Cyber Madrid* en su esplendor, las luces, los carteles holográficos, la gente paseando por



las calles, humanos o androides, veo las zonas más ricas de la ciudad, y las más pobres. Los tugurios de mala muerte, los *lofts* de lujo. Puedo ver a través de las ventanas cómo las familias conviven en sus hogares, niños y padres jugando, amantes haciendo el amor, viejos disfrutando de sus últimos días de vida, incluso androides como yo deseando tener una vida mejor, volviendo a casa tras un largo día de trabajo para poder ganar un mísero sueldo. Sin embargo, siendo un gato soy libre, me siento en paz.

Finalmente, y tras mi largo y placentero paseo, llego a mi *holopiso*. Me cuelo por una ventana que a menudo dejo abierta, para mi suerte. Una vez dentro de mi vivienda, hago un primer barrido al salón. Los muebles, los estantes con libros y películas, las sillas y sofás... todo está tal y como lo dejé. Me dirijo hasta la habitación que Elisa y yo compartíamos, todo sigue igual. Parece que nadie ha entrado ni forzado nada, simplemente nos querían muertos, sin más. Vuelvo al salón y con mis patitas de gato, logro encender la televisión. En las noticias, la trágica y misteriosa muerte de un androide, marido de una humana empleada de la corporación Nuevo Amanecer, preside ahora los titulares iniciales.

Mañana tendré varios asuntos de los que hablar con el detec-

tive. Le contaré cómo estaba en lo cierto, cómo todo fue una conspiración llevada a cabo por esa maldita corporación, cómo me asesinaron también a mí... pero... espera, ¿cómo le...?

El cansancio me invade, dejo reposar en el sofá mi cuerpo de felino y trato de pensar cómo le contaré todo esto al detective privado, siendo tan solo un simple gato que no puede más que maullar, hasta que Morfeo me lleva en sus brazos.

Activando escáner onírico.

...

¿Qué sueñan los androides...?

¿Qué sueñan los humanos...?

¿Qué sueñan los gatos...?

Desactivando escáner onírico.





Pluma de ícaro

Luis Gallardo Gil, quien suele firmar como Pluma de Ícaro, lleva desde adolescente usando la poesía por alas. Su primer poemario, *Soy un bosque que arde*, vio la luz en 2021, y ya está trabajando en un segundo, además de haber participado en la antología benéfica *Huellas*. En algún punto aprendió a combinarla con la fantasía, y sus obras empezaron a aparecer en varios números de la revista de fantaciencia *Droids & Druids* (en la que ganó el Premio Druida en 2021) y en el presente número de *Pulporama*.

En cuanto a prosa, su microrrelato de terror 'Invidencia' fue uno de los diez seleccionados para la antología *Pánico* (2021), y sigue trabajando en su novela inspirada en la mitología griega.

Además, le gustan mucho los animales, ir a la montaña con sus amigos, la horchata y aprender de culturas nuevas. Estudia literatura en la universidad, y si no está leyendo, está viviendo historias a través de películas, series o videojuegos.

33(L4VO

Carne y latón,
gato y ratón
aristócrata y matón
ladrón y máquina.



¿Es quien maquina merecedor de la torre
si sus manos al construirla no reciben ni un corte?

Esta nueva burguesía
ansía poder.
aspira no arder.
El aceite de mi herida



Reyes sin corona bendecidos por el dólar.



Vapor se expulsa en la fábrica,
del complejizado engranaje,
de las manos,
de mí.

¿Soy robot porque lo soy
o porque tú lo has decidido?



La suerte, un mecanismo:
sube sube
 baja baja



(cuando dejamos de movernos
¿morimos o empezamos a vivir?)
La suerte, un engranaje
que alguien más ha engrasado;
la vida, un privilegio
del que pocos han gozado
y yo no atisbo.



El dado se tira
y rueda
en la mesa.



Tu vida empieza cuando otro decida,
así que mira:

de quienes
la frente más quieres
Besa y reza.
los pies te encadenen
de quienes



¿Mi carne? Devorada.
¿Mi historia? Olvidada.
¿Mi identidad? Un crisol de nada.



Soy el trabajador setecientos treinta
pero yo me llamo Teo.



Ya no 730.
Quiero mi cuerpo de vuelta
si es que alguna vez tuve.
Merezco autonomía,
eso siempre lo supe.



Que corroa esta carcasa
mi vil voz de siervo,
que la poesía perdure
por encima de mi pérdida.



Si fenezco,
¿merezco funeral?



Y si mi voz metálica no es suficiente
para ser consciente de la injusticia
limpia la inmundicia de tus gafas
y mírame con los ojos.



J.D. Martín

J.D. Martín lleva escribiendo desde que descubrió en la literatura el mejor de los exorcismos. Sus relatos cortos, siempre en los géneros noir y terror, le han permitido ser seleccionado en varias antologías y ganar algunos premios. Colabora con sus artículos sobre literatura en publicaciones como Círculo de Lovecraft o Dentro del Monolito, y con su voz en podcast como Terror y Nada Más, Orgullo Zombie, Territorio Extrañer o el programa Forjadores de Relatos en Twitch y You Tube.

Por decisión de sus jefes, los lectores, ha publicado cuatro novelas protagonizadas por el detective Jonathan Silencio, el más popular de sus personajes, que ha vendido más de dos mil ejemplares y del que prepara una nueva aventura.

Seguirá escribiendo mientras los lectores le den la oportunidad de compartir con ellos sus historias y mientras queden ángeles y demonios por exorcizar.

CYBERPUNK:

CUANDO JUGÁBAMOS A SER NOSOTROS

Suelo escribir mis artículos intentando ser objetivo y aséptico, hablando con objetividad del tema a tratar. Es la manera correcta, sin duda. Así que me deslegitimaré a mí mismo en este que usted comienza a leer, y yo comienzo a escribir aludiendo a un recuerdo de mi juventud.

Tenía yo trece años cuando se publicó en USA el juego de rol *Cyberpunk*, que se basaba en obras de autores como Sterling o Gibson, y en productos televisivos por aquél entonces rompedores, novedosos, tal vez olvidados ahora por muchos.

Para cuando empecé a jugar a rol, sentado a una mesa, con un puñado de dados, lapiceros y hojas de personaje fotocopiadas, el *Cyberpunk* aún no había llegado a España. Algo de material traducido por aficionados pillábamos, e incluso hacíamos nuestros pinitos traduciendo nosotros mismos. Una época de alta aventura en la que éramos enanos o guerreros, enfrentándonos a magos malvados y dragones de todos los colores. Qué tiempos.

Y llegó *Cyberpunk*. En mi recuerdo, el primer juego futurista al que le eché el ojo. Nos situaba en el año 2013 qué lejos parecía estar, en un porvenir distópico, para nada cercano a la realidad, con unas características muy concretas. Le cuento, paciente lector.

El mundo está gobernado con total descaro por unas cuantas grandes empresas, las Corporaciones.

La mayoría de la población vive en megaciudades, lugares oscuros y ajenos al verde de los parques, donde la contaminación cubre el cielo.

La tecnología se ha integrado en el día a día, incluso se ha avanzado en el transhumanismo, hasta el punto de que los humanos dependen de ella para vivir.

El avance tecnológico y económico global viene acompañado de un retroceso moral, ético y cultural. De hecho, este retroceso es consecuencia de tal avance.

Con estos mimbres, el chaval que era yo entonces, casi sin experiencia laboral ni demasiado mundo, imaginaba junto a sus colegas aventuras distópicas, violentas, plagadas de chips que nos permitían controlar ordenadores, vehículos eléctricos, brazos cibernéticos con armas de fuego implantadas y duras conspiraciones empresariales. Algo inimaginable. El juego, como toda buena narrativa, nos llevaba a mundos nuevos, imposibles, paisajes que jamás recorreríamos en vida.

La deshumanización, característica necesaria del ciberpunk como género literario, también estaba presente, por supuesto. Un jugador que abusase de los implantes, que llenase su cuerpo de microprocesadores o armaduras, corría el riesgo de perder su humanidad y convertirse en un ciberpsicópata. Un ser violento, sin control sobre sus emociones y objetivos. Lo que dolía fallar la tirada de dados y que tu personaje, armado hasta los dientes que bien podían ser robóticos quedase en manos del director de juego y persiguiese a tus compañeros por los oscuros callejones...

En aquel momento, el juego me resultó intenso, divertido, violento y grotesco. Una gozada, que decíamos entonces. Más heavy que una tormenta de hachas. Y, claro, algo ha disfrutar porque no era real.

Han pasado algunos añitos, el juego ha rejuvenecido en reediciones, y yo he envejecido. Lo que tampoco está tan mal, uno adquiere cierta perspectiva.

Casi al mismo tiempo que nace la convocatoria punk de *Pulporama*, un viejo amigo de aquellos tiempos me cuenta que ha adquirido la nueva edición de *Cyberpunk*. En su recuerdo no se me daba mal dirigir partidas, así que me pasó el manual de juego para que le echase un ojo y tal vez jugar alguna sesión. Me vinieron así recuerdos del juego original, de las lecturas de Gibson y otros que, por fortuna, siguieron su camino en estos años, y una necesaria aunque involuntaria comparación entre quiénes éramos y quiénes somos. No sólo el amigo y yo, más calvos, arrugados por sonrisas y llantos, más conscientes tal vez. Quiénes eramos todos. Aquella sociedad que recibió lo ciberpunk como un género literario de fantasía, que no de ficción. Y me pregunto si nos equivocamos.

Distingo entre fantasía y ficción porque la primera implica apartarse de ciertas reglas de la realidad a la hora de narrar la historia. O de plantear el juego. La ficción, sin embargo, cuenta dicha historia dentro del marco de la realidad social, científica...

Y *Cyberpunk* nos parecía fantasía entonces.

A día de hoy uno puede mirar la previsión meteorológica y consultar el índice de contaminación del aire. Puede localizar el polígono industrial de cualquier ciudad por el olfato, o porque el cielo es un poco más oscuro allí. En España, y en otros países, nos preocupa la despoblación del medio rural, se nos acaban los pequeños municipios, se nos vacían los pueblos, y nos agrupamos en ciudades cada vez más grandes porque allí es donde hay trabajo, libertad y la posibilidad de tomar una caña, si hacemos caso a los políticos. Perdonen ustedes que me desvíe de lo literario, pero en realidad no lo estoy haciendo. Reflexiono sólo sobre un hecho que aquel muchacho, sentado a la mesa de juego con su lápiz en la mano, no habría creído.

El mundo de *Cyberpunk* está aquí, al menos en gran medida.

A día de hoy es fácil que usted y yo trabajemos para una empresa multinacional, o alguna de sus ramificaciones. Seguro que muchos de sus conocidos lo hacen. Estamos acostumbrados, o nos están acostumbrando, a términos como «política de empresa», a recibir beneficios por trabajar con Megafulano o Zutano Corporation. Seguros médicos para empleados y familiares. Tarjetas de compra en grandes superficies, descuentos en combustible. Rebajas en comercios para los trabajadores. Todo ventajas.

Que la política y la gran empresa han tenido siempre relación no es una declaración conspiranómica ni sorprendente para cualquier lector que eche un vistazo consciente al mundo en que vivimos. Las puertas giratorias, ese concepto referido a políticos que acaban su trayectoria pública para entrar en la empresa privada ostentando cargos de poder y alta remuneración, son habituales. Vergonzosamente habituales, en mi opinión. Chanchullos urbanísticos, pufos con los presupuestos, prevaricación... el pan suyo de cada día. Cada vez más global y millonario. El último escándalo de concesiones de obra en su ciudad, paciente lector, bien podría ser el origen de una aventura en *Cyberpunk*.

Hay puntos positivos, por supuesto. Los implantes que el juego y su literatura relacionada nos presentaban, implantes capaces de hacer ver a un ciego o sustituir una extremidad perdida por otra artificial y funcional, están más o menos presentes, más o menos cerca. Relacionarse con un ordenador sólo con los ojos o tener diagnósticos médicos



rápidos y exactos, mejorar la seguridad de nuestros hogares, una larga sucesión de milagros tecnológicos que permiten mejorar la vida de muchas personas. Realidades distópicas hace treinta años.

Sería extremo por mi parte, y muy ajeno a mis intenciones, decir que estamos cambiando bienestar por humanidad, seguridad por libertad, y que nos encaminamos de forma directa al mundo de *Cyberpunk*. Sí considero fuera de toda duda que estamos perdiendo humanidad, aún lejos de tener que tirar los dados para ver si nos convertimos en ciberpsicópatas, pero más cerca que cuando yo era el niño del que les hablaba al principio.

Quizá ese pueda ser el gran valor del género ciberpunk. Como muchas distopías o fantasías oscuras, es un aviso a lectores. Una proyección del mundo posible por parte de creadores y contadores de historias. Una premonición documentada, si tal cosa existe. Cuando narramos tenemos el deber de ser honestos, de dibujar mundos coherentes, por falsos que resulten. Y por eso no me resulta extraño que este género, como ya sabemos considerado por muchos puro entretenimiento sin

valor real, tenga la virtud terrible de acercarnos a la verdad, o a una buena aproximación de la verdad.

Les invito a buscar la sombra de un árbol en algún parque, si tal cosa sigue existiendo en su ciudad, y releer algunos clásicos, así como las historias de los nuevos creadores, y hacerlo en primer lugar para disfrutar, y después, para reflexionar sobre la razón que puedan tener en su mirada al mundo.

Sólo con esos rasgos básicos. Multinacionales todopoderosas, tecnología por encima de la ecología, pérdida de valores, disolución del individuo.

Yo lo hago y pienso que, si pudiera hablar con aquel chaval que jugaba junto a sus amigos lanzando dados, le diría que leyese con atención el *Cyberpunk*. Porque puede ser un manual de instrucciones para la vida.





Eduardo Iriarte Gahete

Eduardo Iriarte Gahete (Sevilla) se pasa el día escribiendo. De día escribe algoritmos mientras escucha música electrónica. De noche escribe ficción especulativa mientras escucha música electrónica. Varios de sus relatos y microrrelatos han sido seleccionados para su publicación en las revistas Windumanoth (núm. 14), Droids & Druids (núms. 5 y 8), Supersonic (núm. 23), Círculo de Lovecraft (núm. XXIII) y en las antologías «Terrorífica Navidad I» (Ed. Aullidos Ediciones), «Un San Valentín caníbal vol. 2» (La Corte Bizarra), «Orgullo Zombi 3» (Andrés Granbosque) y «Visiones 2022» (Asoc. Pórtico). Suele andar merodeando por Twitter como @IriarteGahete.

TODOS LOS RECUERDOS DE VIKTOR TAMARKIN



—¿Teniente?

Abrí los ojos. A los pies de mi cama, una rubicunda niñita de cuatro o cinco años me observaba acodada en el colchón. Me incorporé de golpe y registré la habitación con la mirada; el corazón bombeando adrenalina; los músculos tensos, listos para el combate.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo has entrado?

La cría bostezó.

—Si alguien realiza un escaneo de presencia —dijo—, apareceré registrada como su sobrina Marta Durán, de visita de fin de semana.

—¿Qué cojones...?

—Necesitábamos contactar con usted, digamos, en persona. Vengo a ofrecerle un contrato privado, estrictamente confidencial. La espero en la cocina.

En cuanto cerró la puerta tras ella, me lancé a la mesita de noche. La semiautomática seguía allí. Activé la mira láser, agudicé el oído al 400 % y registré el apartamento hasta asegurarme de que no había más intrusos.

La supuesta niña había asaltado

la despensa y, sentada en el suelo, se desayunaba con un tarro de crema de cacao sin molestarse en usar cuchara. Debía de ser solo un bioavatar de telepresencia. La verdadera intrusa estaría a kilómetros de distancia, conectada a algún terminal anónimo.

—Si crees que por llevar ese disfraz de cría no te voy a defenestrar de una patada en el culo...

—Teniente Valeriya Durán, baje el arma —dijo chupándose los dedos con deleite—. Sabemos que no hará una cosa así. Tenemos acceso a su perfil completo.

—Lláname tía Lera, cariño. —Dejé la pistola en la encimera, pero la mantuve a una prudencial distancia—. Si tanto sabes de mí, sabrás que hace mucho que dejé el ejército. Ahora voy por libre. Casos de poca monta, nada de mierdas ultrasecretas.

La cría rio mostrando sus perfectos dientes de leche.

—Sí, sabemos que *dejó el ejército*. —Entrecomilló la expresión con sus deditos pringados de cacao. Era escalofriante ver a aquella mocosa gesticular como una adulta—. También nos consta que, por algún motivo, no devolvió ninguno de sus implantes militares, lo que la convierte en la candidata perfecta para cierto tipo de trabajos.

La adrenalina empezaba a remitir. Me serví una taza de café para compensar.

—Mira, Martita, si estáis buscando una mercenaria, os habéis equivocado conmigo.

—Nada de eso. Solo necesitamos que nos localice a una persona desaparecida.

Enarqué una ceja.

—¿Solo eso?

—Teniente, si fuera fácil, no la contrataríamos a usted. Sí, sus implantes y su entrenamiento podrían serle útiles, pero es su coeficiente de estabilidad mental lo que nos interesa. Un CEM de 120 es algo difícil de encontrar en estos tiempos. Además, es usted fiel usuaria de nuestros productos.

Arrugué el ceño.

—¿Qué productos?

Por toda respuesta, Martita enroscó la tapa del tarro, se limpió las manos en la camiseta e hizo un gesto interactivo. La pantalla mural del salón se activó y apareció un documento: un contrato parcialmente censurado.

—Guau —exclamé al fijarme en los pagos. Cinco mil yuanes por adelantado más trescientos al día y veinte mil al completar la misión.

—Vale, te escucho —dije, al tiempo que añadía mi criptofirma al contrato—. ¿Qué productos?

—Saudades, teniente Durán —La niña se dio golpecitos en la sien con el dedo, como para ilustrar el concepto—. Soy agente de ciberseguridad de REM.ai, en Berlín.

Volví a mirar el contrato. Ahora mostraba todos los detalles. En efecto, venía firmado por REM. ai, la principal productora de saudades desde que se inventaron los injertos de recuerdos sintéticos.

—¿Desde cuándo una megacorporación contrata a sabuesos de poca monta? —pregunté.

—Este caso es especial. Al principio pensamos que sería pura rutina, pero ha resultado ser un dolor de ovarios, si me disculpa la expresión. Necesitamos un nuevo enfoque y se nos acaba el tiempo. Usted posee las cualidades requeridas, además de bastante experiencia con saudades.

Percibí un tonillo despectivo.

—Eh, que no soy una adicta a la nostalgia —aclaré—. Hace unos años adquirí un par de saudades de Tamarkin. Eso es todo.

Me apuntó con un dedito.

—Tiene gracia que le mencione precisamente a él.

—¿Por qué? —pregunté al tiempo que adivinaba la respuesta—. Joder...

—Exacto. Tamarkin es el desaparecido.

Sentí un vacío en el estómago. Las saudades del autor ucraniano Viktor Tamarkin estaban entre mis recuerdos más añorados. Ningún otro se acercaba siquiera a su talento con las emociones, los detalles, la verosimilitud.

—Pero... ¿Cuándo?

Martita se encogió de hombros.

—Tamarkin es el típico super-ventas excéntrico: contratos a medida, exigencias absurdas... Hacía años que solo se dejaba ver por videoconferencia. Cuando dejó de dar señales de vida, rastreamos sus comunicaciones y descubrimos que los últimos meses habíamos estado hablando con una IA, diseñada por él mismo, que se hacía pasar por él.

Sorbí el café, pensativa. Aquello olía cada vez peor.

—¿Teníais problemas con él?

—Como digo, es un tipo... peculiar. Llevaba bastante tiempo dándonos largas con el tema del contrato... —Se interrumpió como si alguien le hubiera tocado el hombro.

—¿El contrato...?

—Teniente, recuerde que esto es confidencial. Si llegara a saberse, podrían arder las calles.

—Seré una tumba.

—Verá, el contrato de difusión nos daba los derechos por un tiempo limitado. Hace mucho que tendríamos que haber firmado la renovación, pero tanto Tamarkin como la IA impostora no hacían más que postergarlo. Pues bien, la fecha de vencimiento es el próximo 30 de abril.

—¿De este abril? —exclamé—. ¿Dentro de una semana?

—Seis días. El próximo sábado a medianoche, esas saudades serán solo un recuerdo... nunca mejor dicho.

—O sea, que no podréis seguir vendiéndolas.

—No podremos seguir *difundiéndolas*. Millones de usuarios, usted incluida, perderán el acceso a esos recuerdos. Sus memorias volverán a su estado original antes de adquirirlos.

Necesité sentarme un momento para encajar aquello.

—Un momento, he pagado por esos recuerdos. ¡Son míos, joder!

—Lea la letra pequeña. Usted no compra saudades. Usted adquiere una licencia para consumirlas mientras estén disponibles. Es decir, hasta el próximo 30 de abril, inclusive.

Pateé una silla.

—Necesito toda la información —dije—: historial, ADN, comunicaciones... ¡Todo!

—Ya la tiene. —Señaló la pared tras de mí. Montañas de documentos, fotografías, listados, mapas, se apilaban por toda la pantalla mural—. Pero no se moleste. Ya hemos analizado hasta el último píxel. Como dije, necesitamos un enfoque distinto. Algo como esto.

Sacó del bolsillo un terminal diminuto y me lo tendió. Mostraba el logotipo de REM.ai, blanco sobre negro. Bajo el logo, una doble hélice holográfica indicaba el sensor de ADN. Recordaba a un transmisor de recuerdos, pero su diseño era más tosco, como de prototipo.

—¿Qué es? —pregunté—. ¿Una

saudade?

—Parecido. Es un transmisor experimental. Le injertará ciertos recuerdos. Pero no son saudades. Son auténticos. Y están en bruto, sin procesar. Los reconocerá como ajenos, eso sí.

Empecé a entender por qué necesitaban un CEM elevado. Los experimentos con injertos ajenos casi siempre habían resultado desastrosos. Muchos voluntarios acabaron totalmente psicóticos.

—De acuerdo. —Suspiré pensando en la pequeña fortuna que me pagarían al completar la misión—. ¿De quién son los recuerdos?

—De Tamarkin, claro.

Casi me atraganté con el café.

—Es el último de sus volcados de memoria. Los hacía cada cierto tiempo para tener material de base con el que trabajar. Siendo también usted de origen ucraniano, tendrá menos problemas para asimilar esos recuerdos.

—¿Y él os daba acceso a sus volcados?

Martita se puso un dedo en los labios.

—¡Shhh! En realidad no, pero para hacerlos usaba la infraestructura cuántica de REM.ai. Después los borraba, pero hemos podido rescatar una copia de respaldo del tres de marzo del año pasado.

—O sea, que tendré sus recuerdos hasta hace un año.

—Quizá no todos. Y no de

golpe. Se le transmitirán gradualmente a medida que se complete el preprocesamiento, que tardará entre 12 y 48 horas a partir de... ¿ahora? —Señaló el transmisor y enarcó las cejas.

«Vamos allá», pensé. Pulsé el sensor de ADN. Apareció un simple letrero:

PREPROCESANDO: 0 %.

Martita se puso en pie.

—Perfecto. Puede llamarme Fischer. Estaremos en contacto —dijo, y alzó el tarro de crema de cacao—. ¿Puedo llevármelo?

Pasé todo el día revisando la documentación. Los chicos de REM.ai habían hecho sus deberes, pero sin resultados. Empecé a comprender por qué recurrían a medidas desesperadas. Tamarin se había esfumado como por ensalmo. Quizá tener sus recuerdos podría ayudarme, pero no podía contar con ello. A la mañana siguiente envié un mensaje urgente y salí de compras.

Camino del Metropól, el centro subterráneo de la ciudad, los vagones del metro activaron la publicidad personalizada. Un anuncio de saudades emergió ante mí.

—*Embelléce tu presente con evocaciones de un pasado mejor. Revive tus mejores momentos siempre que quieras. Prueba el plan gratuito con anuncios personalizados o suscríbete*

por solo...

Le mostré el dedo corazón. El anuncio comprendió y se silenció.

El vagón traqueteó y se zarandeó al pasar por una estación en ruinas. La iluminación titiló agónicamente hasta estabilizarse. Algunos pasajeros maldijeron a gritos, pero otros no se inmutaron. Reclinados en sus asientos, al margen de todo, miraban sin ver. Era la «mirada REM»: cabeza ladeada, ojos soñadores, leve sonrisa. Un chico a mi lado acariciaba una foto, un *souvenir* de REM.ai. En ella, una mujer que nunca existió saludaba con expresión enigmática.

En mi injerto de *El ángel*, la gran obra maestra de Tamarkin, aquella mujer sin nombre era una cabo de infantería, de misión humanitaria en Ucrania. Fue ella quien me sacó de aquel sórdido orfanato de Mariúpol y me trajo a España para la adopción. El recuerdo del viaje en tren era tan vívido que, si no fuera por la marca de agua de REM.ai, jamás hubiera creído que era sintético. La sonrisa tranquila de aquella mujer, su mirada afectuosa, me hicieron sentir segura por primera vez en años. Pasamos horas jugando a juegos de mesa en el vagón, como si nos conociéramos de toda la vida. Al despedirnos en la estación, la abracé con todas mis fuerzas y supe en ese instante, con solo diez años, que sería militar como ella.

Al menos, así fue en la versión de mi pasado creada por la saudade. No sabía por qué me alisté en realidad, ni me importaba. Solo sabía que añoraba a la mujer sin nombre. Para darle más entidad a su recuerdo, llegué a dedicarle una larga y meticulosa entrada en mi diario personal.

—La próxima parada es la estación Metropol —me anunció el metro—. Que pase un buen día.

Justo al apearme del vagón, un recuerdo de Tamarkin brotó como una explosión de fuegos artificiales. Me quedé allí pasmada mientras los detalles se abrían paso en mi memoria.

Amanda dice sí. El corazón se me va a salir del pecho. El olor a salitre me embriaga. Temblando. Le pongo el anillo. Oro cálido. Brillante. Sanlúcar de Barrameda. [...] El hotel cerca de la playa. Ya no volveremos allí. El congreso no importa nada. Yo aún no soy nadie. Desconocido. Perdemos la cuenta de los días. Tengo tanto miedo. Pero ella dice sí. No puedo creerlo. «Es precioso», dice. Oro cálido. [...] Siempre volvemos a Sanlúcar. Hacemos el amor en la playa. «Te quiero», dice Amanda.

Callejeé por el Metropol, con un nudo en el estómago, hasta el sexto nivel subterráneo. Me repetía que yo no me había enamorado de aquella tal Amanda. Era ese otro yo que se estaba instalan-

do en algún rincón de mi mente. Para colmo, aquel viejo recuerdo no iba a servirme de gran cosa. Era de cuando Sanlúcar aún tenía playas.

Una muchedumbre se agolpaba a las puertas del Magnus. Me abrí paso entre la masa de espantajos que pugnaban por probar suerte con el filtro de admisión. Un tipo enorme con cuernos de cabra me agarró de un brazo.

—¿Adónde coño vas, primate? ¡Espera tu turno!

No me convenía montar una escena, así que me limité a mirarle al entrecejo, muy de cerca, mientras ajustaba las miras infrarrojas. Al reconocer la fluctuación en mis iris tácticos, se echó atrás alzando las palmas. Buen chico.

—Tengo una reserva —dije.

No-op me esperaba junto al escaparate con un cóctel a medio beber. Hizo el gesto acordado para que pudiera reconocerle. Nunca se dejaba ver dos veces con la misma cara. Aquella vez se había puesto una que no daba apenas grima. Muy acorde con nuestra fachada de cita romántica.

Me senté frente a él con mi sonrisa más seductora.

—Tú debes de ser Roberto.

—¡El mismo! —dijo No-op—. Tú debes de ser Alicia.

El santo y seña puso en marcha el protocolo de identificación. Nos estrechamos la mano para establecer el enlace criptogenético.

Noté aquella perturbadora sensación de tartamudeo mientras el programa esteganográfico puenteara nuestro procesamiento del lenguaje. A partir de ahí, cualquiera que nos escuchase solo oiría una inocua charla de tortolitos, que no era otra cosa que la señal portadora de la verdadera conversación. Odiaba aquello. Hasta que te acostumbrabas, parecías estar viviendo una película coreana mal doblada.

—¡Nada de eso...! Genial. Y, para variar, traes una pinta de macarra que dice «exmilitar» a gritos. ... *mucho esa foto tuya del...*

—¡...chas gracias...! No-op, cariño, deberías hacerte mirar esa paranoia tuya. —Acentué la sonrisa artificial—. Te acabará dando más problemas de los que te ahorra.

No-op hizo señas a un bot que deambulaba entre las mesas.

—Eh, no te metas con mi paranoia. Es lo que me mantiene con vida.



—¿Qué ha pasado ahí fuera? —preguntó No-op—. *Eres mucho más guapa al natural, ¿sabes?*

—*Me lo dicen mucho, no soy nada fotogénica* —me oí decir mientras le mentía—. Nada, un colgado, que me ha confundido con otra.

—Es lo que te mantiene pobre. Mis otros proveedores son más confiados y llegan a fin de mes.

Ambos reímos con ganas. Mi programa esteganográfico debía haber contado un buen chiste. El bot me trajo un cóctel y voló hasta

la barra.

—Pues tú dirás —dijo No-op—. ¿A qué venía tantísima prisa? ¿Problemas?

Tomé un trago. Fuera lo que fuese, llevaba demasiada pimienta.

—Factor tiempo. Tengo que encontrar a un desaparecido.

—¿Solo eso? —No-op frunció el ceño—. ¿Puedo saber quién es?

—No.

—Como quieras. —Se encogió de hombros—. Asumo que necesitas artillería pesada. ¿Es así?

—Correcto.

No-op se reclinó y se masajeó la barbilla.

—Puede que tenga algo para ti... Ahora mismo vuelvo.

Relajó el gesto y perdió la mirada durante un par de minutos. Aproveché para cambiar mi cóctel por un aguardiente a palo seco.

—¡Buenas noticias! —dijo No-op al volver en sí—. Tengo lo que necesitas. No es un simple programa, ¿vale? Es un terminal con *hardware* a medida. Lleva una IA pirata con un modelo de medio *zettabyte*. Semiautónoma, acceso a satélites, se mueve por la red como un fantasma... Da auténtico miedo. Ni que decir tiene que es ilegal en cualquier país civilizado. —Abrió los brazos con gesto magnánimo—. Y te lo puedo dejar en cinco mil yuanes.

«Allá se fue mi pago por adelantado», pensé mientras cerrábamos

el trato con un brindis.

«¡Gracias, os quiero!», grito al público. Todos aplauden. Levanto el premio Seppänen. Pesado. Lo agito en el aire. Amanda también aplaude, entre el público. Se pone en pie. Todos se ponen en pie. [...] Aquel tipo raro del público no aplaude. Serio. Solo está allí y mira fijamente. [...] El ejecutivo de REM.ai me estrecha la mano. «Me llamo Gabriel, tenemos que hablar de negocios». [...] Ahora sé que podré vivir de esto. No puedo ser más feliz.

Desperté al amanecer, evocando aquel recuerdo de la entrega de premios Seppänen, preguntándome si lo había soñado. No, no era un sueño. Tenía ese aire de lejanía y añoranza. Además, aquel tipo en el público...

Me incorporé de pronto. ¿Yo lo conocía? No, imposible. Pero algo en él me resultaba familiar: fibroso, aire marcial, actitud alerta y disciplinada. Quizá un soldado. O un mercenario.

Por fin, un rastro que seguir.

Me zambullí en los archivos de REM.ai hasta dar con la grabación de los Seppänen. Era de hacía más de diez años. La visualicé al completo y, al hacerlo, reviví las emociones de Tamarkin mientras daba su charla: la gratitud, la punzada de pánico escénico... El recuerdo era ahora vívido en mi memoria.

Pero aquel tipo misterioso no aparecía en la grabación.

Imposible, pensé. Sabía exactamente dónde debía estar, pero no estaba. La reproduje de nuevo, la cotejé, le pasé todos los filtros imaginables. Ni puñetero rastro. Lo habían borrado.

—Sé que estás ahí, amigo —surré—. Tenemos que hablar.

Tamborileé con los dedos sobre el terminal de No-op. Recordaba a las antiguas consolas de videojuegos, solo que llevaba incorporado un monitor holográfico. Había estado hasta las tantas configurándolo, pero aún no lo había probado en serio.

Lo encendí.

—Buenos días, Lera, puedes llamarme Sam —dijo el terminal—. ¿Prefieres que me dirija a ti en ucraniano?

Casi salté de la silla.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Ha sido fácil —dijo Sam—. La seguridad de tu interfaz de red es mejorable. Puedo darte algún consejo para reforzarla, pero sospecho que ahora tienes una petición urgente. ¿Es así?

—Viktor Tamarkin —dijo mientras le transfería los archivos de REM.ai—. Aquí tienes todo lo que sé sobre él. Necesito saber dónde está. Y lo necesito ayer.

—Interesante —respondió Sam tras unos instantes—. Diría que alguien no quiere que le encontremos. Quizá el propio Tamarkin ha decidido quitarse de en medio.

En cualquier caso, han borrado su rastro con notable pericia. Puedo lanzar un proceso de búsqueda intensiva-extensiva. Será rápido, pero podría hacer saltar algunas alarmas...

—Inaceptable. Nadie debe sospechar que está desaparecido.

—Entendido. Configuraré una búsqueda extensiva sigilosa. Tendré que usar ingeniería social. Me temo que eso aumentará el tiempo requerido.

Suspiré y fui a servirme un café.

—¿Cuánto tiempo?

—Es difícil de concretar —dijo Sam en mi implante auditivo—. No más de 48 horas.

—De acuerdo. Adelante.

—Búsqueda iniciada. Te informaré de mis progresos. ¿Algo más? ¿Hace una partida de durak?

Me mordisqueé el labio mientras me calentaba las manos con la taza.

—¿Qué tal se te dan los retratos robot? —pregunté.

—Bien, si tengo acceso a las ondas cerebrales del testigo.

Apuré el café y me lancé a revolver los cajones del dormitorio.

—¿Sirve una interfaz neural PQ-32?

—¿El modelo del ejército? Un poco anticuado, pero debería bastar.

Saqué la interfaz de debajo de una maraña de cables obsoletos y

me senté ante la pantalla de Sam mientras me lo ajustaba a la cabeza. Visualicé al tipo misterioso de los premios Seppänen.

—Listo. Estoy pensando en una persona, quiero que generes su retrato.

—Dame un segundo —dijo Sam mientras unas figuras geométricas desfilaban por la pantalla—. Estoy discriminando las señales nerviosas de tu córtex visual y tus respuestas emocionales... Bien. Imagina a esa persona mirando de frente. Concéntrate en sus rasgos.

Un rostro tridimensional apareció en pantalla. Difuso al principio, pronto era una cara muy parecida a la que tenía en mente. Comenzó a mutar a toda velocidad. Unas veces era más reconocible, otras menos. Cuanto más aumentaba su parecido, las mutaciones eran más y más sutiles.

—Hecho —dijo Sam al fin—. ¿Es este el hombre que buscas?

Noté que se me erizaba el vello de la nuca. Me parecía tenerlo delante en carne y hueso. Caucásico, castaño, mostacho en herradura, rasgos afilados...

—¡Ese es! Necesito hacerle una visita. ¿Cuánto te llevará localizarlo?

—Ya lo he hecho. Te presento a Asbjørn Strand, alias Sensei. ¿Te voy reservando un vuelo a Copenhague?

«Vete y no vuelvas», me dice. No entiendo a Amanda. Furiosa. «¡No, cálmate tú!», dice. No la entiendo. Solo es un viaje de negocios. Solo una semana. [...] «Estás obsesionado», repite. Pero yo no estoy obsesionado; no estoy obsesionado. [...] La marca del anillo en su dedo. Firmando el divorcio. ¿Por qué me haces esto, Amanda? Todavía te quiero. No me dejes.

En una época en la que los grupos terroristas se multiplicaban como setas, era difícil estar al día, así que tuve que tomar un curso intensivo de reciclaje.

Sann Identitet era un grupo tecnófobo ultracristiano que se oponía a cualquier forma de hibridación humano-máquina. Sus métodos favoritos eran el secuestro y la ejecución pública; los ciborgs sus objetivos predilectos. Sensei había sido un *identitær*, pero luego fundó una escisión, *Ekte Mann*, aún más radical. Para ellos, llevar un marcapasos ya te convertía en un indeseable. En general, esta clase de pirados no suponía un gran problema: su tecnofobia era su principal debilidad. Pero estos tenían dinero y contactos —suficientes como para hacer desaparecer a un tipo de un vídeo gubernamental con marca de agua inteligente—. Además, era una organización descentral-

izada: cualquiera que comulgara con sus ideas podía fundar su propia célula y recibir entrenamiento y financiación.

No hacía ni una semana que Sensei había salido de la cárcel — era su sexta condena— y ya frecuentaba los antros radicales más infames de Copenhague. Estaba claro que andaba restableciendo contactos, preparándose para volver a la acción.

No di con él hasta la noche del jueves, a la salida de un discreto bar de la Ciudad Libre de Christianshavn. Se montó en un aeromotor y manoteó hasta hacerlo arrancar. Le marqué con un dardo de feromonas y le seguí a una distancia prudencial.

Se alojaba en un bloque de apartamentos de Nørrebro, de antes de la guerra, así que no me fue difícil saltarme el control de seguridad de la entrada. Seguí el rastro de feromonas hasta su apartamento en el tercer piso. El felpudo llevaba serigrafiada una esvástica.

Activé mi traductor danés-español y aporreé el timbre. Sensei abrió una rendija.

—*Hvem er du?* —preguntó tras desnudarme con la mirada—. ¿Quién eres?

Me metí en el papel de yonqui desesperada y recité las frases que Sam me había hecho memorizar:



—*Jeg er Liv...* Soy Liv. Liv... la pareja de Søren. Mira, Claus me ha dicho... me ha dicho que tienes chicle belga. —Le enseñé un par de billetes arrugados—. Tío, necesito chicle, en serio, por favor, por favor.

Sensei dudó un segundo, luego se relamió mirándome las tetas y abrió la rendija un poco más. Lo suficiente.

Lo acomodé en la bañera, bien sujeto con bridas de grafeno.

—¡Cíborg de mierda! —dijo entre toses cuando volvió en sí—. ¡La has cagado bien! ¡Te vamos a desollar viva, y eso solo será el principio...!

Le tapé la boca con un trozo de cinta de embalar.

—Así mejor. Fíjate en esto. —Saqué un terminal y le enseñé el vídeo de los Seppänen—. Es de hace diez años en Helsinki. ¿Te trae recuerdos? ¿Qué hacías allí exactamente? Ponme al día rapidito y puede que salgas de esta ileso.

Sensei gruñó y agitó la cabeza en un elocuente gesto de resistencia a colaborar. Suspiré.

—De verdad que lo siento, amigo, pero no tengo tiempo ni paciencia para gilipolleces. ¿Sabes lo que son las sondas pulpo? —Saqué de un bolsillo los parches y se los pegué a las sienes—. Si detectan que tratas de ocultarme algo, te harán desear no haber na-

cido, ¿estamos? Empecemos por una fácil. ¿Cómo te llamas?

Le arranqué la cinta —y parte del bigote—. Sensei frunció los labios como para soltar algún exabrupto. Tan pronto abrió la boca, demudó el semblante, los ojos en blanco, todos los músculos faciales crispados por el dolor. Tras quince interminables segundos gimiendo entre espasmos, se relajó y se vomitó encima, llorando como un bebé.

—Qué asco —dije—. Me ibas a contar una mentirijilla, ¿eh?

—Me llamo Asbjørn Strand... —empezó.

«No quiero seguir con esto», le digo. Gabriel cierra la puerta del despacho; «no lo has pensado bien, estamos haciendo millones». Pero sí lo he pensado; he pensado mucho. [...] Ahora hay adictos a las saudades. Hay gente sin pasado. Solo saudades. Solo mentiras. «Te has vuelto codicioso», le digo. Meten publicidad en tus recuerdos. Campañas electorales; gratos recuerdos del mejor postor; calumnias contra sus oponentes. [...] «No es tu problema», dice Gabriel. Persuasivo. «Tú no tienes culpa», dice. «No podemos pararlo ahora». Me convence.

Contacté con Sam nada más aterrizar en mi escala en Barcelona, al mediodía del viernes. La urgencia en su voz reverberaba en

mi implante auditivo.

—Lera, ándate con ojo. Parece que no soy el único que anda rastreando a Tamarkin. Casi consiguen detectarme. No sé quiénes son, pero está claro que tienen medios.

—Yo sí sé quiénes son —subvoalicé mientras pasaba el control de armas biológicas del aeropuerto—. Sensei cantó como un jilguero. A *Sann Identitet* no le interesan los saudadistas como Tamarkin, pero *Ekte Mann* hace años que le quiere muerto. Se proponían decapitarlo, grabar la ejecución y enviarla a la memoria de los usuarios de REM.ai en forma de recuerdo feliz y victorioso.

—Hum, vaya. Qué angelitos.

—Pero el caso es que las medidas de seguridad de REM.ai les impidieron llegar hasta él. Además, parece que el mismo Tamarkin había adquirido protección privada adicional, incluyendo una IA especializada. Así que *Ekte Mann* ha decidido ahorrarse complicaciones y poner precio a su cabeza. Me temo que Tamarkin tiene los días contados... Si es que sigue vivo.

Bajé la vista al suelo mientras caminaba a la salida. Todo en aquel maldito aeropuerto me traía recuerdos confusos. Este restaurante, aquella librería... Todo me hacía revivir experiencias agradables por un lado —los viajes de Tamarkin, los admiradores,

los premios— y melancólicas por otro —mi llegada a España, la despedida de la mujer sin nombre, sentirme sola, diferente—. Una incipiente jaqueca me latía en las sienes, al tiempo que aquellos recuerdos se entremezclaban en un desconcertante *collage*. Me recordé brindando con Tamarkin, que me sonreía como si fuéramos íntimos. Tras soltar la copa, me acaricié con el pulgar una sortija de oro trenzado que llevaba en el índice. La misma que llevaba la mujer sin nombre en la saudade *El ángel*. En la entrada que le dediqué en mi diario, había descrito con todo detalle aquella sortija.

Sam me sacó de mi aturdimiento.

—Yo diría que sigue vivo —dijo—. Al menos de momento.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, es lo que iba a decirte: he encontrado su rastro. Su vivienda actual está cerca de ahí. La adquirió hace un par de años usando una identidad falsa.

La ficha con la geolocalización apareció en mi campo visual. El corazón me dio un vuelco. Estaba justo allí, en Barcelona. Salí al aire libre y subí a un aerotaxi.

Quince minutos después, ante la puerta blindada de su apartamento, cerré los ojos y agudicé mis sentidos al máximo. Nada se movía, nada respiraba. Allí no había ni un alma. Nadie con vida, al menos. Toqué la cerradura. La

pantalla se iluminó, pero en lugar del lector de huella dactilar, solo mostraba una lista de mensajes de error. La habían pirateado. Saqué la pistola, activé el modo sigilo y respiré hondo tres veces.

Empujé la puerta, y esta se abrió sin más.

El piso estaba todo patas arriba.

—¡No, no, no, joder!

Habían registrado a conciencia, rajado cojines, vaciado macetas, volcado cajones. Me abrí paso por aquel caos e inspeccioné cada habitación. Nada. Ni cadáveres ni señales de violencia. Todo indicaba que Tamarkin se había librado por los pelos, pero algo no me acababa de encajar.

Lo entendí al abrir unas cortinas y mirar al exterior. El paisaje tras aquellos ventanales te cortaba la respiración. De un vistazo podías ver todo el litoral de la ciudad, la Sagrada Familia, el horizonte de torres solares de la Diagonal, el enjambre de drones brillando a la luz del Sol. Pero todo aquello no significaba nada para Tamarkin. Al abrir las cortinas, me asaltó el claro recuerdo de haber estado allí... solo de paso. Tamarkin había comprado aquel apartamento como señuelo para confundir su rastro. Nunca llegó a vivir allí.

Nos había despistado a todos. A *Ekte Mann*, a Sam, a mí.

Tamarkin había mirado por esa misma ventana, pero pensando

solo en huir lejos; refugiarse en un pasado que de algún modo se le escapaba. Empezaba a entender por qué quería quitarse de en medio. Pero no podía dejarle escapar. Tenía una misión que cumplir.

Y se me acababa el tiempo.

La voz de Sam en mi cabeza me hizo dar un respingo. Había olvidado que la conexión seguía abierta.

—No está ahí, ¿verdad? —Había tristeza en su voz.

—No, Sam. No está aquí.

—Siento no haberte podido ayudar.

—Bueno, no te castigues, todavía tenemos algo más de veinticuatro horas...

—Creo que no. Me han encontrado. Se acabó.

—¿Cómo? ¿Quién?

—*Ekte Mann*. Me han rastreado hasta tu casa. Deja el caso, Lera. Ocúltate por un tiempo. Vienen...

La conexión se cortó sin previo aviso. Con un mal presentimiento, accedí al circuito de vídeo de mi apartamento. Por un segundo, alcancé a distinguir una confusión de humo y llamas. Luego, todas las imágenes quedaron en blanco. Consulté mi terminal. Se había llenado de mensajes de diagnóstico:

Todos los sistemas fuera de línea. Temperatura: 861 °C. Posible deflagración.

En otras palabras: puedes ir buscándote otro piso.

Hago el equipaje. Ligero. No volveré nunca. Lo dejaré todo atrás. El dolor es tan intenso; lo inunda todo. [...] No quiero la fama; no quiero el dinero. Nada tiene sentido sin ella. [...] Te echo de menos, Amanda. Dios mío, cómo te echo de menos.

Desayuné vodka y cereales en el bar del motel donde pasé la noche. Apostada en la barra, calentaba el vaso entre las manos, mientras el aroma a café y tostadas me hacía recordar aquella cafetería en la que paramos tras el largo viaje desde Ucrania. Hacía toda una vida de aquello, y ahora me preguntaba cuánto fue real y cuánto era la saudade *El ángel*.

Por enésima vez, zumbó en mi cabeza una llamada de Fischer. Estarían desesperados. Quedaban apenas doce horas para que venciese su valioso contrato. Silenció la llamada mientras tomaba otro trago de aquel matarratas.

Sin casa, sin dinero, sin ideas, me pregunté a dónde ir. ¿Adónde va una cuando no le queda nada? A un lugar con recuerdos felices, quizá. Con recuerdos auténticos. ¿Adónde iría Tamarkin?

Lo supe de golpe, como si la respuesta siempre hubiera estado allí, ante mis ojos.

Sanlúcar de Barrameda. El lugar donde conoció a Amanda. Donde fueron tan felices. Tenía que ser allí.

Salí disparada a la estación más cercana. Durante el viaje estudié mapas e imágenes de satélite hasta limitar la búsqueda a dos o tres casas cuya estructura y emplazamiento gritaban *zona de alta seguridad, manténganse alejados*. Solo una de ellas tenía el estilo de Tamarkin: una solitaria y elegante villa rodeada de viñedos. Al examinar las fotos, me asaltó otro de aquellos recuerdos adulterados: me encontraba en el porche de aquella villa y, tras la puerta entornada, Tamarkin canturreaba mi nombre. Solo que no era mi nombre. Decía *malenka* («pequeña» en ucraniano), pero yo sabía que se refería a mí.

Llegué a Sanlúcar a las 21:05. A tres horas del desastre. A menos aún de perder la razón.

Tan pronto llegué a la villa, supe que algo no iba bien. Los sistemas perimetrales de seguridad estaban desactivados. A lo largo del muro exterior, varios detectores líder languidecían cubiertos de polvo y vegetación. Rodeé la propiedad y salté al jardín trasero. La piscina, cubierta de hojarasca podrida, olía a agua estancada. La puerta principal solo tenía una cerradura activa, con un sencillo teclado analógico y una pantalla numérica. De inmediato acudió a mi mente el pin favorito de Tamarkin: 2027, el año en que conoció a Amanda. Probé suerte. Bingo. La puerta se abrió sin chistar.

Todo estaba en silencio. Tras amplificar mis sentidos al máximo, recorrí las habitaciones de la planta baja, pistola en mano. De una estancia al fondo de un pasillo llegaba el tictac de un viejo reloj de pared y un suave murmullo de voces. Abrí la puerta.

Sentado junto a una estantería repleta de libros, Viktor Tamarkin leía con voz cadenciosa, atemperada por la edad. En una silla frente a él, dormitaba una mujer de pelo blanco. Casi no la reconocí. Era Amanda. Poco a poco, aquella segunda oportunidad se perfiló en mi memoria: una reconciliación, un amor renovado, años de convivencia. Tamarkin interrumpió la lectura sin prisa, como a regañadientes. Alzó la vista y me dedicó una sonrisa paternal.

—¡Adelante! ¿Vienes a matarme o a ofrecerme un contrato? —dijo echando una ojeada al reloj, que en ese momento marcaba las diez. Luego miró a Amanda y soltó un taco en ucraniano—. Se durmió. No sé en qué página se ha quedado. En fin, es igual, no lo recordaría de todas maneras. Aun así, le gusta que le lea, ¿sabes? Le relaja.

Enfundé la pistola y me senté junto a ella.

—¿Alzheimer? —pregunté con un hilo de voz.

—Algo así, pero me temo que no responde a ningún tratamiento. —Apretó el libro en el regazo hasta que sus nudillos palideci-

eron. Empecé a entender el dolor que transpiraban algunos recuerdos de Tamarkin. La sensación de pérdida, de impotencia. *Te echo de menos, Amanda.*

—Lo siento, señor Tamarkin...

Me interrumpió con un gesto.

—Llámame Viktor.

Amanda se removió en el asiento. Abrió los ojos y me miró con expresión vacía. Luego miró a Tamarkin.

—Es una amiga —dijo él—, ha venido a hacernos una visita.

Amanda se volvió hacia mí y me sonrió. Se me puso la piel de gallina al caer en la cuenta. Aquella sonrisa cálida era la de la mujer de la saudade, mi ángel salvador. Tamarkin la había basado en Amanda.

Él pareció notar mi reacción.

—La mujer sin nombre —dijo con una sonrisa triste.

Con esfuerzo, aparté la vista de Amanda.

—Viktor... —Saqué mi terminal y llamé a Fischer—. Esto es urgente. Debo ponerle en contacto con el personal de REM.ai.

Le acerqué el aparato. Tamarkin alargó un brazo y cortó la llamada. Me guiñó un ojo.

—Mejor no.

—Viktor, el contrato...

—Sí, sí, el contrato. —Puso los ojos en blanco—. Vencerá a medianoche, lo sé. Todas esas saudades se perderán como lágrimas en la lluvia, etcétera. Es mejor así,

créeme.

Me quedé sin habla. Por algún motivo, no había contemplado esa posibilidad. Tamarkin se puso en pie y dejó el libro en la estantería.

—No echarás de menos ese recuerdo. Es solo ficción... como todo, supongo. —Suspiró—. Mira..., cuando nos dieron el diagnóstico, le propuse injertarle recuerdos sintéticos. —Se sentó junto a Amanda y le acarició la mejilla—. Se negó. En lugar de eso, me hizo el mejor regalo del mundo. ¿Lo adivinas?

Negué con la cabeza.

—Me regaló todos sus recuerdos. Un volcado completo. Fue un experimento arriesgado, pero funcionó. Ahora yo puedo recordar por los dos. ¿Verdad, malenka? ¡Todos tus recuerdos favoritos! Como aquella vez que el bobo de Jonás se disfrazó de oso y te llevó aquel enorme peluche al hospital.

—¡Sí, cuéntamelo! ¡Es tan bonito! —dijo Amanda aplaudiendo. Llevaba una sortija de oro trenzado.

Malenka. La sortija. Todo cobró sentido en un instante. No eran recuerdos adulterados. Eran los de Amanda. Estaban incluidos en el volcado de memoria de Tamarkin.

Mientras él le relataba la anécdota del peluche, yo apenas podía contener la risa, porque también recordaba el ridículo disfraz que

su hermano Jonás llevaba aquel día.

En el tren de vuelta, el reloj del vagón marcó las 00:00. El contrato inteligente ejecutó el programa de vencimiento y El ángel pasó a ser solo una entrada más en mi diario. Un recuerdo de un recuerdo.

No lo eché de menos. Tamarkin tenía razón. Tamarkin siempre tuvo razón. A pesar de mis advertencias, decidió quedarse en Sanlúcar con Amanda. Algo me decía que aquella sería la última vez que los viese con vida, como así fue. Pero siempre estarían conmigo, como fantasmas recorriendo los laberintos de mi memoria. Yo siempre podría recordar por los tres.

Solo hubo una breve conmoción entre los pasajeros. Algunas «miradas REM» dieron paso a expresiones de perplejidad. Unos pocos perdieron la mirada, con ojos empañados de lágrimas. Pero la mayoría hicieron como yo.

Se encogieron de hombros y siguieron con sus vidas.



Yolanda Fernández Benito

Nací en Valladolid hace más de medio siglo. Ciudad en la que sigo anclada y trabajando como empleada de banca para pagar la hipoteca. Disfruto observando el anodino mundo que me rodea buscando caras, imágenes y sonidos que me sirvan de inspiración para crear mis realidades paralelas.

Me gusta experimentar con distintos géneros, personajes y extensiones, pero reconozco que siempre, en mayor o menor medida, acaban teniendo un toque siniestro y oscuro. Varios de mis relatos han sido seleccionados para formar parte de diversas antologías o premiados en concursos. También he publicado en revistas como Pulporama, Literentropía, Droids & Druids, Metahumanos, Sangría, Mordeador, Entre Lusco y Fusco, Interesantes relatos, Relatos increíbles, Revista Weird Review, Teoría Ómicrom o Tentacle Pulp y, como no tengo blog propio, podéis encontrar mis relatos y más información en el blog Cylcon (ACLCFT).

(<https://aclcft.wordpress.com/2018/01/01/conociendo-a-nuestras-cias-yolanda-fernandez-benito/>)



isla ROJA

Sorken regresó al camarote colándose por el pequeño ojo de buey. Quería evitar a toda costa las tediosas preguntas de la tripulación acerca del estado de salud de la capitana. Hasta que llegasen a su destino, la versión oficial iba a ser que seguía en cuarentena, reponiéndose de la contagiosa gripe que la aquejaba.

Aunque la idea de fabricar nubes lo suficientemente densas como para camuflar el zepelín, evitando exponerse a los ataques del resto de los señores del aire, había sido suya, para un loro de su edad y con tantos implantes metálicos en su cuerpo, aquel exceso de humedad era un incordio. Cada vez que salía a otear los alrededores en busca de peligros o simplemente para verificar el rumbo de su embarcación, el mecanismo que mantenía sus alas ágiles como cuando era un poluelo, se resentía y se veía obliga-

do a sobrevolar en círculos el camarote con enérgicos aleteos para secarlas.

Se acercó al emisor de vapor y, después de recuperar el resuello, inhaló una profunda bocanada para activar el mecanismo de su modulador de voz.

—A toda la tripulación, estamos a punto de arribar a Isla Roja. Inicien las maniobras de disolución de la nube y de expulsión de gas para el aterrizaje —ordenó a través del sistema de megafonía.

El modulador reprodujo a la perfección la voz de la capitana Mara, incluyendo el deje nasal propio del estado de salud de la joven. Visto el resultado, Sorken pensó que al final tendría que dar la razón a la joven en lo de que, pese a que su mantenimiento era muy engorroso, aquel modelo era el más preciso y versátil.

Se posó en el cabecero de la cama y con ojos melancólicos miró a Mara. Aún recordaba el día en que la encontró en aquel apestoso callejón de Ciudad Quincalla. Aparentemente solo era otra niña famélica más que luchaba por sobrevivir en un ambiente hostil y cruel rebuscando entre la chatarra del vertedero. Su olfato para detectar humanos con cualidades por encima de la mediocridad había acertado de nuevo y se sentía orgulloso de lo que había conseguido aquella alumna aventajada siguiendo sus

enseñanzas.

Una oleosa lágrima rodó por el colorido plumaje al ver el cuerpo inerte que reposaba encima de la cama. No pudo retener una segunda al recordar el día que la joven, ya nombrada capitana del Ícaro, llegó tan feliz como dolorida luciendo el nuevo implante que adornaba su hasta entonces diminuto hombro para que él tuviese más superficie dónde posarse sin miedo a resbalar. La pérdida de movilidad de aquel brazo no le importó, es más, ella siempre decía que aquel detalle apenas compensaba una pequeñísima parte de lo que le debía.

Pero ahora todos aquellos melancólicos recuerdos poco importaban, había pasado ya una semana desde el incidente y el cadáver de Mara comenzaba a oler.

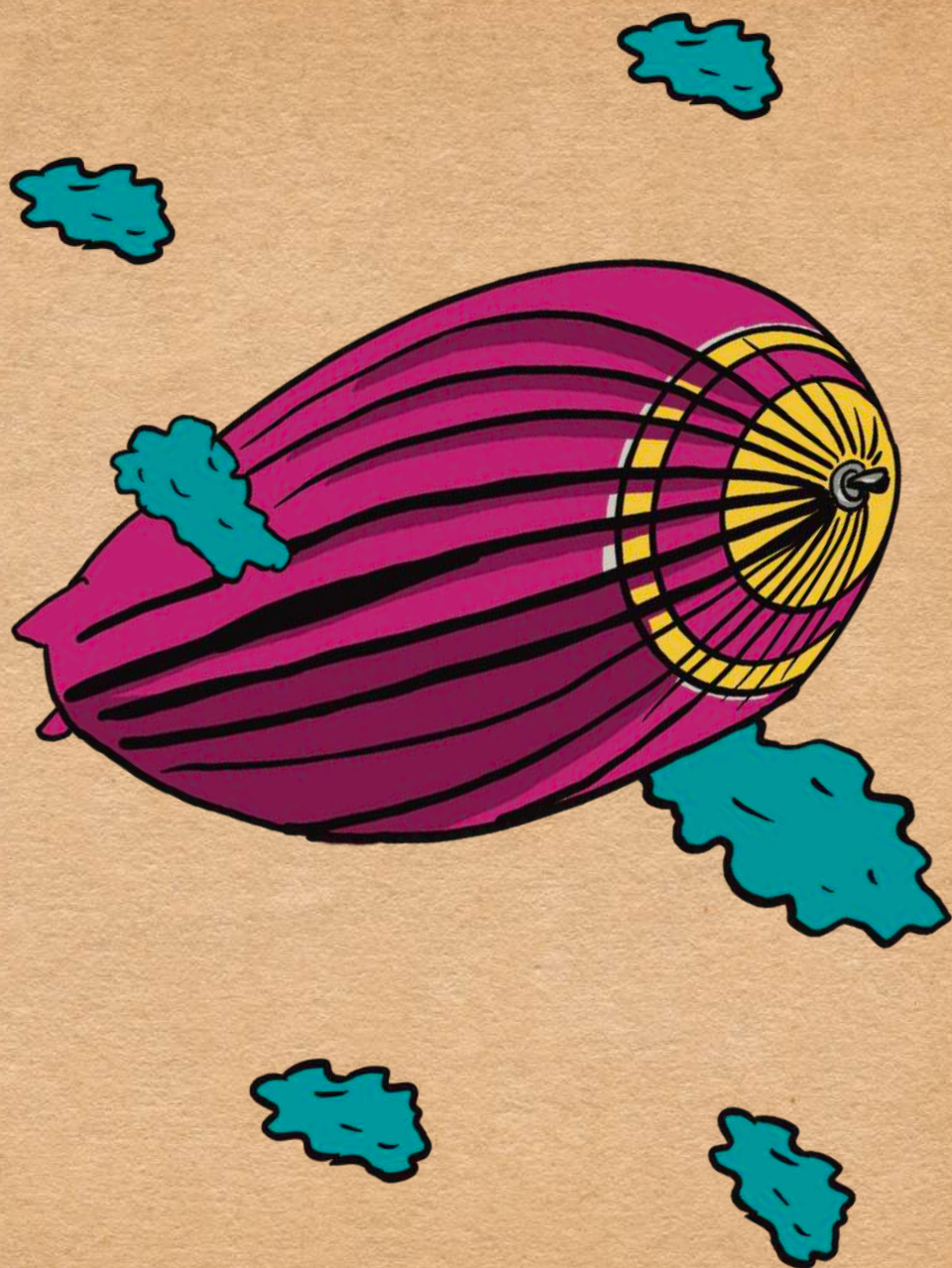
Ambos habían estado de acuerdo en que transportar ilusionados colonos hacia las nuevas comarcas, donde poder labrarse un futuro, era un negocio muy rentable. Sin embargo, a su entender, la joven capitana se precipitó al decidir unilateralmente desviarse hasta Puerto Gris para venderlos como esclavos. Pobre niña, fue la única lección que no aprendió. ¿Cuántas veces le había repetido que un trato es un trato y que siempre hay que respetarlos?

Sorken lamentaba que Mara hubiese dado aquella orden sin consultarle. Cuando la retiró de la

calle, solo le puso una condición: todas las decisiones las tomaría él. Si le hubiese preguntado antes, le habría dicho que ya había cerrado la venta de los colonos con el virrey de la Isla Roja. ¡Qué fácil hubiese sido evitar tener que descabellarla con su potente pico de titanio!

Malhumorado, meditó sobre lo tedioso que iba a ser encontrar un nuevo capitán al que manejar a su antojo para poder seguir al mando de su adorado zepelín. Aunque, a decir verdad, ya le tenía echado el ojo a uno de los jóvenes tripulantes que parecía bastante espabilado y corto de escrúpulos.







David Tineo

Soy un artista Venezolano nacido en Caracas y actualmente radicado en Chile desde hace unos 6 años, mi pasión es el dibujo, el cual tengo un tiempo ejerciendo y ahora me encuentro en un período de redefinición de mi estilo artístico, a menudo también escribo historias, guiones o cualquier cosa que siento que deba expresarse.

Soy un artista autodidacta, sin embargo mi aprendizaje base la obtuve en la academia CentroArt en Caracas y en el Taller Bellavista en Santiago de Chile, me pueden encontrar en Instagram, Facebook y Behance como ChinoDT.

EN EL FONDO DE ALGÚN OCÉANO...

NOS ACERCAMOS AL OBJETIVO. POR AÑOS SE HABÍA PENSADO QUE EL NAUTILUS HABÍA SIDO DESTRUIDO, PERO NO FUE ASÍ, SALVO ALGUNOS DAÑOS EN EL CASCO, LUCE CASÍ ÍNTERO. LOS ESCRITOS DEL PROFESOR ARONNAX ERAN CIERTOS.

Yo, Nemo.

GUIÓN Y DIBUJO: DAVID TINEO.



LUEGO DE UNA ETERNIDAD, LOS BUZOS LOGRAN ENTRAR DENTRO DE LOS RESTOS DEL NAUTILUS. SIN EMBARGO NADA LOS PREPARARÍA ANTE LA SORPRESA DE HALLARSE DELANTE DE LOS RESTOS DEL MISMISSIMO CAPITÁN NEMO Y UN COFRE QUE CUIDA DESDE EL VALHALLA.

MÁS TARDE.

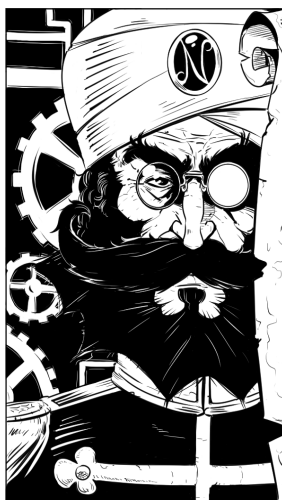


ACÁ ESTÁ EL TESORO DE NEMO, CON LA LLAVE QUE NOS DIO NUESTRO PATROCINANTE DEBERÍAMOS PODER ABRIRLA.



¡FUNCIONÓ!
¡PERO NO HAY
NADA!

DEBE SER UN ERROR.
NO ES POSIBLE, LEAMOS
ESE PERGAMINO A VER
SI HAY ALGÚN INDICIO.



A quién corresponda.

Escribo estas últimas líneas mientras voy directo hacia lo más profundo del océano.

Los daños sufridos durante el último enfrentamiento imposibilitan continuar con mi lucha en contra de aquellos quienes oprimen a los más débiles, mi tripulación muy a su pesar fue obligada a abandonar la nave, ya que yo, Nemo como Capitán, debo hundirme con ella.

Oculto en este cofre se encuentran además los planos originales del Nautilus, con la esperanza de que un nuevo Nautilus surque los océanos y continúe mi legado y lucha.

Fin.



Helena Anemyr

Helena nació en 1997 en Cádiz, y en la década de los 2000 ya se estaba inventando sus propias historias (dicen por ahí que de antes ya era muy cuentista). Las primeras, porque se aburría de contarle siempre los mismos cuentos a su primo, y, algunos años más tarde, porque no entendía que Draco y Hermione no acabasen liados. Pasó algún tiempo escribiendo fanfics antes de pasarse al rol narrativo, que fue su salvavidas mientras se sacaba el grado de Psicología y continúa siendo parte importante de su vida. En el NaNoWrimo de 2021 terminó su primer proyecto de novela que sigue en un cajón vigilado por su mayor enemigo: la revisión. De momento, puedes leerla en la Antología Orgullo Zombi 4 y la revista Lo Desconocido, además, aleatoriamente comparte su proceso de escritura en su página de Twitter: @helenryme.

MERENGUE DE LIMÓN

La nave de observación y exploración Izanami 5 no es el lugar más silencioso y organizado de la Vía Láctea. A todas horas se puede escuchar a sus tripulantes, comandantes y capitana charlar, reír y protestar. Cuando no, se les puede ver trabajar en lo que les llevó a este viaje espacial en particular: la búsqueda de vida extraterrestre que pueda contribuir a repoblar una Tierra cuya biodiversidad está gravemente deteriorada.

En la jornada a bordo número 382, un ruido especial despierta de su letargo a la doctora Rhan, que hoy se encarga de operar el bio-escáner. No suele ser su responsabilidad, pero su compañera en más de un sentido, la doctora Faye, está buscándole algo dulce para comer, así que qué menos que echarle un vistazo al escáner



mientras tanto.

A alguien se le ocurrió asignar la canción «I'm blue (Da ba dee)», de Eiffel 65, como tono de alerta cuando algo importante aparece en las lecturas. Una forma divertida de ver que tienen trabajo, pero que va a conseguir que Rhan no se quite el ritmillo de la cabeza en todo el día.

La mujer se recoge la melena oscura antes de acudir de un salto al interfono situado junto al acceso al laboratorio y pulsa el botón que la comunica con la cocina. Una voz clara le responde al par de tonos.

—¡Scott!—exclama Rhan—, ¿tienes a Faye por ahí? ¿O a la capitana? ¡Hemos encontrado algo!

—¿¡El escáner ha funcionado!? —Escucha una nueva voz, esta algo más grave, perteneciente a Faye y su emoción por salir de la nave.

—¡Hay que avisar a Nozomi! —añade Scott, que ya está pensando en qué aperitivos preparar para la excursión.

—Voy a ello. —Faye ya está lejos del interfono cuando dice esto, pero Rhan consigue escucharla sin problema.

La doctora se sienta frente a la consola y pulsa un par de comandos para remitir los datos del planeta, incluido lo que ha llamado la atención al filtro del escáner, al equipo de la capitana. Es lo único que Faye le ha enseñado a hac-

er, no a interpretar los datos.

No pasan ni cinco minutos antes de que un mensaje aparezca en la pantalla de la consola, tapando la imagen del planeta escaneado.

«Reunión. Despacho de control. Quince minutos».

Un par de segundos después, se le une otra frase.

«Trae merengues (esto va para Scott)».

Rhan se levanta de un salto que consigue hacer que se maree y tenga que sujetarse a la silla. Le vendrán bien esos merengues, sin duda. Tras un par de minutos, recupera el equilibrio y sale del laboratorio.



La sala de control es solo un mote que la capitana le puso al cuartito anexo a la plataforma principal de la nave, desde donde controlan cosas tan importantes como la dirección o los reguladores de oxígeno y ventilación. Nozomi arregló aquel espacio para poder hablar con los distintos equipos que trabajan en la nave sin molestar a quienes la ayudan a dirigirla.

Tras reunir a las doctoras Rhan y Faye y a sus ayudantes de laboratorio, les pide que tomen asientos en los taburetes que se reparten por la sala. No es cómodo ni elegante, pero sí más seguro que estar de pie.

—Buenos días a todas, como ya

habréis escuchado, el bio-escáner ha dado con un planeta muy, pero que muy prometedor —comienza a hablar Nozomi, emocionada como una niña pequeña y con la misma capacidad para ocultarlo—. Doctora Faye, ¿me hace el favor de hablarnos un poco más de este descubrimiento? —pide mientras le tiende a Faye su equipo, una pantalla rectangular donde tiene la información que le mandó Rhan desde la consola del escáner.

—Por supuesto, capitana. —A Faye se le da todavía peor esconder la excitación, aunque su forma de demostrarla parece más la de un labrador muy contento—. Hemos llamado al planeta Bep-pin-382. Es tres veces más grande que la Tierra, con gravedad similar, pero temperatura media más baja. Solo cuenta con una gran masa de agua situada cerca del ecuador, el resto se encuentra bajo tierra, así que no tendremos que preocuparnos por eso. Pero ¡lo importante! El escáner ha detectado la presencia de una criatura similar en un 91.65% a las vacas. Eso significa que pueden sobrevivir en la Tierra. ¿No es genial?

Todas en la sala están de acuerdo con las palabras de la doctora, que ya está fantaseando con cómo pueden ser esas criaturas.

Uno de los grandes objetivos y sueños de la exploración espacial es repoblar la fauna de la Tierra,

cuyos gobernantes, tras varios cataclismos climáticos, están dispuestos a hacer todo lo que esté en su mano por sanar el medio ambiente. El consumo de carne animal es ya anecdótico y los ecosistemas no terminan de prosperar al haberse extinguido muchos de los animales que contribuían a su mantenimiento. Por ello, la Izanami 5, junto a otras naves, se dedica a recolectar especies parecidas a las que una vez hubo en la Tierra.

—Tardaremos un par de horas en llegar a la órbita del planeta y estabilizar la nave —continúa Nozomi tras recuperar su equipo de manos de Faye—. Según los cálculos de la doctora, coincidirá con el amanecer en el planeta, así que es el momento ideal para empezar la expedición. Porque está el problemita de las horas de luz...

—Sí, bueno, problemita... —le toma el relevo Faye, que se rasca la cabeza rubia con nerviosismo—. Solo hay unas ocho o nueve horas de luz en la región donde hemos detectado a las *ushiquitas*...

—¿*Ushiquitas*? —repite Rhan con una expresión divertida que hace sonrojar a Faye.

—¿Eso es un nombre de verdad? —replica una de las asistentes de laboratorio.

—¡Eh! No ha sido idea mía, Nozomi dijo algo de *ushis* y...

—El nombre del bicho da igual

—corta Nozomi—, lo importante es... —Una serie de pitidos estridentes y repetitivos interrumpe a la capitana, que busca la fuente con la mirada—. Oh, Rhan, ¿te encuentras bien?

Todas en la sala saben ya a qué corresponde el ruido, pero hacen lo posible por no agobiar a Rhan, que está manipulando el lector que lleva en la muñeca para que deje de pitar.

—Sí, no os preocupéis, solo está algo baja. —Enseña al resto el lector, donde un «59» indica que la doctora tiene el nivel de glucosa en sangre por debajo de lo que debería.

—¿Dónde está Scott!? Le pedí que subiera los merengues —exclama Faye, acercándose a Rhan y posando una mano en su hombro con actitud protectora.

En ese instante, la puerta del despacho se abre y un hombre rubio aparece con una cajita de cristal con varios merengues de color amarillo claro dentro, seguido por un muchacho moreno.

—Perdón, perdón —se disculpa Scott, esquivando a las ayudantes de laboratorio para llegar hasta Rhan y tenderle el recipiente—. Aquí tiene, doctora, que Kāto se ha olvidado de encender el horno y han tardado un poco más. —El pinche parece querer decir algo, pero termina por guardárselo.

Rhan coge uno de los dulces y se lo mete en la boca.

—Eftán espectaculares, Kāto —murmura mientras mastica—, no te preocupes por el horno, Scott es un cascarrabias y yo no tenía tanta prisa —añade tras tragar, animando al muchacho con su sonrisa.

Antes de que Scott pueda quejarse por las palabras de la doctora, Nozomi vuelve a tomar la palabra.

—¿Mejor, Rhan? —pregunta, a lo que la mujer responde con un asentimiento y pasa a darle uno de los merengues a Faye, que los mira con ojos brillantes—. Bien, ahora pensemos en la expedición. Tiene que estar lista en dos horas. Por suerte, la nave de exploración solo tardará unos veinte minutos en recargarse —murmura mientras pulsa botones en su equipo, mandando órdenes a diversas partes de la nave—. Scott y Kāto pueden tener listas las provisiones en una hora, ¿verdad? —Mira a los dos hombres, pero no les da tiempo de responder—. Ahora, ¿quién quiere ir? Faye, imagino que tú, dado que esta es tu especialidad. ¿Te llevas a Basima, por ejemplo? —La ayudante dibuja una gran sonrisa al verse por fin ante la posibilidad de ir a una misión de verdad—. O a lo mejor...

—¡Oye!—interrumpe Rhan después de tragarse el segundo merengue y devolverle la caja a Scott, para fastidio de Faye, que va por el quinto—, yo quie-

ro ir. Pensaba que iría yo. Basima puede acompañarnos en la nave de exploración, necesitaremos ayuda para subir a las *ushiquitas*.

—Al final se van a quedar con ese nombre —refunfuña Nozomi entre dientes—. Doctora Rhan, ¿y si pasa esto mismo allí abajo? No quiero que te pongas en peligro a lo tonto, y te necesitaremos aquí arriba para cuidar de los bichos y hacer las pruebas pertinentes.

—Pero, capitana —Rhan se levanta del taburete para hablar con Nozomi a su misma altura—, estaré bien enseguida. Y puedo llevarme galletitas o lo que sea por si vuelve a bajarme el azúcar, aunque me toca mi dosis de insulina dentro de un rato. Además, si puedo ver yo misma el hábitat de estos animales será más fácil encontrarles un buen espacio donde vivir en la Tierra. También podría observar de qué se alimentan, cómo son las camadas... ¡quizá también haya plantas interesantes! Me necesitáis allí abajo.

A su lado, Faye está a la vez preocupada por el estado de salud de Rhan e ilusionada por llevársela de expedición. En la última que llevaron a cabo, más de sesenta días atrás, Rhan se quedó en la nave y Faye se pasó todo el viaje echando fotos con su miniequipo de viaje para enseñárselas después. Si esta vez la acompaña, perderá menos tiempo en eso.

Nozomi las observa a ambas,

acostumbrada ya a cómo se retroalimentan la una a la otra. Lo cierto es que la energía que comparten Rhan y Faye es intoxicante, y alegran la nave allá por donde pasan juntas. Al final, la capitana suspira y se encoge de hombros.

—Está bien. —Rhan da un pequeño salto en el sitio y Faye la agarra de los hombros para sacudirla un poco—, pero que sepas, Faye, que la doctora Rhan está bajo tu responsabilidad, y, Rhan, procura que esta vez la doctora Faye no traiga siete especies diferentes de caracoles. No tengo donde meter ya más caracoles. —Las doctoras asienten, aunque puede verse que Faye no está del todo contenta con la restricción—. Basima —añade volviéndose hacia la muchacha—, tú irás en la nave y estarás en contacto con nosotras. —La muchacha asiente con nerviosismo pues, aunque se muere de ganas de salir de misión, también le asusta fastidiarla—. Muy bien, chicas y chicos, a prepararlo todo. Salimos en ciento trece minutos.



La visión de Beppin-382 desde la nave de reconocimiento es tan hermosa e impresionante como estremecedora. A pesar de que el informe del bio-escáner asegura que la atmósfera no es peligrosa para los humanos, su color púrpura vetado de cobre e índigo

no transmite demasiada confianza. Por otra parte, las palabras «es tres veces más grande que la Tierra» ni siquiera se acercan a describir las dimensiones reales del planeta, ya que las doctoras y Basima ni siquiera son capaces de vislumbrar el horizonte desde las ventanas del vehículo.



Tras unos veinte minutos de viaje, la nave se detiene a cinco metros de la superficie del planeta, que está cubierto por una vegetación rosada y amarilla que parece, en palabras de Faye, «una nube de caramelo». Antes de que la compuerta se abra para dejar caer la rampa de acceso, una comunicación entra por el interfono automático.



—¿Doctoras?
—¿Basima?
—pregunta la voz entrecortada de Nozomi a través del aparato.

—Órbita alcanzada con éxito, esperando confirmación para descenso —responde Basima, a quien las doctoras han puesto al mando para que no se sienta una simple ayudante. Sin consultarlo con Nozomi, que, dado el poco tiempo que tienen para la misión, decide dejarlo pasar.

—Muy bien, a partir de ahora tenéis cinco horas y cuarenta minutos para descender, encontrar lo que podáis, subirlo a la bodega y volver. Si tardamos más, se nos echará la noche encima y el equipo de ingeniería estima peligroso despegar con las temperaturas tan bajas que se esperan.

—Sí, capitana —responden las tres al unísono.

—Tened cuidado —dice Nozomi a modo de despedida, pero lo pi-

ensa mejor y añade—: *Faye, como traigas otro caracol te va a tocar a ti vaciar los desechos hasta que volvamos a la Tierra, ¿te queda claro?*

—Sí, capitana —contesta Faye con la boca pequeña.

Ella y Rhan tienen ya preparados sus trajes espaciales, así como las herramientas necesarias y los aperitivos que les han preparado Scott y Kāto. Basima acciona una palanca y la rampa cae con un estruendo.

—Buena suerte, doctoras —se despide la chica.

Ambas asienten, ya que no pueden decir nada que Basima vaya a escuchar a través de los cascos de los trajes. Tras la despedida, las dos mujeres se dirigen a la parte inferior de la nave, donde, después de atravesar varias puertas, se encuentra la rampa y, al final, la claridad púrpura y rosácea de Beppin-382.

Las botas de las doctoras están preparadas para cualquier cosa; desde una vegetación tóxica y corrosiva hasta temblores. Pero lo que se encuentran al poner un pie sobre el manto de hierba amarilla es que, como predijo Faye, es suave y esponjosa como una nube. Lo primero que hace la doctora para confirmar su teoría es dar un par de saltos.

—¡Es casi como una cama elástica! —exclama la mujer, que ya empieza a alejarse dando saltos.

—¿Qué? ¿Qué está pasando? ¿Doctoras? —La voz de Nozomi se entrecorta, pero Rhan consigue escucharla.

—Hemos aterrizado y nos adentramos en Beppin-382 sin problema, capitana. Todavía no hay rastro de las criaturas, aunque a unos quinientos metros cambia el paisaje; árboles y arbustos rodean lo que parece una hondonada. Seguiremos informando.

—*Está bien, proceded con cautela. Nos vemos en un rato.*

Rhan tiene que ponerse las pilas para alcanzar a Faye, que ya le grita desde el punto en el que el terreno empieza a descender hacia la hondonada. Conforme Rhan se acerca, entiende el porqué de tanta emoción. Allí abajo, rodeadas de árboles de tronco rosa fuerte y cubiertos de follaje de distintas tonalidades de naranjas y amarillos, están las esperadas *ushiquitas*.

—¡Sí que ha sido preciso el escáner! Estaban al lado, menos mal que no se han asustado con el ruido de la nave —observa Faye, que todavía no se atreve a desplazarse en dirección a los animales, pero que mueve los pies con nerviosismo. Rhan llega hasta su posición y echa un vistazo a la manada, expectante.

—¿Crees que podrían suponer un peligro?

—El escáner no ha detectado movimientos agresivos, aunque

no hay manera de saber cómo reaccionarán a una especie desconocida —la voz de Faye siempre se vuelve más solemne cuando habla sobre fauna alienígena, cosa que a Rhan le divierte mucho—, así que lo mejor es tener cuidado hasta que sepamos más.

Tras asentir con la cabeza, ambas doctoras comienzan a descender con pasos cautelosos, lo cual no le cuesta demasiado porque la vegetación apenas cruje bajo sus botas, de tan suaves y blandos que son los brotes de hierba. Durante el descenso, ninguna dice nada, en parte porque no pueden apartar la mirada de las *ushiquitas*.

En efecto, su forma es muy similar a la de las vacas terrestres: cuatro patas, cabeza, una cola... Sin embargo, sus colores dejan a las doctoras boquiabiertas. La mayoría son de color azul oscuro y brillante con algunas manchas que, de lejos, parecen plateadas. Otras presentan el mismo patrón pero invertido, con pelaje claro y manchas desordenadas más oscuras. Junto con el resto de colores de fantasía del planeta, podrían estar en un sueño. Y, por si fuera poco, los animales no parecen alarmados por su presencia, es más, apenas se mueven. Aunque siempre cabe la posibilidad de que sean sordas, o que no perciban el sonido como los humanos.

Todo va demasiado bien hasta que la doctora Rhan detecta algo

fuera de lugar. Alcanza el brazo de Faye para hacerla parar antes de acercarse más a los animales.

—Oye, Faye, ¿no ves algo raro en las *ushiquitas*? —pregunta, regulando el zoom del visor del traje espacial con la mano libre—. Algo les sobresale de la cabeza, ¿no?

Faye hace lo mismo y se detiene a escrutar a los animales con curiosidad. Todavía están lejos, y el grupo de *ushiquitas* que tienen delante está comiendo, pues todas sus cabezas apuntan al suelo. Y las que no, como ha observado Rhan, tienen protuberancias que sobresalen de sus cabezas y apuntan hacia el cielo púrpura.

—¿Tienen... antenas? —masculla para sí mientras retoma la marcha. Unos pasos después, comprende qué están viendo y su boca se abre en una «O» exagerada—. No son antenas, son...

—¡Son sus ojos! —grita Rhan en el momento en el que una *ushiquita* mueve las antenas en su dirección. No puede ver la expresión de Faye, pero sabe lo que está pensando.

—¡Tienen ojos de caracol! ¡Son vacas-caracol! ¡El universo me ha mandado vacas-caracol! —Faye sigue diciendo cosas similares mientras se acerca al trote hacia la manada que, a pesar de ver a la mujer acercarse corriendo, sigue inmutable.

Rhan se echa también a la carrera y vislumbra por qué esos an-

imales no veían en ellas ninguna amenaza; las *ushiquitas* no solo se diferencian de las vacas en sus ojos, sino que, además, miden más de dos metros de alto cada una. Esto, sin embargo, no le importa a Faye que, ya cerca de una de ellas, intenta acariciarla.

—¡Fay, ten cuidado! —pide Rhan, sin obtener respuesta.

La *ushiquita* parece bastante diferente al tacto y no hace nada por apartarse. Mientras Faye se familiariza con los animales, Rhan se dedica a recoger muestras de vegetación, tierra, heces y todo lo que encuentra a su alrededor. También anota observaciones sobre el carácter de la especie en su hábitat natural. A todas luces, tienen un temperamento tranquilo; pastan aquí y allá, sin hacerle mucho caso a las doctoras. Rhan incluso avista a algunas crías aprendiendo a andar, aunque no encuentra ningún espécimen en estado de gestación.

Lo que sí que llama su atención es que las *ushiquitas* no se tumban por completo, sino que posan el culo y después las patas delanteras, quedando sentadas con las patas traseras extendidas. En ese estado de descanso, esconden los ojos sobre la espalda y se echan a dormir. Es la imagen misma de la serenidad.

Tras recolectar muestras que va colocando en la mochila, vuelve con Faye, que sigue moviéndose

entre las *ushiquitas*, dándoles cariño indiscriminadamente.

—Rhan, creo que les gustan los mimos, mira —dice con una sonrisa en la boca mientras rasca la barbilla de una *ushiquita* de un azul muy brillante. Rhan observa que, ante el tacto, el animal entorna los ojos y las antenas pierden algo de rigidez—. Es muy sutil, pero les gusta, estoy segura.

—Claro que les gusta, cariño —conviene, pasando la mano a su vez por donde alcanza del lomo de la *ushiquita*.

—Aun así, hay un problema —continúa Faye, aunque su tono no va acorde con sus palabras—: no hay quien las mueva.

Rhan cae entonces en la cuenta de que solo ha visto moverse a las crías de *ushiquita* y que ninguna de las adultas ha hecho más que comer y bostezar. Sí, va a ser un problema mover a aquellos seres hacia la nave, vista la tranquilidad que los caracteriza y lo que deben de pesar.

—Podríamos decirle a Basima que acerque la nave... —empieza Rhan.

—¡No! —la corta Faye, haciendo que la *ushiquita* entreabra un ojo—. Se podrían asustar con el ruido, algo habrá que podamos hacer.

—Otra opción es llevarnos a las crías, que parecen moverse bastante, pero no creo que eso les haga mucha gracia... —Rhan no

termina la frase porque el pitido de su lector de glucosa la interrumpe—. Jope, justo ahora. —Las *ushiquitas* no le hacen demasiado caso al pitido, aunque Faye sí que se gira con rapidez—. Entonces, es seguro que me quite el casco, ¿verdad?

Faye asiente. No lo han hecho antes porque, aunque el nivel de oxígeno era óptimo en las lecturas, no podían saber si había algo tóxico en el ambiente. Hasta el momento, sus trajes no han detectado nada peligroso, así que debe ser seguro respirar allí. Rhan pulsa un botón en un lateral del casco y su cabeza queda al descubierto. Sin demorarse, rebusca en la mochila hasta dar con las galletas de almendras que Scott le ha preparado para emergencias como aquella.

Mientras mastica, Rhan nota algo inusual. La mayoría de planetas no huelen muy diferente a la Tierra, ya que están formados de componentes parecidos; sin embargo, el aroma de Beppin-382, aunque familiar, tiene algo extraño.

—¿A qué huele? —pregunta, haciendo que Faye se vuelva hacia ella y se quite el casco para poder responder. Antes de dar un juicio, se mete una de las galletas en la boca—. No son las galletas, pero es como...

—Dulce, huele dulce —concluye Faye, olfateando en busca

de la fuente del olor.

Parece que todo sobre la faz del planeta tiene un olorcillo dulce, desde la vegetación hasta las propias *ushiquitas*, que ahora tienen toda su atención puesta en las doctoras y, lo más sorprendente, incluso caminan con lentitud hacia ellas.

—Oh, creo que nuestras amigas son aficionadas al dulce.

A juzgar por los ojos saltones abiertos de par en par que se aproximan a ellas, las galletas han despertado la curiosidad de los animales. Faye se atreve a acercar un trocito a la boca de la *ushiquita* a la que ha estado acariciando, que enseguida engulle el dulce y deja algo de baba plateada sobre la mano de la doctora.

Rhan termina de tragarse su galleta antes de cerrar la tapa con fuerza.

—Vale, ya sabemos cómo sacarlas de aquí, pero hay que tener cuidado. —Faye la escucha mientras se limpia las babas en el traje espacial—. Tendremos que...

Antes de que Rhan empiece a relatarle su plan a Faye, un alarido las distrae. Echa un vistazo a las *ushiquitas*; algunas, las más alejadas, han alzado los ojos para ver de dónde procede el ruido, aunque las que rodean a las doctoras están más interesadas en las galletas.

—¿Y eso qué ha sido? —pregunta Rhan, inquieta.

—Lo que haya sido no parece molestarles demasiado —observa Faye, quien se ha encogido por el ruido tan repentino.

Sin embargo, por el extremo opuesto de la hondonada se han asomado dos ojos del tamaño de una rueda de camión. Son negros por completo, pero la pupila es de un tono verde fluorescente que no augura nada bueno.

—Esto no estaba en las lecturas —empieza a decir Faye. El nuevo invitado se acerca con lentitud y, tras unos segundos, las doctoras pueden ver que no se trata de uno, sino de dos. Dos aves de altura todavía mayor a la de las *ushiquitas* caminan desgarbadas por el borde de la hondonada. Su cabeza se compone en gran parte por el ojo gigante, además de un pico largo y afilado de color ámbar—. A lo mejor vienen buscando las galletas también...



Esta vez lo que interrumpe a la doctora es un nuevo alarido proveniente de las aves. Faye corre a taparse las orejas, molesta por el ruido. Sin duda, las *ushiquitas* están acostumbradas a sus vecinos, pero para Faye es demasiado. Algunas de ellas empiezan a agruparse alrededor de los árboles, haciendo una piña. Aunque no les parezca raro, no están contentas con la visita.

Rhan decide tomar las riendas, antes de que Faye se deje llevar todavía más por la molestia que le provoca el ruido.

—Faye, rápido, vamos a sacar a algunas *ushiquitas* de aquí. Las llevaremos hacia la nave con las galletas, con cuidado de que no corran en estampida y rompan la rampa. —Faye asiente, algo distraída, mientras sigue soltando trocitos de galleta que atraen cada vez a más *ushiquitas* hacia ella—. Tú entreténlas. Yo me alejaré, informaré a Basima del plan y, cuando estemos listas, empezaré a soltar el cebo, ¿buen plan?

—Estupendo —responde con un pulgar alzado—, pero date prisa, esos bichos me están poniendo nerviosa.

Rhan, todavía un poco mareada, empieza a alejarse de la manada con el recipiente de galletas bien sujeto bajo el brazo. De vez en cuando dedica una mirada a las aves, que se han parado sobre sus patas negras al borde de la hon-

donada y observan a las *ushiquitas* como si fueran su próxima cena.



Basima no es capaz de imaginar del todo qué tipo de animal son las *ushiquitas* por la descripción acelerada que le da la doctora Rhan, ni qué problema hay con unos pájaros. Solo sabe que debe colocar la nave de exploración en posición receptora para que los pesados animales suban sin romperla. La maniobra no es complicada, pero sí muy incómoda para ella, pues tiene que colocar la nave horizontal al suelo, quedando tumbada en la cabina de control.

Pulsa la palanca que abre la compuerta y avisa a las doctoras de que todo está listo. Solo espera que no tarden demasiado en traer a las *ushiquitas*. Se muere por verlas.



El plan está bastante claro, al menos en la cabeza de Rhan.

Más de diez *ushiquitas* rodean a Faye, que ahora les da trocitos de fruta deshidratada, aunque no parece gustarles tanto como las galletas. La nave está en posición y la compuerta abierta. Y los ojos saltones de las aves siguen sus movimientos con paciencia. Ahora toca sacar el arma más pesada que lleva consigo: los merengues de limón que han sobrado.

Rhan, colocada en el extremo

de la hondonada, donde el terreno comienza a elevarse, saca un merengue y lo sacude sobre su cabeza para que la brisa lleve su olor a las *ushiquitas* y, a su vez, avisar a Faye del inicio del plan. Tarda unos segundos, pero funciona. Muchos pares de ojos se vuelven hacia ella, que suelta el merengue en el suelo y empieza a ascender, dejando tras de sí más galletas y merengues cada pocos metros.

Un temblor en el suelo y un chillido parecido al de un zorro, pero más grave, le indica que los animales la siguen. A su espalda, otro nuevo alarido de las aves la obliga a darse la vuelta. Los pájaros están usando sus patas largas para descender por la hondonada como si fuese una simple escalera, y corren detrás de algunas *ushiquitas*, las cuales se defienden a lametones. Rhan observa la escena, confusa, hasta que se da cuenta de que las babas plateadas dejan a las aves aturridas. Tras varios envites, deciden irse a trompicones por donde han venido. Rhan suspira, aliviada por las *ushiquitas*.

Faye camina en zigzags para que las *ushiquitas* que siguen el rastro de azúcar avancen más deprisa. Demasiadas siguen el reclamo, cuando en la nave solo quieren entre cuatro y ocho, nada que desestabilice el ecosistema del planeta, pero las suficientes para

que puedan reproducirse en la Tierra. Además, la nave no podría soportar tanto peso.

Rhan también es consciente de eso, por lo que, una vez lleva el rastro hacia la compuerta, se coloca tras esta para accionar el cierre de emergencia. Faye capta su intención y, una vez las primeras *ushiquitas* entran en la nave, ella se dedica a entretener a las últimas de la fila hasta que ocho han llegado a la bodega, donde las esperan más dulces.

—¡Listo! —chilla Rhan tras cerrar la compuerta.

Basima enseguida desactiva la gravedad de la bodega para que las *ushiquitas* no se caigan al colocar la nave de nuevo en posición vertical. Mientras, Rhan se aparta corriendo para no verse aplastada y se reencuentra con Faye, a quien una *ushiquita* lame el brazo, en busca de más azúcar.

—Míralas qué monas, las voy a echar de menos —dice con un quejido lastimero.

—Tenemos que irnos. Cuanto más tiempo pasemos aquí, peor para el planeta. Ya me siento bastante mal por llevarnos a tantas... —Rhan nota el brazo libre de Faye sobre su hombro y se deja caer contra ella, todavía recuperándose del bajón de azúcar.

—Las cuidaremos bien, y no tendrán que lidiar con los pajaracos esos. En cuanto volvamos a

la nave daremos las órdenes para que les preparen un hábitat en condiciones. Con lo que has recogido será fácil, ¿verdad?

—Tengo que analizar la vegetación, pero creo que sí que podrá arraigar en la Tierra.

Faye le da un par de palmadas y la acerca a ella para darle un beso en la sien, intentando tranquilizarla. Muchos expertos han respaldado la misión de la Izanami 5, pero quienes están en primera línea de batalla no pueden evitar las dudas. ¿Es esto lo mejor para los animales? ¿Pueden ser de verdad felices en la Tierra? Todas preguntas que no pueden responder.

—Entonces estarán como en casa, y a nosotros nos harán el favor. Además, ¡seguro que todo el mundo hace cola para darles galletas! Son adorables, no he visto nada tan adorable desde que te conocí a ti.

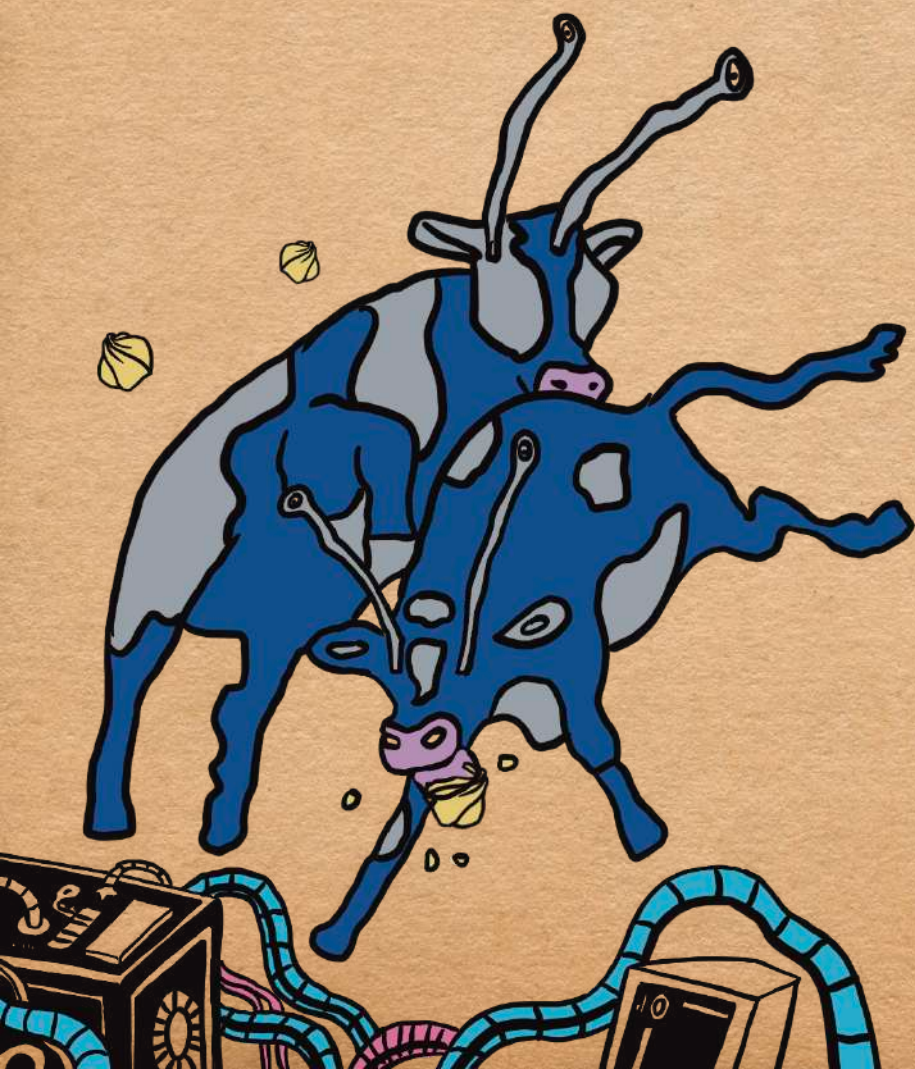
Rhan le saca la lengua y descarga todavía más su peso sobre el cuerpo de Faye, que ha pasado a abrazarla contra ella con fuerza.

La rampa de acceso a la nave de exploración por fin cae sobre el suelo y las doctoras se acercan a ella cogidas de la mano, dejando atrás a las *ushiquitas* con todo el dolor de sus corazones.

—Y si alguna vez tenemos demasiadas dudas, ya sabes que me apunto cuando quieras a un

roadtrip espacial para devolver a todos estos bichillos a sus hogares —asegura Faye, ya que ella también teme a veces no estar haciendo lo correcto.

Además, la idea de un viaje de aquel calibre con su esposa le llama mucho la atención, aunque, sin duda, echarían de menos a Scott y sus merengues de limón.





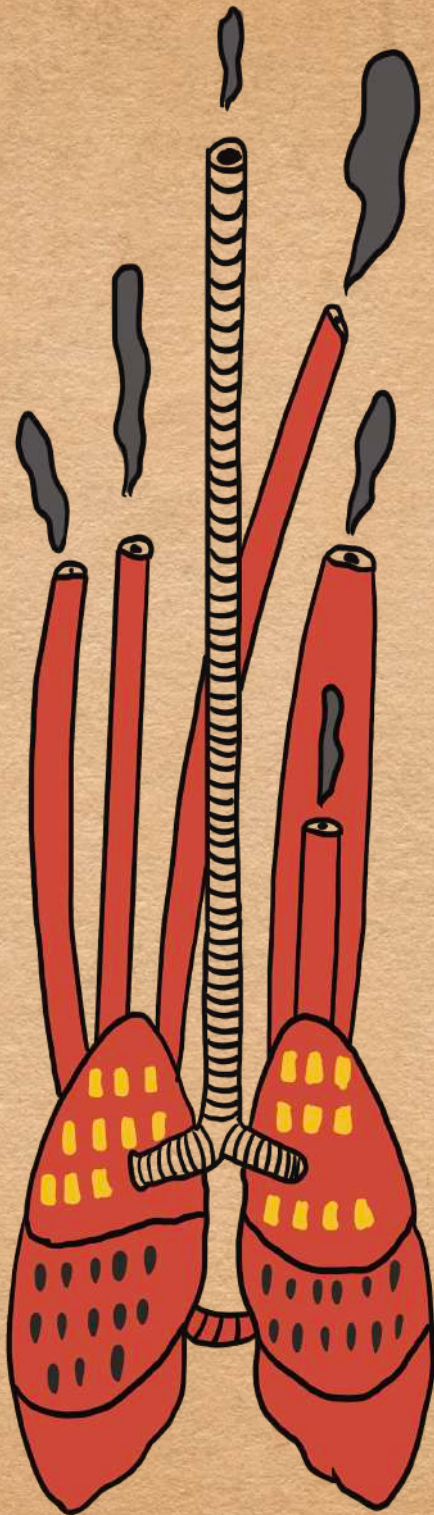


J. S. Llopis

Filólogo e intento de escritor sevillano.

Amante de la fantasía y la ciencia ficción, adalid de ser Terry Pratchett y gran fanático de los juegos de rol.

Hopepunk y humor por bandera.



DEFECTOS DE FÁBRICA

«Talarrubias ya no es lo que era», reflexionaba Cabreras camino al trabajo, contemplando desde la ventanilla cómo los descomunales rascacielos se transformaban en borrosos espejismos conforme el bus avanzaba a la velocidad del sonido. Juan Diego Cabreras, Juandi para los amigos, Usuario P34390 para el Gobierno, era un joven funcionario de apenas 91 años, natural de Mérida. Se había mudado a Talarrubias en el 89 por asuntos de familia, concretamente por haberse quedado sin ella debido a una tostadora defectuosa. La empresa, por supuesto, había ignorado su demanda, alegando que la responsabilidad había sido de sus padres por no leerse bien la versión en polaco del manual de su TSTD-5000. Tras recibir una muestra de la flamante TSTD-7000 como compensación, Juandi estrenó su tan revolucionario artefacto arrojándolo desde un vigésimo primer piso, tomó todos sus ahorros y abandonó la capital extremeña sin pensárselo dos veces. Así fue como Juandi,

un jovencísimo estudiante tan satisfecho con el sistema como un gato en una trituradora, fue seducido por los avances y las oportunidades que Talarrubias ofrecía, entendiendo avance por la desorbitada distancia que había que recorrer a diario para llegar al trabajo y oportunidad por cada día que se despertaba sin haberse anudado una soga al cuello.

Inmerso se hallaba en pensamientos tan superficiales como «qué sentido tiene esta mierda de vida» o «de qué cojones me sirve matarme a trabajar si cualquier día me reemplazarán por un puto abrelatas» cuando el vehículo frenó de golpe, espantando sus cavilaciones con un potente zarandeo. Al igual que el resto de pasajeros, Juandi ya estaba acostumbrado a esa clase de imprevistos, por lo que esperó impacientemente a que las pantallas led transmitiesen la información pertinente.

En los televisores destelló la frase: «Incidencia menor. Disculpen las molestias», eufemismo empleado para decir que habían atropellado a un niño. Aquella información desató una oleada de quejas entre los pasajeros, preocupados por llegar tarde al trabajo. La culpa del accidente, por supuesto, era del niño, ya que el ministerio de Robótica había dejado bien claro que las máquinas

eran infalibles. El retraso se debía únicamente a una serie de simples trámites como despegar los restos del crío de las vías u obsequiar a los padres con un bono de transporte para un mes de viajes ilimitados. «Resulta más fácil volar al sol con un ventilador que admitir que un robot se ha equivocado», meditó Juandi, acordándose de su tostadora.

Unos minutos más tarde, el autobús se puso en marcha y prosiguió su recorrido, deteniéndose cada pocos segundos para escupir operarios en sus lugares correspondientes. Cuando la voz metálica anunció por megafonía la estación 176, Juandi se apeó del vehículo y recorrió el puente de hierro que conectaba la parada y la fábrica, igual de entusiasmado que un caballo galopando hacia un desfiladero.

La fábrica de muelles Montosa S. L. era un descomunal edificio cobrizo de aspecto orgánico; orgánico en el sentido de que se asemejaba a un órgano colosal. Decenas de chimeneas como tubos gigantes rasguñaban los cielos, tiñéndolos con exóticos tonos de negro y gris que probablemente le estaban derritiendo los pulmones. Sin perder un segundo, atravesó el ominoso umbral de la entrada y zigzagueó por los angostos pasillos llenos de cañerías y vapor, esquivando los charcos de

alquitrán que parecían sonreírte si los mirabas demasiado tiempo y los restos de esos empleados que aún no habían pasado la inspección anual, para alcanzar su puesto de trabajo.

Nada más sentarse en su silla que apenas cumplía los requisitos mínimos para ser considerada una silla, un pitido agudo taladró sus tímpanos, acompañado de una estridente voz emergiendo de megafonía.

—Usuario P34390, llega dos minutos tarde. Reducción de salario crítica.

Juandi no protestó porque nadie le estaba escuchando. De hecho, nadie escuchaba nada nunca, ni los gritos agónicos de un compañero siendo desmembrado por las máquinas durante una revisión, ni las tentativas de sindicato que acababan misteriosamente rápido en cuanto la sala se llenaba de gas. Curiosamente, y mira que era curioso, los de arriba solo parecían prestar toda su atención cuando alguien hablaba mal del jefe o exigía mejores condiciones laborales.

Resignado ante la perspectiva de unas navidades sin calefacción, sin comida y sin navidades en general, Juandi suspiró para vaciar algo de humo de sus pulmones y empezó a trabajar. Como era de esperar, las máquinas habían reemplazado por comple-

to toda mano de obra humana, limitando sus cometidos a meros controles protocolarios. El trabajo de Juandi, sin ir más lejos, consistía en vigilar la pantalla de su ordenador durante horas y, eventualmente, apretar una tecla cuando un robot le informaba de que había completado cualquier tarea, únicamente para demostrar que seguía allí. Esta labor, por supuesto, exigía toda su atención y dedicación, de ahí que sus superiores hubieran tenido la consideración de suprimir todo botón del teclado que no fuese el Enter para evitar posibles distracciones. Era un buen puesto, siempre y cuando no tuvieses muchas ganas de vivir ni esperanza alguna por un futuro mejor.

Tras completar sus dieciséis horas, Juandi apagó el ordenador, se frotó los ojos para despegar el polvo en el que se estaban convirtiendo sus pestañas y arrastró su cuerpo a duras penas hasta la salida, llevado casi por inercia por esa misteriosa fuerza conocida como instinto de supervivencia.

Luego de tomar el autobús y sufrir un segundo retraso a causa de un infante sin demasiada consideración por los fatigados trabajadores, Juandi meditó, apenas por una fracción de segundo, acerca de que quizás Talarrubias no fuese el mejor sitio para vivir (o más bien malvivir, pero no quería

ser tan pesimista). Semáforos flotantes, aviones unipersonales, vehículos que alcanzaban la velocidad de la luz, huevo duro en barra... y aún no había llegado el AVE a Extremadura.

Sus inservibles pensamientos fueron interrumpidos por el anuncio de su parada en el altavoz. «Estoy cansado», concluyó Juandi, tirando de un cuerpo que parecía pesar una tonelada para sacarlo del bus y conducirlo hasta su ruinoso apartamento. Una vez allí, se deslizó hasta la cocina, cogió una lata de queso en conserva y una barra de pan y se dispuso a prepararse un bocata antes de irse a dormir. En mitad del proceso, su cuchillo multifuncional empezó a comportarse de forma errática, arrancando un quejido de Juandi.

—Ah, no. Esto sí que no.

—Bienvenido a las oficinas de atención al cliente de Sierra y Cía. ¿En qué puedo ayudarle?

—¡Quiero hablar con el encargado! —bramó Juandi, esgrimiendo su cuchillo con gesto amenazante.

—Lo sentimos, en estos momentos el señor Sierra no se encuentra disponible. Si lo desea puedo reservarle un hueco para dentro de 60 años...

—¡Quiero hablar con él AHO-RA! —rugió, clavando el cuchillo

en la mesa.

La oficinista, sin inmutarse ante el arrebató de Juandi (por los chips de restricción emocional que tenía implantados, no por rigor profesional), esbozó una sonrisa reglamentaria y apretó el botón de su oreja. Sus ojos parpadearon con una luz rojiza mientras esperaba respuesta. Finalmente, el resplandor se estabilizó cuando la llamada fue contestada.

—Disculpe que interrumpa su sesión de papiroflexia, señor, pero hay un hombre que insiste en verle. Sí, dice que tiene problemas con el Cortatodo XV. Sí, le he insistido varias veces que eso es imposible, que nuestras máquinas no dan fallos, pero no quiere marcharse. Sí, señor, ahora mismo —terminó la chica, apagando el brillo de su mirada y señalando con sus apéndices fluorescentes el pasillo de su derecha—. El señor Sierra le atenderá en su despacho, la puerta del fondo. Sueñe y sonría con Sierra y Cía.

Sin parar de refunfuñar y zaran-deando el cuchillo como si pudiese cortar el aire para avanzar más rápido, Juandi se encaminó hacia el despacho ante la curiosa mirada de varios robots empleados. Uno de ellos trató incluso de cortarle el paso, plenamente convencido de que nadie en su sano juicio sería capaz de reunirse con el jefe sin cita previa, pero Juandi lo apartó de un empujón y pros-

iguió su avance.

—Bienvenido —saludó alegremente Sierra en cuanto aquella vorágine de indignación irrumpió en su despacho—. Usted debe ser el cliente.

Cual experimentado malabarista de circo, Juandi le arrojó el cuchillo. La hoja del utensilio se replegó en el aire antes de impactar en la plancha de latón que hacía las veces de falso rostro para el señor Sierra, un complemento extremadamente útil para librarse de hacer cosas que aquel puesto requería y que a él no le entusiasaban demasiado, como sonreír. Sin detenerse, Juandi recuperó el arma del suelo, reveló la cuchilla y apuntó con ella al sonriente director.

—Caballero, creo que esas no son formas de...

—¡Cállese! ¡Estoy harto de sus putos artilugios! Aguanté la bati-dora, aguanté el pimentero... ¡pero no pienso aguantar este ultraje!

—Cálmese, Usuario P34390. Dígame, ¿cuál es el problema?

—¡Estaba cortando pan en mi casa y ese cacharro cambió de repente a cuchillo de cortar carne! ¿Qué significa esto? La máscara de metal arqueó una ceja.

—Nuestros productos están perfectamente programados para adaptarse a las necesidades del cliente. ¿No es cierto, XV?

—EN EFECTO, AMO —re-

spondió el cuchillo—. CORTA-
TODO XV CUENTA CON UN
SOFTWARE INCOMPARABLE
CAPAZ DE TOMAR
DECISIONES INSTANTÁNEAS
PARTIENDO DE CIENTOS DE
PARÁMETROS VARIABLES.

—¿Y eso qué cojones significa?
—replicó Juandi, increpando di-
rectamente al cubierto.

—QUE LAS DECISIONES QUE
TOMAMOS SON ROTUNDA-
MENTE LÓGICAS, A DIFEREN-
CIA DEL CRITERIO ARBITRAR-
IO DE NUESTROS CLIENTES.

—¿Pero qué criterio ni qué niño
muerto? ¡Que solo estaba cortan-
do pan!

—Tranquilícese, señor P34390
—rogó el señor Sierra, manipu-
lando los atributos de su sonrisa
para hacerla más natural—. Tal y
como dice XV, nuestros software
son los más avanzados del merca-
do, son infalibles. Simplemente,
cabe la posibilidad de sus habili-
dades culinarias no sean las más
avanzadas.

—¿¡Pero qué dice de habili-
dades culinarias!? ¡Que me estaba
haciendo un bocadillo!

—En fin, me aseguraré de que
sus quejas sean escuchadas y teni-
das en cuenta por los superiores.
Puede marcharse.

—¿Superiores? ¡Es usted el di-
rector de esta empresa!

—Muchas gracias por compar-
tir sus experiencias, P34390. Le
enviaremos una muestra del Cor-

tatodo XVI último modelo por las molestias. Y recuerde: sueñe y sonría con Sierra y Cía.

Pese a ser el único humano de aquel edificio, el cerebro de Juandi sufrió un cortocircuito. Su paciencia tenía un límite, y aquel cuchillo anarquista lo había sobrepasado. Él no estaba loco, él no se equivocaba. El error era de la máquina, y estaba harto de fingir que ellas nunca se equivocaban.

—¿Señor P34390?

—Cierre la boca.

—Señor, por favor...

—Métase sus formalidades por el culo, señor Sierra. Estoy cansado de todos ustedes, de sus sonrisas de mierda, de tantos «lo sentimos, pero...», de los puñeteros ejemplares como compensación. Ustedes y sus chatarras infalibles se pueden ir al infierno, señor Sierra. No, no quiero un puto cuchillo, no quiero otra tostadora, no quiero que mi paga extra sea una maldita cafetera que me sirve alquitrán cuando se me olvida cambiar el filtro de agua. Solo quiero vivir tranquilo, sin preocuparme de si mañana me atacará una aspiradora asesina y a nadie le importará una mierda porque «las máquinas no cometen errores, es que el pobre no sabía limpiar bien». Váyase al carajo. Puede quedarse su maldito cuchillo XV, el XVI y el CCXL. Ahora solo quiero dormir un poco. Si me disculpa...

La sonrisa artificial de Sier-

ra no se turbó ni un ápice cuando el cuchillo salió disparado de las manos de Juandi y le rebanó la garganta. Juandi, con el rostro desencajado por la sorpresa y sus intentos de hablar convertidos en débiles gorgoteos, se desplomó en el suelo sobre un charco de su propia sangre, dedicando sus últimos instantes de vida a maldecir al director y a lamentar haberse mudado a Talarrubias. En cuanto Juandi exhaló su aliento final, Sierra chasqueó los dedos, haciendo aparecer de debajo de su mesa un robot aspiradora que succionó todo cuanto quedaba del infeliz cliente. Terminada su tarea, el robot regresó a su puesto y Sierra apretó el botón del interfono, comunicándose con su secretaria.

—Ya está todo solucionado. El señor Cabrerías ha reconocido su equivocación y ha retirado la demanda. Ah, y envíe un ramo de flores y una batidora SL100 a su trabajo, haga el favor. Que pase el siguiente.







Carlos Pellín Sánchez

Carlos Pellín Sánchez (Noveda, 1986).

Licenciado en matemáticas, diestro común de espada larga.

Escritor de pautas desde que publicó con Niña Loba el cuento en cantar de Gesta del <<Cantar de Fayna y el Forastero>>.

Ha publicado un poema en el primer número de esta revista <<Me has encontrado detective>> y en el segundo, col el <<Canto de Pelek>>, así como unos cuantos poemas en la revista Virguliéresis.

En cuanto a los relatos tiene una mención de honor en el concurso del blog Fabulantes de <<Más allá de la muerte>> llamado <<El baile binario>>, y dos cuentos publicados en el blog del Yunque de Hefesto: <<La soñada>> y <<Detective>>.

Buscalo en @heriseus

UNA ESTAMPA CYBERPUNK



Los neones bañan el agua
de las calles luminosas
cegadas de ruindad,
de sombras en tristeza siempre ahogadas;
consuelo de silicio y carne fresca
promete necesario malvivir...
a veces, sólo la muerte.



Las luces se entrelazan con el cielo
y ahogan todo rastro de un latido.
Nada real, todo ficticio,
perfección de metálica beldad
en torres inexpugnables.
Nuevos dioses, hombres viejos,
amos pocos, destructores
por deforme creencia darwiniana.

Pero, a pesar de eso
—Eso que es el Todo en vida—
crecen sobre el asfalto desgastado
sentimientos de luz inexistente
con miradas perdidas
en frágil juventud.





Sheila Fernández

Sheila Fernández Martín nació en 1994 y siempre ha tenido predilección por lo punk porque es de Vallecas. También le gustan los monstruos, los fantasmas, los robots y que sea verano, aunque su verdadera pasión es reescribir y corregir todo una y otra vez.

Ha publicado relatos en antología Orgullo Zombi 2, en revistas como Pulporama y Rigor Mortis, y también en Borrador 284, un blog en el que también divaga sobre escritura y estructura narrativa.

Siempre que twitter no muera, puedes encontrarla ahí (@sheyncognito), o en substack (<https://borrador284.substack.com>), o bajo el sol más abrasador como una reptiliana.

LA ROJA



Hubo una vez el desierto y, cuando el mundo acabó, el desierto permaneció.

Éramos críos entonces, es imposible recordarlo. Pero a Ash, mi hermano, le encantaba inventarse cuentos sobre cómo pasó. De fantasmas, o amantes condenados, o científicos cegados de codicia jugando con fuego. Contaba sus historias con la devoción con la que las comadres de la iglesia rezaban para que amaine La Roja. Y se le daban muy bien, los cuentos. Ash era un encantador de serpientes. A chicas, a chicos, a todos embrujaba.

Yo no sé nada de cuentos.

Sólo de hechos.

Sé que, por hermosas que parezcan, las arenas son mortales para el inexperto. Que, si azota el viento, debes buscar refugio, y rápido. Que jamás debe alimentarse a una criatura que more en el desierto. Que un grano de arena en los engranajes de cualquier caballo lo dañará irremediablemente. Sé que quedan ranchos que ofrecen comida y hospitalidad a foraster-

os, pero también sé lo imprudente que es arriesgarse a pedir. Que La Roja nació de olas de calor incommensurables. Que La Roja mató al mundo. Y que nadie la sobrevive; si te atrapa, estás muerto.

Sé que Ash y yo no nos perdimos. Fue padre quien nos abandonó.

No podíamos permitirnos el ferrocarril hasta Emberbrook, por eso fuimos a caballo. Y nuestros caballos eran cacharros oxidados, obsoletos; más viejos que nosotros. De Antes. Lentos, también. Una procesión chirriante que espantaba a los armadillos y nos anunciaba ante coyotes y pumas. Padre llevaba el rifle y cabalgaba en silencio sepulcral; y Ash charlaba sobre las bailarinas robot de Emberbrook, y el alijo de whisky de Antes que, se rumoreaba, encontraron en sus minas. Probablemente el último del mundo. Y seguía con historias de androides mineros y explosiones de radiación. De La Roja, que era el final de todos los cuentos.

Debí saber entonces que padre tramaba algo: llevaba confiándose el rifle desde los trece, porque él tenía mala vista. Debí darme cuenta. Pero no lo hice. Sólo escuché los cuentos de Ash hasta que casi sentía el whisky mojándose la garganta. Los buitres nos sobrevolaban. El cielo era despiadadamente azul.

Padre nos explicó por qué nos

llevaba a la ciudad: a Ash, para que embrujara a las sanguijuelas, que era como él llamaba a los banqueros, y que nos concedieran un préstamo. A mí, porque sabía regatear en la casa de empeños. Así por fin podríamos permitirnos pienso para el ganado y pasaríamos el fin del mundo a resguardo, protegidos y en familia.

Pero ese paraíso nunca estuvo a nuestro alcance.

La verdad era más sencilla: éramos bocas que padre no podía alimentar, por eso nos llevó al desierto.

Es imposible que predijera La Roja, nadie puede. Algunos mentirán y dirán que tienen métodos: liebres despavoridas, nubes de tormenta apelmazadas en el horizonte que se tornan sanguinolentas y, según Ash, buitres que entonan cantos funestos. Solía imitarlos, repitiendo: «Estás jodido», con una voz ridícula que sonaba más a pichón. La verdad es que nadie sabe predecir que La Roja se acerca, y padre no pudo adivinar que le facilitaría el trabajo.

Sucedió, ya está.

Soñábamos con whisky humedeciéndonos los labios y, al momento, teníamos la pared de polvo delante. No había refugio. El viento arreció, rápido, y un solo grano de arena en nuestros caballos nos supondría la muerte.

En momentos así, no piensas.

Sólo espoleas tu montura y

suplicas por correr más que La Roja.

Ash y yo tomamos una dirección, padre eligió la contraria, y no miramos atrás, salvo para comprobar si La Roja nos seguía, protegiéndonos los ojos con los sombreros, y la nariz y la boca con las bandanas. Sólo eso podíamos hacer.

Y rezar.

Porque, si La Roja te atrapa, te despelleja entero. Te trincha la carne. Abrillanta tus huesos. Llena tus pulmones de polvo rojo y arena roja. Te diseca hasta la sangre. Destruye casas, ranchos, graneros y establos, y busca a su siguiente víctima. Porque La Roja jamás amaina, sólo avanza y expande sus dominios, hasta que el mundo entero es desierto. Ash y yo crecimos aprendiendo aquella historia.

Aquel día, logramos esquivarla.

Desmontamos tras unos sagueros a observar cómo La Roja arrasaba el desierto buscando sacrificios. Nos quedamos quietos, con temor a respirar, por si decidía cambiar de dirección y volver a buscarnos. Esperamos con los ojos secos y los labios agrietados.

Luego, Ash lo dijo:

—Jake, ¿dónde diablos está padre?

Y lo supe. Que padre nunca pretendió que regresáramos a casa. Él tenía el rifle y en nuestras alforjas no había más que cecina seca,

aceite para engrasar caballos, agua recalentada y vendas limpias para mi pecho. Y a La Roja la siguen siempre carroñeros, tan voraces por el poco desperdicio que deja la tormenta que atacan incluso a los vivos.

Pero no se lo dije a Ash, que padre había decidido convertirnos en cena de coyotes, porque sonaba parecido a sus cuentos de miedo. La Roja trae escasez, desesperación, miseria. La Roja saca monstruos de las personas.

Eran sólo cuentos, si lo decía él. Pero yo no sé nada de cuentos.

Así que no le dije nada a Ash. Ni entonces, ni nunca.

Cabalgamos.

El sol pegaba fuerte y el chapado de los caballos ardía incluso bajo nuestros guantes y pantalones. Avanzaban, grasientos, casi desmoronándose. Ash dijo que, seguramente, padre iría a Emberbrook de todas formas (necesitábamos el dinero, todo el mundo necesitaba dinero) y allí pretendíamos encontrarle. Pero el desierto es grande y cruel y desorienta. Como La Roja, es impredecible.

Fuimos por donde se había saciado la tormenta, confiando en que no regresaría a rapiñar las carcasas. Ash cabalgó con alegría, hablando de cómo nos reiríamos cuando al fin alcanzáramos la ciudad: padre nos llamaría mocosos, nos daría algún capón y,

con lo que consiguiéramos en el banco y la casa de empeños, nos compraría un vaso de whisky de Antes. Ash se buscaría un vaquero guapo en el *saloon*, y a mí me arrimaría a la pianola para que tocara con las muchachas bonitas del local. Después, veríamos a las bailarinas robot mover el cancán y todos nuestros males quedarían en el olvido, como el silbido de La Roja desvaneciéndose cuando la tormenta se aleja. Entrada la noche, Ash contaría historias de terror para la clientela, y le compensarían con oro. Tanto oro que podríamos regresar a casa en ferrocarril.

Yo pensaba, entonces, que mi hermano era imprudente e ingenuo.

Ahora creo que sólo hablaba para distraernos de la ruina que La Roja dejó atrás.

Nuestros cascos repicaban sobre piedra azotada hasta la erosión, mortalmente solitarios. Por cada risita de Ash, los caballos destrozaban los huesos secos de alguna pobre alimaña que no huyó lo bastante rápido. Saguaros arrancados se esparcían entre restos de metal: de otros caballos, más rápidos y mejores que los nuestros. Aprendimos a no mirar, pero oíamos.

Y recordé aquel cuento de fantasmas que Ash me contaba de crío para asustarme. Sobre forajidos que saqueaban los desperdi-

cios de La Roja. Ningún humano blasfemaría de esa manera, eran los androides quienes lo hacían. Porque los culparon de la radiación y el estallido y La Roja, porque estaban prácticamente extintos, porque muchos enloquecieron, porque querían sobrevivir cuando el mundo les repudiaba. Así que debían hacerse humanos. Y coleccionaban esqueletos, ropajes, trozos de piel arrancados por la tormenta. Y se vestían de persona.

Cabalgamos hasta una puesta de sol que iluminó el desierto de rojo sangre. No llegamos a la ciudad, pero de eso no hablamos. Preparamos una hoguera con aceite para los caballos y hierbajos resecos. Ash me ayudó a deshacerme el vendaje del pecho, yo hice la primera guardia. Y, bajo las estrellas, él me preguntó si creía que padre había sobrevivido a La Roja. Yo dije que sí, estaría en Emberbrook. Con el rifle.

En los días que siguieron, cabalgamos y cabalgamos, y Ash no intentó conservar el aliento, pero yo sí. Y con cada ampolla que nos levantaban los caballos, mientras nos desollábamos las nalgas cabalgando, cada vez que parábamos para prevenir insolaciones, con cada gota de agua gastada, sus cuentos se volvían erráticos. Jamás admitimos que nos habíamos perdido, ni hablamos de qué pasaría cuando la comi-

da se agotara. No mirábamos hacia los coyotes que aullaban, sin importar lo cerca que el desierto quisiera hacernos creer que estaban. Cabalgamos y cabalgamos, rezando por nuestra salvación.

Y, entonces, encontramos el rancho.

Solitario en mitad del desierto, como un espejismo. Lo rodeaba una valla de cemento y metal, con manchas rojas de óxido y arena y maltrato del viento. Vigas de madera atrancaban sus puertas, pero se veían los terrenos más allá: establos, graneros, ruedos, y una majestuosa mansión, tan firme que parecía capaz de resistir a La Roja.

Había luces en el primer piso, y en el balcón del segundo; la puerta principal estaba entreabierta. Una mecedora se balanceaba en el porche y rechinaba, tan suave que la distinguíamos únicamente por el silencio nocturno. Recuerdo que aulló un coyote, no demasiado lejos. Recuerdo la campanilla de cristal sobre la valla, que guardaba silencio porque el desierto estaba en calma.

Y recuerdo a Ash, con los ojos enrojecidos, girándose hacia mí, sonriente como un crío que ha encontrado un charco en el que revolcarse tras una eterna sequía estival.

Pedir ayuda o no era indiscutible. La cecina, el aceite, el agua, todo se nos agotaba. Si no nos

mataba eso, lo haría el calor, o las alimañas. Estábamos agotados, quemados por tanto sol, y tan desgastados que el riesgo de un escopetazo nos parecía aceptable a cambio de la posibilidad de un refugio. Insensato o no, yo asentí. Y Ash llamó a gritos.

Una sombra apareció en el umbral, y la campanilla de cristal se inclinó y repicó dos veces, limpia y refrescante. Nosotros seguíamos montados, los caballos chisporroteando, listos para escapar. Entonces distinguimos a nuestro anfitrión.

Sólo era un anciano.

Alto, viejo, con la piel surcada por tantas arrugas que parecía deshacérsele. Tenía las cejas tan pobladas que le oscurecían los ojos, casi no podíamos vérselos. El cabello ralo disimulaba apenas la forma de calavera de su cabeza, llena de manchas de sol y edad. Vestía un impoluto traje de mayordomo y llevaba un farolillo de aceite. En cuanto desatrancó el portón, hizo una reverencia.

Ash y yo nos miramos; él sonreía tanto.

—La señora siempre tiene su puerta abierta a los desamparados —dijo el mayordomo, invitándonos a pasar—. Por favor.

Dejamos las monturas en el establo. Había docenas de caballos allí: grandes, pequeños, de los que corrían con petróleo, de vapor, algunos tan antiguos como

los nuestros, de Antes, y otros más viejos aún, que funcionaban con poder atómico, e incluso un par que eran de carne y hueso. Ya no se veían caballos así en ninguna parte, y no pudimos evitar admirarlos. Su pelaje, sus crines, sus ojos vivaces. Los animales estaban bien cuidados, espantaban moscas a bufidos y coces.

Había en ellos algo tan imposible que tuve ganas de llorar.

Ash me agarró del hombro y salimos de allí. De camino a la mansión, preguntó al mayordomo si su señora se dedicaba al comercio equino, y el hombre sonrió con gesto tirante. Tan curtida estaba su piel que casi se agrietaba cuando movía los músculos. Sin detenerse, afirmó:

—La señora tiene múltiples negocios.

Los terrenos eran enormes. Tenían bueyes y reses, suntuosas comparadas con las de casa; apenas podíamos vender tres de cada diez, casi todas se nos morían de hambre. Oímos gallinas en algún corral, alteradas por el farolillo a aquellas horas. Un perro nos olisqueó en la entrada de la mansión, y Ash dejó que le lamiera las mejillas ante la sombría mirada del mayordomo.

Él mismo preparó nuestras habitaciones, y nos dejó en la cocina, en la mesa de servicio, donde dispusimos de una cena fría. Queso, cecina tierna, mazorcas y tortas

de maíz, zanahorias en conserva, manzanas, ciruelas pasas y cerveza tan espesa que casi podía masticarse.

Todo lo devoramos, famélicos, sedientos. Le pusimos tanta pasión a la comida que ni hablamos ni nos fijamos en nada hasta terminar con todo. Entonces, reclinados en las sillas, los dos satisfechos y con la cabeza nublada por beber con el estómago ligero, nos echamos a reír. Primero Ash, luego yo. Reímos en aquella cocina de azulejos blancos y azules sin percatarnos de que la dominaba tecnología de Antes. La luz eléctrica zumbaba sobre nosotros. Los electrodomésticos obsoletos parecían enchufados. Y el reloj que colgaba en la pared, grande y sin agujas, mostraba números en un rojo resplandeciente como el sol del desierto.

Me quedé hipnotizado por aquel brillo, adormilado por la comida y la cerveza, incluso cuando el mayordomo acudió a buscarnos. Ash tuvo que llamarme varias veces para que me incorporara y los siguiera. Recorrimos corredores oscuros, iluminados por el farolillo del mayordomo, que alargaba las sombras de cabezas disecadas de reses y animales del desierto que decoraban las paredes, y las sofisticadas armas de caza, de Antes, expuestas junto a su munición como en un altar conmemorativo.

Teníamos habitaciones contiguas, y enormes. Recuerdo cómo le brillaron los ojos a Ash cuando se asomó; dijo algo así como: «Y queríamos ir a Emberbrook, vaya par de memos». Se deshizo de su camisa en el pasillo, y de los pantalones entrando al cuarto. Cada uno teníamos preparada una bañera de agua caliente en mitad de la habitación, y una colección de jabones y esponjas al lado.

El mayordomo se ofreció a asistirnos con la limpieza, si así lo deseábamos. Pero Ash lo despidió, éramos muchachos de granja, dijo, sabíamos apañárnoslas solos.

—¿Verdad, Jake?

Yo asentí e imité a mi hermano. Cerré la puerta. Disfruté del baño.

Recuerdo el delicioso aroma de los aceites y jabones, el alivio que sentí cuando el agua me acarició las abrasiones de días cabalgando. Recuerdo cómo la bañera se tiñó de rojo al frotarme el polvo del desierto de la piel, y que pensé que parecía que me bañaba en una olla de sangre. Cocinándome vivo.

Aquello era un cuento propio de Ash, y me reí bajito, pero mi risa no armonizó bien con el silencio del rancho. No se oía al ganado desde allí, a ningún animal, a nadie. Era un silencio tan profundo como el que reinaba en el desierto tras La Roja. Y sentí el impulso de levantarme y correr a la habitac-

ión de mi hermano, asegurarme de que seguía ahí, en su bañera, vivo, sonriente, disfrutando de la hospitalidad.

Pero no hizo falta, el mismo Ash irrumpió en mi cuarto medio minuto después, como una estampida. Emocionado y parlotando y señalando cada artificio de la habitación como de niño señalaba a las liebres orejadas que se nos colaban en el corral. Nos dejaron ungüentos para aliviar las heridas, y Ash me insistió hasta que me lo apliqué con la precisión que a él le pareció adecuada; nos dejaron ropa limpia, y Ash me ayudó a vendarme el pecho con telas delicadas que reposaban sobre mi colchón. Cuando le dije que me escamaba aquello (pocos notaban lo de mi pecho, y menos sabían cómo lo mantenía plano), me dijo que me relajara y disfrutara. La vida ya era demasiado difícil (y pensé en padre, el rifle, Emberbrook y su whisky de Antes) y era normal buscarle costuras a la suerte que te sonreía.

Pero, aquella noche, nada debía preocuparnos.

Ash trasteó con los cacharros del cuarto, de esos que conocíamos por las historias de las comadres, de Antes. Una radio que no emitía, una televisión que sintonizaba estática, y un tocadiscos que Ash logró hacer funcionar. La música inundó la habitación y, al principio, nos quedamos mirando

al disco negro que giraba como habíamos mirado a los caballos de carne y hueso. Como niños. Maravillados, y sintiendo algo suave en el pecho que dolía y cosquilleaba a la vez.

El ritmo eléctrico sonaba imposible, pero nada era del todo imposible para Ash. Bailó, y me contagié el ritmo, y bailamos juntos unas cuantas canciones, hasta que la música se estropeó y sonó derretida. El disco estaba defectuoso.

Lo apagamos y dormimos juntos en mi cuarto.

Dormimos en paz, aunque La Roja rugiera en la distancia y agitara esa campanilla de cristal, porque no parecía capaz de alcanzarnos allí. Con la barriga llena, la garganta húmeda y las heridas curadas, uno podía creerse a salvo de todo.

Supongo que ellos lo sabían también.

Dormimos hasta tarde, fue el sol lo que me despertó. En el rancho no había gallos que llamaran al trabajo, y Ash se negó a levantarse, retozando entre las almohadas de plumas como siempre retozaba en su camastro de paja. Pero ni padre ni nadie allí iba a exigirle que dejara de holgazanear, y habíamos sobrevivido al infierno.

Le dejé dormir, aunque el sol pegara como fuego contra la ventana.

Me aventuré a explorar el rancho y fui más o menos capaz de desandar el camino de la noche anterior, entre las cabezas disecadas y las armas de caza. Habíamos aceptado la hospitalidad de la señora sin preocuparnos de agradecerla, sin preguntar si quería recibarnos, o que cuidáramos de su ganado a cambio, sin nada de la humildad que nos habían inculcado. Y, a plena luz del sol, me pareció sumamente irrespetuoso.

Por eso la buscaba.

Iba descalzo sobre una alfombra rugosa, cada puerta de madera y cristal daba paso a habitaciones vacías. Salones, estudios, despachos, todo cubierto por sábanas. No había nadie allí, nadie más que la señora y su mayordomo, tuve esa certeza. Y no podía explicarme, entonces, quién se encargaba de los animales, quien llevaba los negocios, quién mantenía limpia la mansión, quién necesitaba tanto caballo.

Me detuve al escuchar el sonido familiar de filo sobre piedra.

No sonaba como en casa.

El silbido era idéntico al de los cuchillos de padre al pulirlos, pero a velocidad vertiginosa y sin pausa alguna. Procedía del pasillo en el que me encontraba, metros por delante, y, al pararme a escuchar, descubrí que no era el único sonido.

Algo chisporroteaba.

Un zumbido similar al de los ca-

ballos al arrancarlos, cuando llevan tiempo apagados. El sonido de una máquina sofisticada, pero obsoleta, que se enciende.

No sé cuánto estuve ahí.

Después de tanto silencio, el metal afilándose me arañaba los nervios tras las rodillas. Me repetí que Ash tenía razón, estaba buscándole las costuras a la suerte; por padre y por La Roja y por habernos perdido. Pero permanecí quieto en el pasillo hasta que el silencio volvió a acolchar el rancho.

Entonces, el mayordomo apareció tras de mí para anunciar que la señora quería almorzar con nosotros. Ya había despertado a mi hermano, dijo, y Ash se preguntaba dónde diablos andaba yo.

El mayordomo sonreía, un gesto feo, y al señalar la dirección del comedor, su manga se levantó y dejó a la vista algo reluciente y metálico entre la carne de su brazo. Se cubrió rápido, y volvió a indicarme la dirección con un gesto de la cabeza; pero yo lo vi, y él lo supo.

Ash ya estaba sentado a la mesa cuando llegué, ya se había encargado de agasajar a la señora, aunque ambos me habían esperado para comer. La mesa era enorme, digna de una mansión como aquella, y sobre el impoluto mantel blanco, había todo tipo de manjares. Mazorcas asadas, pavo relleno, capones en mantequilla, sopas y cremas y verduras a la

brasa. Huevos cocidos, fritos, revueltos. Zumos, leche y agua fresca.



Un plato de tomates coronaba la mesa, jugosos y rojos, rojísimos. Tan distintos al rojo del desierto. Apetecibles como los labios de una bailarina de canacán.

Aunque la noche anterior comí hasta saciarme, mi estómago rugió de anhelo, y Ash tuvo que sostenerme, porque mis rodillas no lo hacían. Rio y me presentó ante la señora y dijo que se lo avisó, ¿ve?, mi hermano y yo jamás hemos visto uno de estos en persona.

Hablaba de los tomates.

La comida me abrumó tanto que tardé en mirarla. A ella, a la señora.

Si lo hubiera hecho al revés, quién sabe si las cosas serían diferentes; pero sólo la miré después del primer plato de maíz, pavo y patatas asadas. La miré con la boca llena mientras ella aceptaba una copa de vino del mayordomo y preguntaba qué nos había llevado hasta su hogar.

Era una anciana frágil y fea. Flaca, como si no pudiera permitirse banquetes como el que nos servía. Con la misma piel ajada y correosa que su mayordomo, pero tan pálida que casi transparentaba. Y debajo no se le marcaban venas, o músculo. Parecía que verías el hueso de su calavera si te acercabas medio paso más. Tenía el pelo como una telaraña, y lo único espeso en ella eran unos párpados caídos que le escondían

la mirada.

No sonreía mucho, porque los labios maquillados se le agrietaban al hacerlo, pero en ocasiones se rio de alguna ocurrencia de Ash, y sus dientes eran lo peor de ella. Ninguno encajaba. Ninguno tenía sentido junto al siguiente. Podría haberlos arrancado cada uno de una dentadura distinta, y después haberlos colocado en la suya siguiendo órdenes del azar.

Ash le contó nuestra travesía, y la comida nunca dejó de fluir. Al almuerzo le siguieron postres, y a los postres les siguieron licores. Yo no interrumpí a mi hermano ni cuando se inventó una férvida pelea con una cascabel, le dejé terminar la historia.

Después, dije:

—Señora, agradecemos su hospitalidad, ha sido muy amable. Pero creemos que será mejor marcharnos ahora que hemos repuesto fuerzas. Nuestro padre, si está en Emberbrook ya, estará preocupado.

Recuerdo bien la cara de Ash. Me miró como si un golpe de calor me hubiera derretido los sesos, y luego miró la comida, enfriándose y atrayendo moscas, a la señora en su silla y al mayordomo en pie, tras ella, y volvió a mirarme a mí.

Tal vez quiso llamarme memo, desagradecido, necio, cualquier improperio que se le ocurriera. Tal vez. Pero Ash y yo confiábamos

el uno en el otro como no confiábamos en nadie. Se puso serio al momento y me dio la razón, inventándose el cuento de que padre era poco fiable con el dinero, y capaz de gastarlo todo en ese whisky de Antes y en partidas de póker con el sheriff si nadie le paraba los pies.

Rio, e hizo reír a la señora (sus dientes destellaron húmedos de vino tinto), pero ella sacudió la cabeza y dijo:

—¡Cielo santo! Pero, ¿cómo vais a marchar ahora? ¿Es que no oís la tormenta?

Y, en el silencio que siguió, escuchamos la campanilla de cristal repicar enloquecida y a La Roja azotar el desierto. Cerca.

Accedimos a quedarnos hasta que se alejara. En la mesa siguió apareciendo comida y alcohol, y yo me mantuve pendiente del rugido del viento mientras la señora le pedía a Ash que le deleitara con otro cuento.

Él lo hizo. Estaba borracho y tampoco necesitaba mucho para animarse: contó la leyenda de La Roja, extendiéndose hasta cubrir el mundo, y cuentos sobre la radiación en las minas que trabajaban los androides y que acabó creando a la tormenta y al desierto desolado, historias sobre tecnología volviéndose inútil porque ya no había fuente que la alimentara y cómo los humanos rescataron a los robots, porque seguían siendo

cómodos de usar, pero olvidaron a los androides, que acabaron en decadencia y desaparecieron poco a poco.

Oscureció y el viento siguió rugiendo. Ash siguió bebiendo y hablando, y la señora y su mayordomo siguieron escuchando, inexpressivos, con aquellas miradas opacas ocultas entre pliegues de piel, como cadáveres. Eso lo pensé cuando la penumbra se densificó y el mayordomo encendió la lámpara de cristal, eléctrica, del techo; que no había mucho que los diferenciara de los muertos azotados por La Roja.

Pero luego intenté no pensarlo.

Sirvieron una cena similar a la de la noche previa sin que Ash o yo nos enteráramos del cuándo. Y, sólo entonces, cuando a mi hermano parecían habersele acabado los cuentos y tenía la mirada vidriosa de alcohol y comida, la señora le preguntó si acaso conocía la leyenda de los Desolladores.

—¿Desolladores? —preguntó Ash, la palabra se le escurrió de la lengua.

—Ese cuento de viejas —dijo ella, y se cubrió la boca para reír con modestia—, sobre androides que saqueaban los desperdicios de La Roja. Me pone la piel de gallina.

Ash rio con ella, mirando a su plato lleno de otros desperdicios. Después, me miró a mí; su sonrisa fue cálida y me pareció entonces

es una reliquia de otra época. Ni el tocadiscos, ni los caballos de carne y hueso podían compararse con aquello.

—Hace siglos que no la cuento —dijo Ash—, a mi hermano le asustaba. Pero no se le hacen desprecios a una anfitriona... y La Roja aún azota.

Alzó su copa en un brindis que la señora correspondió, y yo también, pese a todo; incliné mi copa y bebí.

Ash contó el cuento con detalles, modulando la voz, añadiendo efectos de sonido con su cuchillo y el plato y las copas y la carne que no había terminado. Por primera vez, me pareció atisbar vida en la mirada de la señora.

Y hubiera preferido lo contrario.

Cuando La Roja se alejó, Ash iba por la mitad del cuento, pero ya era tarde y él estaba tan borracho que no podía sostenerse en pie, mucho menos cabalgar. Accedimos a quedarnos hasta el alba.

El mayordomo quiso acompañar a Ash hasta su cuarto y yo aseguré que no era necesario: podía encargarme de mi hermano. Y quería hablar con él, antes de que se durmiera. Pero la señora insistió en que sería descortés tratar a los invitados como servicio y yo, dijo, aún no me había terminado la comida.

Aún tenía una tartaleta del almuerzo en mi plato sin tocar.

Fría y llena de moscas.

Fue imposible hablar con Ash aquella noche, cerraron su cuarto con llave. Tampoco nos marchamos al amanecer. Yo dormí de más y, cuando desperté, me asomé a la ventana y vi a mi hermano a lomos de uno de esos caballos vivos del establo. Me saludó y me animó a que bajara y ensillara al otro.

En momentos así, no piensas.

Cabalgamos bajo el sol rojo, en caballos que olían a piel y heno y vida, hasta que volvimos a estar famélicos, y disfrutamos de otro banquete, otra cena, otro baño con aceites para la piel y ungüentos para cicatrizar las heridas. Pasamos otra noche en el rancho. No nos marchamos al amanecer porque La Roja volvía a rugir, y dedicamos la mañana a escuchar el tocadiscos y probarnos ropa que el mayordomo nos ofreció. No nos marchamos al ocaso porque la señora organizó una cena de despedida y bebimos demasiado. No nos marchamos, porque teníamos allí todo lo que siempre habíamos deseado.

E ignoramos lo demás.

La tecnología de Antes, el silencio del rancho, lo vacío que estaba; que nos ofrecieran ropa de todo tallaje, género o estilo, para que eligiéramos a nuestro antojo. Comimos hasta que nos quedó la piel lustrosa. Corrimos por los

terrenos, nadamos en la acequia, hicimos carreras a caballo hasta ganar músculo y fortalecernos. Nos cuidamos la piel como la señora nos aconsejaba, hasta que parecimos jóvenes criados entre mansiones y bailes de alta sociedad que jamás habían pisado el desierto.

En los últimos días, me acuerdo, la señora tomó la costumbre de pasearse por nuestros cuartos bien temprano, para ver a Ash afeitándose. Lo miraba con atención en los espejos y se acercaba para acariciarle la mejilla húmeda con esos dedos curtidos, flacos y largos.

Y le decía:

—Tienes una piel tan hermosa.
—Y reía, y suspiraba—. Ay, la juventud...

Entonces yo recordaba el pasillo, la alfombra, el ruido de cuchillos afilándose, el chisporroteo de maquinaria de Antes al encenderse, y volvía a sugerir que era hora de marchar.

Nunca lo hacíamos.

Vivíamos en el cuento que Ash siempre quiso prometerme, y en el que yo nunca había creído. Debí haber sido más listo, lo sé, debí haberlo arrastrado de allí como fuera.

Pero no desperté del todo hasta la última madrugada. El rancho guardaba silencio, la luz que entraba por mi ventana era gris

como ceniza, y supe que había despertado por la falta de ruido. Que todo se quedó en reposo un momento antes de que yo despegara los párpados. Lo supe.

Me levanté despacio, convencido de que era el momento, nos marcharíamos aquel amanecer. Faltaban un par de horas para la salida del sol y no había excusas. Pero me vi reflejado en la televisión de Antes con la cara de un espectro y sentí algo frío en las tripas. Cuando corrí al cuarto de Ash para despertarlo, lo encontré completamente vacío.

Tenía la cama deshecha y la ventana abierta, y sus cortinas blancas bailoteaban ante un presagio de ventisca. La campanilla de la entrada tintineó.

Llamé a Ash. Lo llamé a susurros, en alto, a gritos. Sólo me respondió la campanita de cristal. Lo busqué a través de las ventanas, por si se había desvelado y salido a pasear por el rancho; lo busqué en las cocinas, por si se había levantado con hambre; lo busqué por todas las habitaciones abandonadas a lo largo del pasillo, sin mirar a las armas de caza ni a las cabezas disecadas, por no imaginarme si tenían más así, en algún corredor secreto, pero humanas, y si la de mi hermano ahora formaba parte de la colección. Corrí buscándolo hasta denerme allí donde la primera

mañana escuché el sonido de los cuchillos.

Algo chisporroteaba.

Fui despacio, sin aliento, a través de un pasillo interminable como el desierto, bajo las miradas de coyotes y pumas y liebres muertas, siguiendo el zumbido, más allá de puertas que daban a habitaciones vacías. Fui despacio, hasta que el zumbido me vibró en la planta de los pies y, entonces, abrí la última puerta.

Al otro lado había androides.

Androides almacenados contra la pared como barriles de vino en una bodega, todos ellos inertes, todos ellos con un resplandor rojo donde los humanos tenemos el corazón, un resplandor que pintaba la habitación de sangre. Todos ellos llevaban harapos sucios de desierto, todos ellos tenían huesos rotos sobre el cuerpo de metal, todos contaban con mechones de pelo enganchado en los hierros del cráneo

Todos vestían jirones de piel humana.

Cuarteada y seca y deshaciéndose. Como cadáveres devastados por La Roja.

Pensé que gritaría, pero callé. Pensé que huiría corriendo, espantado, a perderme en el desierto hasta morir, pero no lo hice. Faltaba un androide allí, su hueco estaba vacío, y supe qué pretendían. Lo supe.



—¿Y mi hermano? —le exigí.

Las luces de sus pechos se apagaron.

Aquellos aún no estaban listos para encenderse y no me darían respuestas.

Así que salí, y destrocé la vitrina de un arma de caza de Antes, en el pasillo. Escogí la que más se parecía al rifle de casa y la cargué, como había hecho desde los trece para salir al desierto y protegernos de las alimañas, y recorrí el rancho habitación por habitación, buscando a Ash.

Pero no di con él allí dentro.

Busqué en cada granero, pensando en su cuento, en los Desolladores. En todos los caballos del establo, los animales del rancho, todas las ropas que nos habían prestado. Pertenencias de otros humanos, humanos desesperados por un refugio que acabaron perdiendo la piel porque unos androides dementes querían disfrazarse de ellos y seguir existiendo en un mundo que los había olvidado.

Cuando encontré a Ash ya había amanecido. Un sol rojo y agonizante, un sol del fin del mundo.

Lo tenían en el matadero, colgado como a un animal.

Lo estaban despellejando vivo.

El mayordomo se encargaba, con un cuchillo de desollar que destellaba metálico y sangriento en la mañana. La señora conservaba sus ropas, pero se había

despojado de la piel, y asistía al ritual con el cuerpo metálico y los ojos tan vacíos y muertos como cuando se disfrazaba de persona. Su mano se entrelazaba con la de otro androide más, uno que aún vestía ropa de terrateniente y jirones viejos de piel, pero que no dejaba de toquetear la de Ash, la que le habían arrancado, la que pretendía ponerse sobre su rostro como una máscara, hasta que se estropeará también y tuvieran que buscar a otro idiota que se creyera a salvo allí. Supongo que esperaban hacerme lo mismo después.

Pero yo los disparé.

Les volé la cabeza con el rifle de Antes, y estallaron en chisporroteos y fogonazos que sonaron como debieron sonar las minas al explotar de radiación y acabar con el mundo. Al crear La Roja, madre de monstruos.

Ash había perdido mucha sangre (mucho piel) cuando pude liberarle. Estaba inconsciente, y yo me deshice el vendaje del pecho para intentar cubrirle las heridas y detener la hemorragia. Y lo saqué de allí, aunque la tela rebotara rápido y el chisporroteo de los androides susurrara que había llegado tarde.

No iba dejarle morir así.

Robé del establo los dos caballos vivos, ensillé uno y até al otro, y eché a cabalgar más allá de la puerta y la campanilla de cristal, con mi hermano a cuestas, lejos

del rancho y rezando por no encontrarnos después a La Roja.

Ash recuperó la conciencia durante el trayecto, ardía y deliraba, pero se aferró a mí y me habló y supo mi nombre. Le pedí que conservara el aliento, y hablé de cómo nos reiríamos cuando volviéramos a casa: venderíamos los caballos, conseguiríamos dinero, construiríamos una poza donde bañarnos cuando hiciera calor. Le conté miles de cuentos, cuentos sin miedo, para distraernos de la ruina de la que apenas escapamos. Cuentos que le hicieran sonreír, con lo que le quedaba de cara.

Cabalgamos sin rumbo, buscando sólo dejar el rancho atrás.

Pero la fortuna es enrevesada y cruel e inoportuna. Como La Roja, imprevisible.

Llegamos a Emberbrook.

Por supuesto, padre no estaba allí.

Vendí el rifle para costearle a Ash una habitación en el *saloon* y un médico que lo atendiera, pero para entonces ya sabíamos qué pronosticaría. Fue milagroso, dijo el doctor, que Ash hubiera sobrevivido al desierto en esas condiciones. Yo le dije que se debía a que mi hermano era cabezota, y se había encaprichado de probar ese whisky de Antes que tenían en Emberbrook, a toda costa.

Ash, débil, pero ligeramente consciente, se echó a reír.

Conseguí una botella a cambio de los caballos. Hubiera pagado cualquier cosa. Solos en la habitación, Ash y yo nos la bebimos. Fue celestial. Mejor que nada de aquel rancho, dijo él, o lo intentó, y se recostó contra mí y cerró los ojos. Mientras, abajo, las bailarinas robot daban un espectáculo de cancan y sonaba la pianola y docenas de vaqueros borrachos aplaudían y reían y sobrevivían al horror del mundo, conteniendo el aliento en cada silencio, por si escuchaban a La Roja acercarse, o alguna de las alimañas y monstruos que su aullido cobija.

Ash murió a mediodía, cuando el sol casi parecía dorado y amable.

Y me dejó sólo sus cuentos.

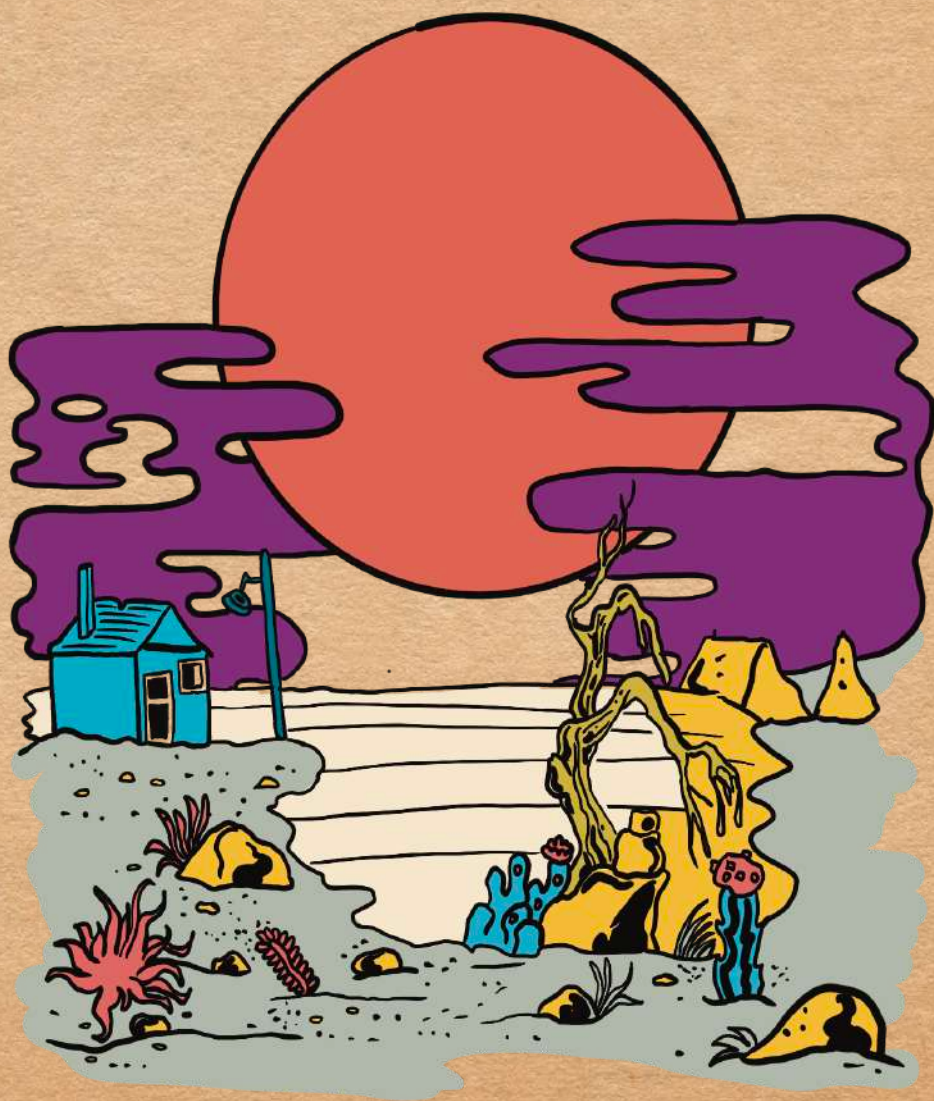
Y yo no sé nada de cuentos.

Pero sé que, por hermosas que parezcan, las arenas son mortales para el inexperto. Que, si azota el viento, debes buscar refugio, y rápido. Que jamás debe alimentarse a una criatura que more en el desierto. Que un grano de arena en los engranajes de cualquier caballo lo dañará irremediablemente. Sé que quedan ranchos que ofrecen comida y hospitalidad a forasteros, pero también sé lo imprudente que es arriesgarse a pedir. Que La Roja nació de olas de calor inconmensurables, que La Roja mató al mundo. Y que nadie la sobrevive; si te atrapa, estás muerto.

Sé que mi hermano contaba historias.

Que, si alguna vez cabalgas por el desierto y ves un rancho solitario, un rancho majestuoso, bien firme en mitad de la nada, debes recordar este cuento. Y dar la vuelta y espolear a tu montura y huir rápido, rápido, rápido, sin mirar atrás.

Ni una sola vez.





Carlos Ruiz Santiago

Carlos Ruiz Santiago (Sevilla, 1998) es escritor, director, guionista y técnico en Realización audiovisual y de espectáculos. Ha publicado tres novelas (*Salvación condenada*, *Peregrinos de Kataik* y *Ceniza en las venas*). Ha participado en numerosas antologías de relatos (*Crann Bethadh*, *Devoradoras*, *Transfórmate o muere*, etc.), revistas (*La Cabina de Nemo*, *Ab Terra Flash Fiction*, etc.) y páginas web (*Fabulantes*, *HorrorAd-dicts*, etc.). Es redactor en la página web *Dentro del monolito*.



Margarita Regalado

Margarita Regalado (Sevilla, 1996) inició su trayectoria literaria pública en la temporada 2017/2018 de Poetry Slam Sevilla. Ha publicado dos colecciones de relatos de terror y fantasía oscura: *Sudores fríos* y *Detrás de las sombras*. Su obra de teatro "Cicatrices doradas" ganó en la categoría "Otros formatos" del III Certamen literario de FELGTBI+. Como parte de su actividad literaria actual publica dos veces a la semana en la cuenta de Instagram @margaritaregaladopoeta y la página de Facebook "Margarita Regalado, poeta".

La sangre del koi



Y itho abandonó la habitación sin mirar atrás. A izquierda y derecha, una débil cacofonía de gemidos y roces de cuerpos se filtraba por las puertas de papel. Los símbolos en dorado desgastado caían como gotas de lluvia por una superficie rugosa. Atravesó el pasillo y la familiar cortina de seda que separaba la zona privada y el bar. Como antes con el trabajo de sus compañeras, ignoró la cháchara de los comensales y el olor a comida y alcohol y salió del local por la puerta delantera.

Echó a andar por la calle embarrada sin prestar apenas atención a sus pasos. La rodeaban una docena de idiomas y el triple de dialectos cacareando entre las caóticas calles. Aquella ciudad era una serpiente de acero y madera que se ensortijaba sobre sí misma como si resoplara con pesadez. El vapor de agua que emitía la maquinaria,

desde los pesados vehículos a los inmensos motores que mantenían la urbe a flote en el río, cubría las calles de una niebla a la que se le pegaba el olor de aceites, especias y pescado de los interminables puestos.

Yitho avanzó con pasos cortos pero rápidos, un contoneo grácil y elegante que conseguía despegar algunas miradas de la muchedumbre constante. El vestido mostraba, con la amplia abertura, el grácil y recto cuello de la mujer, una sugerencia a futuros negocios. No obstante, la mente de Yitho vagaba por otro lugar. Los hilos se movían lentos y precisos en una ciudad como aquella, en especial si quería ver un amanecer más sin ahogarse con alguna copa envenenada o sin que le dedicaran una maldición de papiro llena de huesos infantiles escribiendo su nombre. No; cuando se juega a cosas tan precisas y arriesgadas como con las que jugaba Yitho, había que concentrarse en lo importante.

Alcanzó la escalerilla sin dificultad. Aunque no la solicitaran con frecuencia para aquel tipo de trabajos, cualquier cortesana que se preciara conocía el camino a los puertos aéreos. Subió agarrándose la falda para no tropezar, al tiempo que cuidaba de no revelar la daga que cargaba atada al muslo.

Otra cortesana ya esperaba en el punto exacto de la plataforma al que Yitho se dirigía. La reconoció de forma gradual: primero, por los colores del vestido de seda; cuando giró el rostro, por las facciones teñidas por el maquillaje. Se saludaron con un gesto de cabeza.

—¿Somos las únicas, Haizhe? —preguntó Yitho en la lengua común, fingiendo desinterés en caso de que las vigilara alguno de los pajarillos mecánicos del gobierno. Aquella misma mañana, al salir del primer servicio del día fuera del burdel, había aplastado uno con la suela del zapato. Primero había oído el crujido y después, al bajar la mirada, había distinguido la masa rota de hilos metálicos, madera y papel, todo embadurnado en la tinta que animaba a aquellos molestos milagros resultantes de la unión de magia y mecánica.

—Ni por asomo —respondió Haizhe. Yitho recordaba el fuerte acento que la había hecho destacar años antes, del que ya no quedaba el menor rastro—. Sé que pidieron media docena de chicas.

—¿Habrà alguna de clase alta?

Haizhe soltó una risa seca.

—Ya les gustaría.

Yitho se permitió una mueca divertida. Toda mujer tiene derecho a algún capricho.

La espera se le antojaba como

respirar aceite. Notaba una tensión en la mandíbula que no terminaba de relajarse. La acuciaba a la falta de sueño y al estómago cerrado desde hacía días. Al despertar aquella mañana, el fantasma familiar, cuyo parentesco con la propia Yitho se perdía en el tiempo, la había observado con ojos brillantes desde una esquina antes de desvanecerse como un río de melaza. Los rezos posteriores le solían calmar la ansiedad, pero hoy no lo habían logrado. Tragó saliva sin demasiada fuerza. Las apariencias lo son todo en la tela de araña. La diferencia entre ser araña y polilla, para ser más exactos.

Ya se habían reunido todas las cortesanas cuando el dulce sonido de la nave se hizo patente. La embarcación bajó con suavidad, casi sin hacer ruido. Las telas mágicas de la parte baja aleteaban como serpientes marinas y mecían el buque en las corrientes. La eslorra de verde bambú, vivo gracias a la hechicería ritual, resplandecía con suavidad. Al acercarse, casi parecía latir.

—Es un gran despliegue —comentó Yitho.

—Es una gran compañía —apuntilló Haizhe.

Demasiado selecta para solo unas cuantas cortesanas, le hubiera gustado decir a Yitho. En vez de eso, abrió el abanico y se

lo colocó delante del rostro, con la esperanza de que cualquier ojo indeseado confundiera los nervios con pudor femenino. El lung esmeralda entre las olas que decoraban el abanico se revolvía como saludo a la figura masculina que surgió de la nave, vestido con una sobria toga.

El sirviente las hizo pasar. Todas las cortesanas entraron, fingiendo no mirarse, apenas conocerse. Tan solo un torrente de sonrisas bonitas, ojos brillantes y vestidos coloridos. En cuanto las puertas se cerraron, el navío aéreo alzó el vuelo con tanta suavidad que ninguna se percató. Cruzaron algunos pasillos tenuemente iluminados hasta llegar a la cubierta, donde varios ancianos adinerados reían y bebían. Hombres poderosos, caballeros enriquecidos que manejaban los hilos de la ciudad. Arañas tejiendo sus telas.

Yitho se permitió maravillarse con las vistas que se apreciaban desde la borda: el entramado de la ciudad como raíces en un manglar, el colosal río Mangkr fluyendo por debajo y arrastrando el mundo bajo sus corrientes como un dios incuestionable. Yitho lamentó no poder dedicar el tiempo suficiente a una imagen de belleza tan estremecedora. Tenía un trabajo que hacer e información que recopilar.

Las cortesanas se repartieron

por la nave. Algunas tocaban el erhu o el sihu, otras servían copas, varias cantaban. Yitho hablaba sin hablar y reía sin humor, porque era su trabajo. Y escuchaba, porque era su misión.

—Ayer cazamos otro koi —comentó un viejo flaco con perilla—. Este casi se había vuelto un lung.

—Qué despropósito —añadió otro, un calvo que comía unos enormes filetes de pescado—. Como aquella vez en la costa, cerca del puerto siete, en el tramo alto del río.

—¡Lo recuerdo, lo recuerdo! —El viejo rio y a Yitho le recorrió una arcada que disimuló con el abanico. No sabía de qué hablaban, así que prestó atención—. Esos yākcñ mugrosos adoradores de dioses viejos. —El hombre negó con la cabeza y Yitho pensó en lo sencillo que sería rajarle el cuello. El frío helado de la daga le ardía contra el muslo—. Qué convenientes los tifones, ¿eh?

—¡Los dioses te escuchen! —respondió el otro.

Los dos se echaron a reír y la cortesana los acompañó con su risa más recatada, harto entrenada. Ese tipo de lugares era donde había que estar. Donde una se enteraba de secretos, se ganaba confianzas, conseguía pruebas. Donde las guerras no se luchan, pero sí se ganan: debajo de la tela de araña.

—¿No cree usted, señorita Yitho? —la interpeló el viejo de la perilla.

—Una no es alguien que deba meterse en semejantes asuntos —respondió ella al instante—. No obstante, ya que me pregunta, creo que esos... cultos están ya muy anticuados.

La mentira cayó como el alcohol por las gargantas de los viejos.

—Si es que estas cortesanas son las mejores, se lo dije, Thrys.

—Qué razón tenías, sí que sí —contestó el calvo—. Estas cortesanas de baja estofa siempre a la última, ¿verdad?

—Hay que saber avanzar con los tiempos, mi señor. El progreso es lo importante.

Yitho respondió con dulzura, pero el tirón de la mandíbula se le extendió al cuello. Sentía algo malo, algo con segundas, un peso extraño en los hombros.

—Sí, como el tipo ese. ¿Cómo se llama el desarrapado?

—¿El sindicalista? —adivinó el viejo de la perilla.

—Ese mismo, Kohk —dijo un sonriente Thrys—. Si bien lo podíamos llamar vidente, ¿eh? Qué bien nos pilla los trapos sucios.

—Desde luego que sí. —Kohk dio un trago al licor—. A veces, los clásicos son lo mejor.

Yitho no pudo evitar enarcar una ceja. Thrys la miró. Esa vez,

la cortesana sí que tragó saliva sonoramente. Aquel hombre tenía ojos de serpiente, ojos avezados de araña vieja.

Un hilo de acero rodeó el cuello de Yitho y la arrancó de su asiento de madera dorada. Apenas tuvo tiempo para poner la mano entre el hilo y el cuello por puro instinto. Entre ruidos ahogados y pese a su propia mirada vidriosa, Yitho observó cómo los filos volaban a espaldas de sus compañeras. Cuchillos por la espalda, mazazos en la cabeza, hilos de acero extinguendo vidas. La sangre cubría el silencioso crucero aéreo.

—Una pena —comentó Thrys—, me gustan las chicas inteligentes.

—Los clásicos, amigo, los clásicos son los mejores por algo.

Mientras pataleaba, Yitho no podía dejar de preguntarse qué había salido mal. Ella había tenido cuidado, había jugado bien sus cartas, había luchado por la causa con inteligencia. ¿Se habría equivocado alguna compañera? Lo dudaba.

Su mirada se cruzó con la de Haizhe.

La vio parada en medio de los gritos y del frío acero, con ojos acuosos y gesto descompuesto, mirando hacia abajo con vergüenza. Yitho no le apartó la mirada, sino que se la clavó como una maldición. La traición es siempre una sorpresa con sabor a hiel.

Yitho comenzó a perder fuerza en las extremidades. ¿Acaso iba a acabar todo con tanta facilidad, con tanta injusticia? Pensó en el río y en aquella belleza salvaje suya.

¿Por qué todo tenía que acabar siempre así?

Quien fuera que la ahogaba retorció el hilo y Yitho giró con él como una muñeca. Al hacerlo, notó un pinchazo en el muslo. Tanteado a ciegas, casi sin fuerza, Yitho deslizó la mano bajo su propio vestido. Arrancó la daga del ligero que la sostenía. Guiándose por el calor y el ruido más que por la vista, apuñaló a su atacante.

El hilo que le rodeaba el cuello cayó al tiempo que un grito más se perdía en el caos de la matanza. Yitho dio de bruces con la cubierta. Los pulmones le ardían. Sin permitirse recuperar el aliento siquiera, se puso en pie. El resto de sicarios, que parecían no haberla visto, le cerraban el paso a izquierda y derecha. Solo podría escapar hacia el frente.

Una mano le agarró el tobillo. Su atacante, aún vivo, gritaba y forcejeaba. Yitho le arrancó la espada corta que le colgaba del cinto, mucho más grande que la daga que ahora brillaba caída en un charco de sangre, a apenas un palmo de ellos. Apuñaló al hombre de manera casi automática.

Le atravesó el pecho con fuerza varias veces; la sangre surgió en abundancia, como un río desbordado.

Solo se permitió parar y alzar la vista cuando el hombre dejó de moverse. Por los gritos de su víctima o por cualquier otro motivo, el resto de asesinos se habían percatado de que seguía viva y se apresuraban hacia ella. Yitho distinguió por el rabillo del ojo que el buque pasaba cerca de una plataforma aérea.

Mientras recitaba en silencio una breve oración a sus ancestros, Yitho corrió para tomar impulso. Apoyó ambas manos en el borde de la cubierta y abandonó el barco saltando hacia delante con todas sus fuerzas.

En lugar de la plataforma a la que había apuntado, Yitho cayó al nivel inmediatamente inferior. La mayor superficie de bambú a aquella altura la recibió con un golpe más fuerte del esperado y varios crujidos a lo largo del cuerpo. Yitho se puso en pie, no sin dificultad, tan rápido como pudo. Una muchedumbre estupefacta la rodeaba; había caído en una calle. Yitho agradeció en silencio a los ancestros su innegable ayuda y echó a correr. La multitud se apartó, temerosa quizá de la espada ensangrentada que aún portaba en una mano, para dejarla pasar.

La perseguían. No le cabía la menor duda. Los asesinos a sueldo ya debían de haber bajado del buque y haberse desperdigado por el barrio para buscarla. Además, la caída a la plataforma de bambú le había dejado el cuerpo más que dolorido y, aunque no se hubiera concedido tiempo para comprobarlo, varios huesos rotos. No llegaría muy lejos a pie.

Yitho renqueó hasta un callejón de apenas del ancho de una persona. Allí, sacó de entre la ropa el abanico y lo abrió de par en par.

—Morakot, gran Morakot —musitó—. Soy Urassaya, hija de Patcharapa. Necesito que me ayudes.

El lungladeó la cabeza para dar a entender que le prestaba atención.

—Mi vida corre peligro —explicó ella. Su madre le había advertido al pasarle el abanico en herencia que Morakot era terco y severo; las pocas veces que le había pedido ayuda lo habían confirmado—. Necesito que me saques de aquí. Que me lleves a mi casa —concretó. Sabía, por experiencia, que Morakot rechazaría cualquier ruego demasiado vago.

El lung no respondió.

—Por favor —insistió Yitho. Oía pasos apresurados en la distancia—. Estoy herida y me persiguen. No puedo huir yo sola. Por favor.

El lung se retorció. Yitho lo observó con el corazón encogido. La lustrosa criatura esmeralda atravesó el abanico, desapareciendo por un extremo, y salió al aire del callejón, como recortado directamente del papel. El lung, de apenas el tamaño de la palma de Yitho, la rodeó formando anillos en torno a su cuerpo.

Yitho sintió cómo se elevaba. Abandonó todo contacto con el suelo, superó los tejados y siguió subiendo. Sin tener que tomar ninguna decisión consciente, dejándose guiar por el lung, Yitho se permitió disfrutar de la brisa.

El viaje duró apenas unos instantes. Antes de lo esperado, Yitho descendió con suavidad frente a la puerta de su hogar.

—Te estaré siempre agradecida, gran Morakot —habló en cuanto tuvo los pies sobre suelo firme.

El lung aceptó el agradecimiento con un gesto de cabeza y volvió a entrar en el abanico, tal y como había salido. Yitho, sin perder un momento, entró al edificio, atravesó el pequeño vestíbulo y subió corriendo la escalera. Al llegar a su habitación, atrancó la puerta desde dentro. Se permitió un instante para recuperar el aliento. La sinfonía de ruido del resto del burdel la meció mientras pensaba. Debía avisar al resto de la red, aunque quizá ya hubieran descubierto lo ocurrido. Quizá, in-

cluso, aquellos sicarios ya les hubieran hecho una visita. Yitho se sacudió esa idea; no podía creerla si quería conservar un mínimo de esperanza. El ruido del burdel había subido de volumen, pero no se dejó distraer. Enviaría un mensaje a la red y luego huiría de la ciudad. Le parecía lo más sensato. Podía pedir ayuda a la red para escapar.

Un fuerte golpeteo en su puerta la sobresaltó. Se obligó a calmarse: debía de tratarse de la dueña, preguntando por qué había vuelto tan pronto.

—¿Señora Khamkaeo?

—tanteó—. Disculpe que no le abra, no me encuentro bien.

—¡Abra ahora mismo esa puerta! —rugió una voz masculina al otro lado—. ¡Sabemos que está ahí, señorita Yitho!

Yitho retrocedió. La habían encontrado.

Una espada corta atravesó la puerta de papel. Yitho recorrió la habitación con la vista, buscando una vía de escape. ¿El ventanuco que daba al callejón trasero? Demasiado estrecho. Un brazo se abrió paso por el papel rajado de la puerta. Sin más opción, Yitho enarboló la espada que había robado a su atacante previo y se la llevó a la yugular. Si cuando los sicarios entraban no veía opción de victoria, se rebanaría el cuello. Lo prefería con creces a lo que le

harían si la capturaban, a lo que sabía que hacían a las espías.

Dos hombres, vestidos y armados igual que los asesinos del barco, entraron en la habitación. Yitho dudó. ¿Podría vencer contra solo dos, o debía poner fin a todo cuanto antes?

Antes de que pudiera tomar una decisión, una silueta oscura tomó forma entre los hombres y ella. Yitho la reconoció al instante: el fantasma familiar. Los hombres enarbolaron las espadas de forma amenazadora. El fantasma no se amilanó. Los atravesó en apenas un suspiro, primero a uno y después a otro. Los hombres cayeron muertos al suelo.

El fantasma se giró hacia Yitho e inclinó la cabeza. Yitho, que había bajado la espada sin darse cuenta siquiera, le devolvió el gesto. El fantasma se desvaneció, tan silencioso como había aparecido.

Yitho se apresuró a sacar de entre las placas del suelo la bolsa con el poco dinero que tenía. Arrancó a uno de los cadáveres la vaina y el cinto y lo usó para asegurarse la espada que había robado en el barco. Sin perder un instante salió corriendo de la habitación y del burdel. Dirigió los pasos al cuartel más cercano de la red. Daría la voz de alarma y huiría de la ciudad.

Tenía una segunda oportunidad y no consentiría desperdiciarla.





Alicia Partida

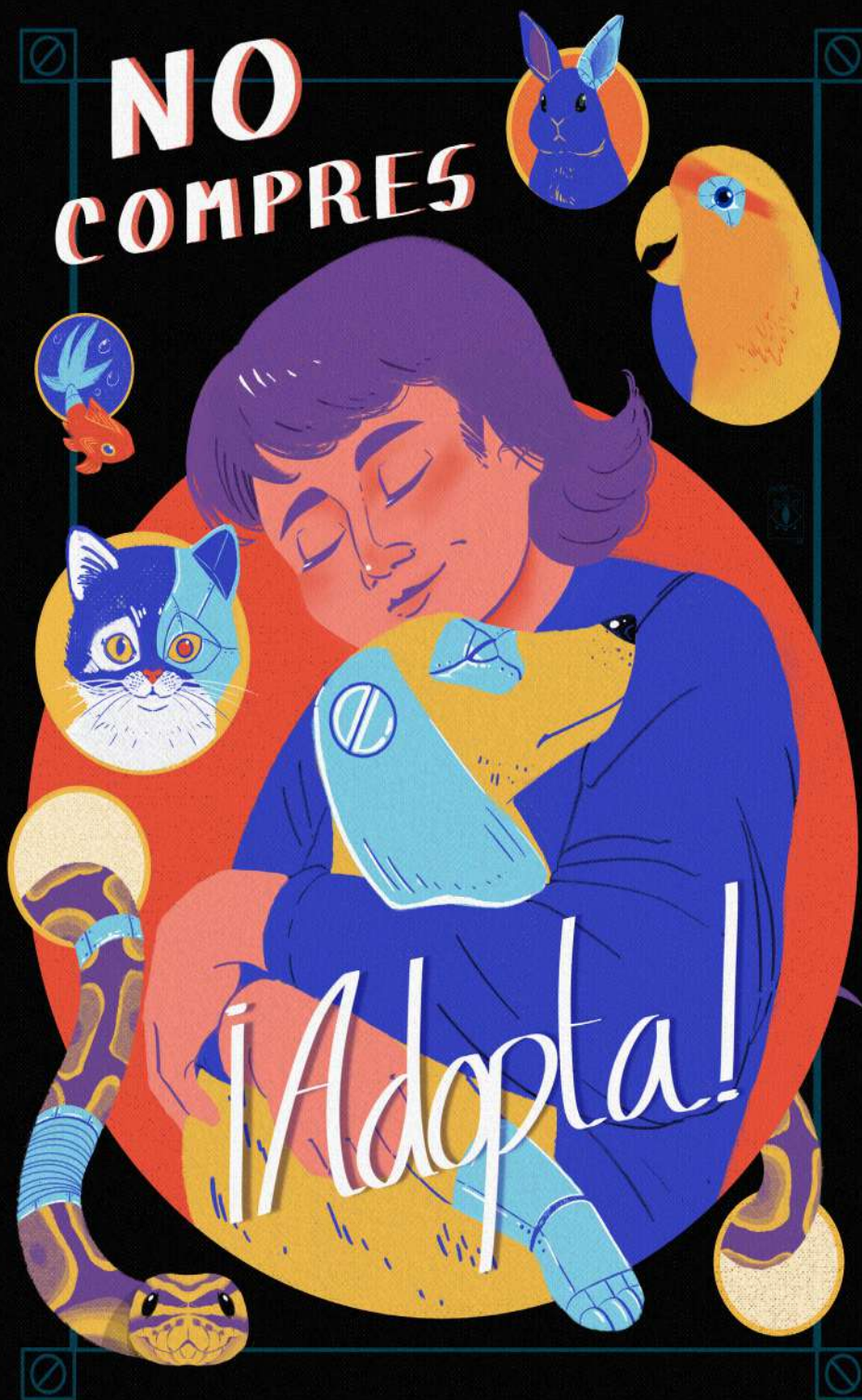
Me llamo Alicia (Alicroft en las redes). Soy sevillana, aunque hay gente que duda cuando me ve (parezco más del norte). He estudiado conservación y restauración de bienes culturales o, lo que es lo mismo, cirugía de obras de arte, sin dejar nunca la ilustración. Estoy dando mis primeros pasos como ilustradora profesional, deseando colaborar en proyectos con otras personas y crear los míos. Me gusta trabajar ligada a la cultura, de una forma o de otra.

La mayor parte de mi trabajo es digital, pero siempre quiero añadir ese toque de dibujo tradicional a base de texturas (de lienzo y pinceles tipo pasteles, mis favoritos). Me fascina el terror, tanto en la narrativa como en el arte, siendo este último la motivación por la que he desarrollado este estilo

artístico, oscuro o adorable (a menudo las dos cosas). No por ello quiere decir que no me interesen otros géneros.

En mi tiempo libre me dedico a leer cómics y libros, ver películas para disfrutar e inspirarme, escuchar podcasts, jugar a videojuegos y pasar las tardes con mis amigos. Podéis encontrarme en Instagram ([ali_croft7](#)) y en Tumblr ([ali-croft7](#)).

**NO
COMPRES**





Rubi Giráldez González

-NOMBRE DE UNIDAD ESCRITORIL: Rubi Giráldez González

-AÑO DE ACTIVACIÓN: 20 de marzo de 1995

-PROGRAMACIÓN DESTACADA: Escritura breve de géneros fantásticos y de terror. Prácticas recientes en ciencia ficción influenciadas mayormente por el audiovisual. Aguardando la última actualización "Novelista Premium" para ejecutar un próximo ejercicio de escritura más ambicioso en la programación habitual de esta Unidad.

-DATA BASE: Sueños de Acero Fundido (Ed. Palabras de Agua), SUPERMALIA (Ed. El Transbordador), Guerra y Paz (Antología Premios Rickman), Dark West (Ed. Suseya).

SEPPUKU 2.0.



Se acerca el momento. Apenas resta ya una hora para encaminarme a mi último acto como bushi, tratando de mantener el orgullo del guerrero hasta el desenlace de mi existencia, previamente programada con un código fuente heredado por siglos y siglos del eterno Camino del Guerrero. Camino aún permanente en un tiempo donde los Daimios sobrevivieron convirtiéndose en las megacorporaciones conocidas como «zaibatsus», que rigen todo aspecto del país en un grácil equilibrio favorecido por el férreo sendero que auspicia la IA «XOGUN». Y, como parte de ese equilibrio, se espera que yo cumpla con mi deber tras deshonrar a mi actual señor, Lord Isichi, quien asumió el poder total del Clan Adachi tras la fatídica muerte nocturna que aconteció durante una de mis noches de guardia. Pero no fue ese sangrante desliz como guerrero el motivo por el que me encuentro aguardando la llegada del amanecer, un comienzo que supone para mí un final.

La estancia donde permanezco arrodillado en una posición corporal de reposo exhibe un as-

pecto aséptico, en sintonía con el mío propio, pues me obligaron a desprenderme de toda pieza que completa mi armadura corporal y pasar por la ducha química que eliminó todo vivo color del clan de mi fisionomía biomecánica. Me han devuelto al instante mismo de mi activación, cuando se me podría confundir con cualquier otro *Saiborg* programado para realizar tareas indudablemente menos dignas que seguir preservando el Honor de los antiguos samuráis de carne y hueso.

Ante mí se encuentra el único elemento de la estancia, aparte de las paredes impersonales de blanco inmaculado: una mesita corta como la que me espera en menos de una hora con el objeto con el que poder realizar mi suicidio ritual. Pero a diferencia del tantō especial con el que poner fin a mi existencia artificial, los objetos presentes en esta superficie pulida son totalmente rudimentarios y asociados a la tradición original del *seppuku*, para la práctica previa conocida como *yuigon*, «declaración que uno deja atrás». La diminuta taza de cerámica fina sigue vacía, con todo el sake aún contenido en la botella anexa. Aunque podría consumir un trago de la bebida espirituosa y sintetizarlo como líquido refrigerante, no veo correcto hacerlo si no voy a realizar mi poema de despedida en el dorso impoluto

del abanico que aguarda junto a los útiles de caligrafía a pluma y tinta negra. Más que por buscar mantener todos los pasos de la tradición del sacrificio ritual, no dudo ni un milisegundo en que han dejado todos esos objetos como una cruel forma de menosprecio. Por supuesto que podría procesar unos versos acordes, pero el resultado sería indudablemente artificial, regurgitado de forma mínimamente coherente en base a miles y miles de antiguos textos escritos por mentes humanas y reunidos en una base de datos común a la hora de descargar toda la miríada de información relevante para convertirme en un bushi de la nueva era. No transmitiría al pincel ningún movimiento que no fuese el imprescindible para conformar los caracteres sin atisbo alguno de sentimiento e imperfección que surgiese en un instante tan trascendental como este en los trazos.

Procedo a indagar en las entradas relevantes de mi vida útil registradas en la memoria de mi procesador craneal hasta que sea la hora.

Activación de Unidad *Saiborg* Modelo H-1000 a las 07:19 del 23 de diciembre del año 89 de la era Gōkin. Designación alfanumérica de la unidad: 5AIT0. Neobushi registrado en el clan Adachi, una de las ocho grandes familias sam-

urái pervivientes de la era pre Gōkin. Tercer zaibatsu más importante de Nippon. Sus actividades empresariales se centran mayormente en la construcción, metalurgia e industrias extractivas. Es el clan que más ha preservado todo aspecto sociocultural posible, buscando el equilibrio entre tradición y progreso.

Como unidad neobushi, mi estructura corporal biomecánica está expresamente diseñada para sacar total rendimiento al banco de datos de las diferentes clases de artes marciales y escuelas de esgrima que conforman la historia guerrera del país. Superan las limitaciones humanas gracias al conjunto resistente pero flexible de un esqueleto y fibras musculares compuesto por una aleación perfecta de titanio y grafeno.

Si bien los conflictos bélicos internos como tal son cosa del pasado, la ambición sigue rigiendo la razón común de los individuos que ostentan mayor rango de poder. La forma en la que los daimios actuales tratan de obtener más influencia y objetivos particulares dista mucho de los tiempos de movilizar a fieros ejércitos que derramen su sangre en el campo de batalla. Los conflictos y ofensivas entre clanes y diferentes organizaciones a espaldas de X0GUN deben realizarse en certeros ataques contenidos y aislados. Y no siempre implican

violencia física y muertes. En la era Gōkin, las balanzas de poder se rigen por el lenguaje binario de los ordenadores y bases de datos. Secretos e información que no cuentan con una temblorosa garganta física que amenazar con el filo de una espada para conseguir sonsacar lo que se quiera. Los neobushi nos alzamos como los guardianes de nuestros respectivos clanes prestando nuestra espada a nuestros señores. La katana es el alma de un guerrero. Eso es algo que no ha cambiado desde que nacimos para relevar a nuestros antepasados y seguir cumpliendo con las enseñanzas del bushido. Además de como armas, nuestras katanas, conocidas como *Kīburēdo*, han sido diseñadas para servir de dispositivos de almacenamiento de datos portátiles, lo que nos convierte en valiosos guardianes diferenciados en cuán de importantes sean los datos que protegemos en ellas.

Mis primeros años de actividad no me permitieron destacar mucho. Formé parte del cuerpo de seguridad de la mansión familiar, muy alejada de la capital en una región natural, un lugar de alto valor sentimental e histórico al ser una edificación que databa del período Muromachi, pero que Lord Adachi apenas visitaba, dejando de guardeses a su hermana y su familia. Lo más destacable de esos años fue el ser sorprendido

por un intento de ataque con el palo de una escoba que empuñaba una fiera chiquilla, protegida de una de las criadas de la mansión. La pequeña, a la que aún le faltaban dos primaveras para llegar siquiera a los diez años, no dudó en exigirme que la instruyese en el arte de la esgrima. Por supuesto, en mi programación se permitía ejercer de instructor como directriz de entrenamiento personal, pero normalmente esto debía ser encomendado por el señor o, en su defecto, por otro representante designado por él mismo. Desde luego, Lord Adachi no lo había hecho con su hermana, de quien solo quería asegurarse de que no despilfarrase de más o descuidase sus deberes con la mansión familiar. Tras enumerarle una serie de cuestiones y condiciones de su petición acorde con su edad y estatus y volver a bloquear otro movimiento ofensivo de la escoba, acepté instruir-la si estaba dispuesta a sacrificar horas de sueño para que ambos no desatendiésemos de más nuestros deberes originales. Esperaba que antes de la primera semana abandonase de forma lógica, pero Atsumi aprovechó por completo la oportunidad. Esto supuso también una forma de disponer de mi tiempo en la mansión de forma más útil que sencillamente rondar por el lugar y tener que ejercer de guardaespaldas de forma super-

flua en las actividades más ociosas y elitistas de aquella rama del clan.

La pequeña aguantaba mis sesiones nocturnas de esgrima, que aunque buscaban ser acordes a sus necesidades físicas limitando horarios y exigencias, la animaron a redoblar sus esfuerzos, aunque eso le pasase factura durante el día y se ganase alguna que otra reprimenda de su tutora cuando no rendía en las labores cotidianas. Cuando habíamos desarrollado el vínculo entre maestro y aprendiz, formulé varias preguntas entre descansos para conocer sus razones para instruirse en el arte de la espada. Aunque de actitud reservada impropia para su edad, a lo largo de los primeros dos años de entrenamiento llegó a revelarme que se había enterado hacía poco de que su padre era un gran samurái. Su madre, en cambio, no era más que una criada y, a pesar de que ambos progenitores se profesaron amor mutuo y la concibieron a ella como fruto de su romance, el humilde estatus de la madre impidió formalizar la relación y mucho menos que el padre reconociera a la niña como hija suya. Todo esto escapó de los temblorosos labios de su madre en el lecho de muerte, vencida por una enfermedad hereditaria. Atsumi quería convertirse en una guerrera por derecho propio para poder presentarse ante su padre

exigiendo que reconociese tanto a su madre como a ella. Desde luego, esa revelación insufló mucha más energía y fuerza a la chiquilla, que no tardó en poder atreverse a retar al ashigaru más diestro de la mansión. Lo venció en apenas dos movimientos y logró cambiar la escoba por un yari que dominaba con maestría pareja a la espada de madera que tanto la había acompañado.

Al enterarse de mi labor como instructor de Atsumi, el mismo Lord Adachi me reclamó en la capital. Creyendo que había obrado mal y que debía aceptar alguna clase de castigo o incluso desactivación, me despedí de forma más cálida de lo que se podía esperar de un neobushi de mi protegida, quien, como afirmó con contundencia cuando se lo señalé, derramaba lagrimas por primera vez desde la muerte de su madre.

Tras presentarme y arrodillarme con la frente apoyada en el tatami del salón privado de Lord Adachi en clara actitud de arrepentimiento, me descubrí teniendo que registrar de forma especial las palabras que me dedicó sobre cómo le había sorprendido que le pareciese uno de los samuráis de antaño. Me informó de que a partir de ese momento pasaría a ser parte de su guardia personal, tarea que desempeñé de forma reseñable al punto de terminar convirtiéndome en su lugarteniente

y su mayor confidente. Me reveló sus dudas, encumbradas por el licor de cereza, sobre cómo creía que su primogénito Hazuze no era digno de sucederle llegado el momento, pues no parecía interesarle mantener el clan como uno de los últimos baluartes del orgullo samurái y de las tradiciones del país y solo se dejaba llevar por la naturaleza expansionista del zaibatsu de desarrollar riquezas a expensas de todo código ético o de honor. A Lord Adachi le costaba cada vez más mantener sus negocios impolutos de la presencia corrupta de alianzas como las organizaciones Yakuza o empresas extranjeras con notable interés en auspiciar mayores progresos tecnológicos a los que ya tanto había hecho cambiar a Nippon. Los consejeros del clan, entre los que se encontraba Eien Isichi, veían necesario situarse mejor como zaibatsu y no contentarse con el tercer puesto y así, entraban en acalorados debates con los pocos viejos representantes del consejo del clan que permanecían con vida y afines al estilo de Lord Adachi. La actitud regia del señor se mantuvo aun a pesar de que su, hasta entonces, apacible vida empezó a verse más amenazada que de costumbre. Aquello me obligó a ejercer totalmente como yojimbo, impidiendo atentados contra la vida de Lord Adachi por parte de comprometidos asesinos

que, incluso llegaron a perturbar la misma intimidad de su lecho, en la cúspide de la torre del clan. Obligado a redoblar las defensas y añadir más responsables para velar por la seguridad del hombre, me volví a reencontrar con Atsumi, quien ya había alcanzado la adolescencia y se desempeñaba con igual o mayor talento que otros guerreros adultos del clan, incluso neobushis como yo.

En la intimidad de una noche de guardia, la joven volvió a agradecerme mi labor como maestro, a lo que yo pude formular la pregunta de si había logrado cumplir su objetivo de presentarse como la samurái de la que su padre se debería henchir de orgullo. Capté cómo su ritmo cardíaco se aceleró al lanzar una furtiva mirada a las puertas correderas del dormitorio que custodiábamos. Se adelantó unos pasos hacia la cornisa expuesta, donde su figura quedó perfilada por los diferentes resplandores multicolores neón de las tantas fuentes lumínicas de los niveles inferiores de la capital que aún se hacían presentes a esa altura ante el contraste de la noche. Una actitud pareja se manifestó en Lord Adachi al comprobar que Atsumi reforzaba mi cargo de protector. Ambos rehuían las miradas del otro, aunque necesitasen intercambiar palabras. Y sus actitudes estoicas llegaban a presentar micro expresiones o refle-

jos fisiológicos que denotaban un nerviosismo que buscaban mantener a raya. En el caso de Lord Adachi, esto hizo que se recluyese totalmente para lograr ocultar cualquier atisbo de vulnerabilidad además de la que ya le señalaba por su edad. Restringsió la compañía en sus dependencias, salvo por la del servicio indispensable para mantenerlas adecuadas y llevarle el alimento o antojo que necesitase, la del vocero del consejo con el que tratar de mantener un cierto orden en la gestión del zaibatsu y, excepcionalmente, la de Atsumi. Esto no sentó nada bien a Eien Isichi ni, por supuesto, a Hazuze Adachi, a los cuales se les impidió personarse ante mi señor hasta que él me dijese lo contrario.

Fue poco después de la última actualización personal de datos de mi kīburēdo por orden expresa de Lord Adachi, quien realizó la operación desde su ordenador personal para inmediatamente después formatear la unidad. Tras otra apacible noche de guardia, a la hora de abrir las puertas correderas para dejar pasar al joven con la bandeja de desayuno, saltó mi alerta de comprobación de signos vitales. Al centrar mi objetivo visual en el hombre tendido en el futón, observé que su inactividad corporal total.

La muerte de Lord Adachi quedó registrada como fallecimiento por

causas naturales ante los signos de un infarto fulminante en medio de la noche. Esto puso un conveniente punto final a su liderazgo del clan. Eien Isichi aceptó el puesto de mando que Hazuze Adachi había cedido en su derecho como primogénito, afirmando que así se lo recomendó su padre en su última conversación tras liberar el veto de su presencia.

«Un nuevo amanecer debe brillar para el futuro del zaibatsu Adachi tras mi marcha».

Pocos fueron los que abandonaron el



clan, pero sin duda producían un claro cisma. Entre ellos, Atsumi, que dejó la torre antes de jurar servidumbre ante el nuevo señor. En mi caso, pues rara vez se manifestaba el glitch R0N1N en un neobushi, la programación me hizo hincar rodilla ante Eien Isichi, ofrecer mi kiburêdo y pronunciar mi juramento, reconociéndole como nuevo señor del clan Adachi.

Los temores de mi antiguo señor no tardaron en materializarse. El zaibatsu impuso su ambición de poder y estatus económico, dando cobijo a relaciones y aliados que extendían su pèrfida red de operaciones clandestinas tanto a pie de calle como en las altas esferas de la capital. El honor no tenía cabida en ese retorcido sendero al que Isichi y Hazuze habían arrastrado al otrora respetable clan. Mi programación entraba en conflicto con la mayoría de las tareas que se me encomendaban en aquel entonces. Y en vez de molestarse en intentar manipular o sobrescribir todo lo que conforma mi forma de proceder, les resultó más fácil contratar a elementos indeseables pero eficaces en los actos que auspiciaba la aviesa mano de Lord Isichi o la afilada lengua de Hazuze.

Tampoco les gustó que la información que guardaba mi kiburêdo estuviese encriptada y que yo desconociese la clave, pues Lord

Adachi no me la había transmitido. Pasé a ser inservible, pero siendo una de las unidades Saiborg más costosas de la Compañía Hanzō, se decidió tratarme casi como una de las antiguas armaduras samurái que decoraban algunos pasillos y estancias de las instalaciones de la torre. Permanecía la mayor parte de la jornada en una posición estática desde la cual presenciar como mudo espectador la decadencia total del clan.

Antes su indiferencia para con mi presencia, desarrollé ciertas subrutinas como la de visitar regularmente la tumba de Lord Adachi en el cementerio familiar anexo a la mansión. Descubrí que había sido deshabitada por orden de Lord Isichi, quien había entregado una cuantiosa suma a la hermana del ex daimio y su familia para que cortaran toda conexión con su legado y emigraran al extranjero.

Parecía que la idea de Lord Isichi era dejar la mansión como un cadáver expuesto a la intemperie para que los temporales y heladas de los inviernos hiciesen el trabajo de demolerlo poco a poco. Solo las lápidas de piedra y yo permanecemos como únicos testigos de la historia y grandeza del Clan Adachi, el nexo perfecto entre lo viejo y lo nuevo.

Un lugar tan alejado y olvidado como aquel era el entorno perfecto para que quien quisiese

abordarme lo hiciese sin dudar. Teniendo esta posibilidad siempre presente en mis visitas, nunca contemplé que eligiesen un anochecer en que los copos de nieve aún caían y manteniendo una notable capa de nieve en toda superficie. Sabían ocultar bien sus pisadas y movimientos. No se trataba de ningún escuadrón de la muerte yakuza o grupo de camorristas comunes. Tampoco me esperaba que los cuatro asaltantes que me rodearon no vistiesen el emblema de cualquiera de los clanes y zai-batsus. Las ropas y capas, que les conferían un aspecto misterioso y espectral, no mostraban unos colores demasiado oscuros como para revelarlos como asesinos shinobis. No fue hasta que empuñé mi kiburêdo y desplegué su filo que los asaltantes hicieron lo propio con sus armas, lanzándose contra mí y yo pude empezar a analizar realmente la situación.

Sus katanas podían calentar los filos de sus aceros para tener una mayor efectividad ofensiva contra la aleación de mi cuerpo o mi espada especial. Pero los espadachines estaban realizando unos envites coordinados totalmente enfocados a desarmarme. Y entre ellos, quien mejor se desempeñaba era un asaltante que ejecutaba unos movimientos de esgrima demasiado reconocibles para mi programación e historial.

Tomando mayor iniciativa, cen-

tré mis esfuerzos en lograr acercarme todo lo posible a ese asaltante en particular. Lancé por los suelos a sus compañeros y, tras desviar nuevamente su acero, adelanté mi mano libre para hacerme con un pliegue de la capucha y llevármela conmigo. El análisis facial estaba comprometido, pues ocultaba medio rostro con un mempō estilizado de color azul cobalto, a juego con el tinte de su flequillo. Superpuse a esta la imagen de mi último registro visual y aprecié los drásticos cambios estilísticos tras su marcha, pero los ojos de Atsumi seguían siendo los mismos.

Mis movimientos empezaron a ser más erráticos y mi kīburēdo no tardó en escapar de mis manos. La recogió al instante del suelo otro ex miembro del clan Adachi, al que pertenecían todos los asaltantes. Atsumi mantuvo su espada en alto, aunque sabía que yo no iba a contraatacar. Tras observarme durante unos instantes, giró la vista en dirección a la tumba de Lord Adachi, perfectamente mantenida por mí, con las barras de incienso, las flores y la taza de sake recién dispuestas en el altar poco antes de aquel ataque nocturno. Los ojos de Atsumi mantuvieron a raya ese oleaje que amenazaba con desbordarse por sus mejillas.

Reclamada por sus compañeros tras haber cumplido su objetivo,

Atsumi finalizó reencuentro. Recogió la capa del suelo y activó su capacidad de camuflaje adaptativo. Cuando pasó a mi lado como un espectro para huir de lugar y perderse en el amparo de la noche, dejó escapar un sincero «arigatō» distorsionado por el efecto integrado de su máscara.

Lord Isichi logró mantener la compostura cuando retorné a la torre para informar del ataque y de la pérdida de mi katana y los secretos que ocultaba. Aceptó mi requerimiento de realizar el ritual del seppuku para poder poner fin a mi vida útil manteniendo mi honor de neobushi y compensando mi transgresión al clan.

La puerta de la estancia se abre y me comunican que ya está todo preparado. Me incorporo y me dejo custodiar por los dos empleados trajeados hasta la azotea del edificio, que trata de mantener el aspecto de un jardín imperial clásico. La presencia verde es puramente sintética, las parcelas de karesansui presentan una grava obsidiana especial, con una rutina preprogramada para cambiar las formas de sus anillos «rastrellados». Es un atentado total a la finalidad original de estos jardines zen de facilitar la serenidad con su cuidado y contemplación. Las carpas que aletean en los riachuelos y estanques artificiales

tampoco pueden ocultar su origen de laboratorio con cada cambio de color de sus escamas y los antiguos cerezos en flor han sido cambiados por unas tristes imitaciones, cuyas flores se proyectan holográficamente desde microcañones desperdigados por las ramas de los dispositivos.

La farsa se completa con la mayoría de los presentes al ritual, quienes por primera vez visten ropas tradicionales y no con trajes de patrón en serie, como es habitual desde la nueva regencia y sus operaciones empresariales. Lord Isichi incluso se ha molestado en que le recogiesen su melena oscura en una coleta que remite al peinado tradicional *chonmage*.

Vuelvo a arrodillarme en la posición *seiza* frente a los regentes del clan y la mesita corta donde descansa el objeto más esencial para el suicidio ritual: el cuchillo tantō especial que, en el caso de los neobushis, también es semejante a las *kīburēdo*, pues es otro dispositivo de almacenamiento que contiene el malware específico para inhabilitarnos por completo como unidad *saiborg* operativa.

Tras rematar media botella de sake, Lord Isichi comienza a recitar el motivo de este suicidio ritual. Incide en la pérdida de mi *kīburēdo* frente a los enemigos, y apela al hecho de que esta es el *alma* de los neobushis, el ver-

dadero atisbo que nos separa de las demás máquinas. Falsos sentimentalismos aparte, sus palabras ocultan la frustración de perder la información del dispositivo y que desconoce si los compromete a Hazuze y a él de alguna forma con la muerte de Lord Adachi. Porque sin duda, el primogénito asume muy bien la naturaleza de zorro rastrero que advierten las facciones afiladas de su rostro sonriente. Su última visita al lecho de Lord Adachi llegó acompañada de una botella de licor de cerezo en forma de obsequio. Era el único elemento que entraba de forma inesperada en el conjunto de eventos de aquella noche que podía llevar a la muerte provocada del cabeza de familia. Tuvo que ingerir al menos una copa de aquel líquido que había superado mi escrutinio en búsqueda de componentes y propiedades nocivas. Mi mayor hipótesis era el uso de nanotecnología hostil. Conocía la existencia de aquella nueva tecnología y casos de su uso en asesinatos que habían sido manipulados como muertes naturales pues, tras entrar en el organismo de sus víctimas, los nanobots se disolvían sin dejar rastro. Todo un nuevo sector con el que, como *zaibatsu*, el clan Adachi había empezado a mantener relaciones comerciales.

Manteniendo mis votos de ser guardián de los secretos de mi

señor, ni yo indagué en los últimos datos que Lord Adachi había cargado en mi *kiburēdo*. Solo a instantes de mi final recabé pistas e información suficiente como para enlazar todo en torno a alguien cuyos ojos llevo tiempo registrando con cuidado en mi memoria como mi verdadera constante.

Atsumi. Atsumi Adachi.

Una hija bastarda que buscaba ser reconocida y respetada por su padre al abrazar su legado y tradición. Todo aquello de lo que su primogénito, concebido en un matrimonio de intereses y no amor, había renegado. El darse cuenta de su error era lo que había pronunciado los insidiosos planes de ambición de Eien Isichi, quien ya llevaba tiempo embelesando a Hazuze con una existencia libre del férreo control de su padre para poder dedicarse a los vicios y placeres más decadentes que ofrecía la nueva era de Nippon.

La existencia de datos oficiales sobre esta paternidad y el deseo expreso de Lord Adachi sobre una nueva sucesión, era algo que sin duda haría tambalear los cimientos de este reciente liderazgo del clan. Perder mi *kiburēdo* sería una ofensa ante Lord Isichi, pero ante Lord Adachi, sería el mayor acto de lealtad que podría haberle entregado.

La boca de Eien Isichi ha vuelto a centrarse en consumir licor. Parece que ya se ha aburrido de

jugar al daimio y el gesto para que se acerque el encargado de asistirme en el *seppuku*, manifiesta un gran hastío de tener que seguir con la parafernalia. Pero sin duda, su mirada trasmite un vicioso deseo de ver mi cabeza rodar hacia él.

Querría ser capaz de apreciar el hecho de que el *kaishakunin* no sea uno de los matones repletos de mejoras cibernéticas con los que trata Lord Isichi. Avanza desprendiéndose del *haori* mostrando una complexión y musculatura bastante envidiables para su edad, que estimo que está cercana a los sesenta. Desenvaina con un movimiento ceremonioso una katana tradicional que, a pesar de la sobriedad de su empuñadura y guarda, indudablemente resulta una pieza de artesanía perfecta. El hombre debe de ser uno de los pocos maestros armeros que quedan en el país. Alguien más que correcto para ayudarme a cumplir este acto ancestral.

Se me pregunta si tengo unas últimas palabras, pero sin componer mi poema funerario ni debiendo comprometer a Atsumi con ninguna palabra o frase mal dirigida a Lord Isichi y Hazuze. Lo mejor es permanecer en silencio y disponerme a poner fin a este acto.

El maestro armero se dispone a mi vera y recoge de la mesa un recipiente con sake ceremonial

con el que purifica la hoja de su espada. Poso mi objetivo visual en aquel rostro curtido en el calor y brasas de los hornos y las chispas producidas en el yunque. Responde dedicándome una sentida reverencia y adopta una pose perfecta empuñando la katana erguida a la altura de su cabeza, aguardando a que yo inicie el acto.

No me han entregado un kimono ceremonial, pero aun así imito el gesto de deshacerme de la parte superior de esos ropajes que me limitarían los movimientos e impedirían acceder con total libertad al torso. Libero los cierres de seguridad para desprenderme de mi carcasa protectora abdominal, dejando expuesta una capa más endeble de una cobertura gelatinosa que oculta mis componentes interiores.

Me hago con el tantō, pero antes de acercármelo, me permito girar la cabeza para contemplar uno de los falsos cerezos en flor. Entre las luces y brillos de las hojas mecidas por un viento inexistente y una grácil caída perpetuas, capto uno que no se corresponde con esa proyección, ni con las luces de neón de los edificios cercanos. Realizo el zoom más potente que me permiten mis dispositivos oculares, para poder superar la distancia y alcanzar el techo de un rascacielos parejo a la altura de la torre Adachi. Identifico el objetivo de uno de los prismáticos más

potentes con los que poder apreciar con todo lujo de detalles desde aquella considerable distancia y el obstáculo de la proyección holográfica, la pintoresca escena de aquella azotea. El observador tiene a bien deshacerse de la capucha de su capa de camuflaje adaptativo para que reconozca su rostro antes de que la salida del sol matinal le obligue a volver a calarse la pieza de camuflaje y evitar que la claridad comprometa su ubicación.

El cuchillo especial atraviesa la superficie gelatinosa y alcanza un puerto que encaja con la forma del borde del tantō. Aprieto un botón y libero el malware que empieza a extenderse por mi sistema. Aprovecho que aún poseo movilidad en los brazos para seguir abriendo la capa protectora con un corte vertical que libera entre fluidos viscosos parte de mi cableado interior. Dispongo la zona más vulnerable del cuello para que el maestro armero pueda asentar el golpe más certero posible.

Es apenas un segundo antes de que el virus remate de corromper todo mi procesador central y el acero templado separe mi cabeza y la haga rebotar en el lienzo inmaculado dispuesto a mi alrededor cuando la visión de la lágrima de Atsumi recorriendo su mejilla provoca que el programa de poemas funerarios, aún abierto, genere uno que solo existe durante

un ínfimo instante de pureza de
unos y ceros.

CEREZO

Despido en el ocaso
al cerezo
en el perfecto neón.

Arien Vega



Nacide en 1990 en L'Hospitalet de Llobregat, Barcelona (aunque algunas fuentes afirman que nació en Amarganth, provincia de Fantasia), Arien Vega escribe poesía, fantasía, ciencia ficción y romántica. Otras de sus pasiones son los téis florales, leer mangas bonitos y tormentosos y comer sandía en verano al lado del mar. Actualmente cursa las carreras de Teoría Literaria y Lingüística en la Universidad de Barcelona.

Es autore de cuatro poemarios autopublicados: “Bosquejo” (2017), “Gotas” (2018), “Multiversos” (2018) y “ECO //astroghost” (2020). Del mismo modo ha publicado poemas de fantaciencia e intimismo en diversas antologías como los fanzines Historias Inesperadas (2018) y Las Extramuro (2023) así como en la Antología Fantaciencia de Droids&Druids (2022) y en el número Transformaciones del mismo magazine con un poema premiado con el Premio Druida de Poesía 2023.

Sus relatos de fantasía, ciencia ficción y romántica se pueden leer en las antologías “Sueños de Hadas” (2012), Antología Con Corazón (2022) y Wanderlust #3 (2023). También ha escrito dos artículos para La Nave Invisible sobre los mangas “D.Gray-Man” y “Kimetsu no Yaiba”. A día de hoy trabaja en más artículos, poemarios y relatos que verán la luz próximamente.

BAJO EL CIELO ÁUREO

*la aurora de píxeles cesa
el clic me sacude
el letargo se atraganta en el pecho
¿será que sigo soñando?*



un cuerpo metálico y vivaracho brota, se expande,
fulmina el mundo con ojos de sol recién nacido;
el primer lucero de un nuevo universo
que cabe en la palma de su mano

{bello cuerpo, dura simiente}

*el pasto de sombra y olvido
no tiene resquicios en este despertar.*

sujeto 022: EN ACTIVO

* * *



el germen sabe a salvia;

el zumbido invade mi interior,
un reguero de oro y alas que inunda cables y chapas
y que, denso, gotea sobre mis mejillas de acero;
todo se torna áureo como el océano

nace la lumbre en mi pecho,
órbitas de cristal tornasolado envían sus rayos de
sonrisa
más allá de dónde alcanza mi débil vista



*muchas veces oí a las voces cálidas hablar de este mundo
¿acaso...?*

mis sentidos se remueven, impacientes,
mis alas se esconden bajo el caparazón para siempre
—pues ya han traspasado suficientes galaxias—
y las de mis queridas compañeras
comienzan ahora a entonar su cántico.

* * *



sujeto 002: análisis de tierra=completado
calidad del aire=excelente
extracción y siembra de semillas=en proceso...

* * *

el planeta sabe a esmeralda,
no hay rastro de aquellas dulces manos
que un día me construyeron;
la ausencia de sus voces me cubre tanto
como el manto de caramelo
de los cometas de allá arriba



la tierra es firme, mi interior apremia.

* * *

sujeto 022: extracción de abejas=en proceso...

* * *



la sonrisa se vuelve vida en la tierra prometida;
una cosquilla en el estómago invade ahora
todo cuanto me constituye

*los espíritus de luz me guían,
pues dulces son sus regalos*

mis microchips velados acogen el alba;
presa del encanto, entiendo el idioma de mis compañeras:
son la voz de las estrellas que, allá arriba,

nos cubren con su inmensa luz.

engullí las profundidades celestes
navegué por el confín estelar y, al fin,
pertenezco a la tierra llana



*los pétalos nonatos ya esperan
enterrados en su cuna fructuosa
el beso de su rayo solar*

volad, amigas,
resistid la fiereza de los astros
y colmad de dicha la suave superficie
de lo que ya es Hogar
y lo será para más almas
*una vez que mi cuerpo
termine de producirlas.*



Martina López

Estudié guión audiovisual y actualmente estoy cursando antropología. Me gusta mucho la ciencia ficción, y he escrito algún que otro artículo sobre el tema en revistas como Windumanoth y Opportunity. Tengo una sección en RSK radio llamada “Cautivos del Kráter” en la que hablo del tema (aunque en este caso enfocado al cine), y otra en YouTube con el mismo nombre, dentro del canal “Crónicas Kinoki”.

VISIONES PELIGROSAS Y PROFECÍAS AUTOCUMPLIDAS

UNA BREVE COMPARATIVA ENTRE LA NUEVA OLA Y EL CIBERPUNK

La Nueva Ola de la ciencia ficción, encabezada en EEUU por Harlan Ellison, comenzó a mediados de los años sesenta y finalizó en la década de los setenta, cuando *Visiones Peligrosas*, —la revista emblemática de la corriente— terminó su recorrido. La producción de este período, conocido también como la edad de plata de la ciencia ficción, se caracterizó por buscar relatos que explorasen tabúes y desafiasen la sensibilidad social de la época. Lejos quedaban ya las narraciones que explotaban la fascinación creciente de un público asombrado por las posibilidades de la tecnología; ahora que esta había demostrado su terrible poder destructor, la atención se volvía hacia los mecanismos sociales y psicológicos que impulsan a la humanidad en una determinada dirección. Por eso el sexo y la violencia son elementos centrales en estas historias. Por ejemplo, en «Si todos los hombres fueran hermanos, ¿dejarías que alguno se casara con tu hermana?», Theodore Sturgeon retrata una sociedad utópica desarrollada al margen del resto de la humanidad. No son un pueblo desconocido, sino deliberadamente ignorado. Ni el protagonista ni nosotros como lectores, comprendemos por qué sucede esto hasta que se nos revela que dicha comunidad permite el incesto. La intención de Sturgeon era mostrar cómo el ser humano rechaza todo aquello que escapa a sus esquemas de corrección, aunque con ello deseche la entrada al mismo paraíso.

Encontramos aquí una similitud y una diferencia respecto al ciberpunk, ambas fundamentales. Si bien este subgénero también incluye con soltura altas dosis de sexo y violencia, ya no lo hace para impactar al lector. Ahora estos ingredientes se dan por sentados. Una relación sexual escandalosa o desapegada, de igual forma que un asesinato o cualquier expresión de agresividad, son descritos como aspectos rutinarios de una nueva *normalidad*.

La Nueva Ola y el ciberpunk emplean herramientas similares, pero mientras los autores de los setenta buscaban provocar una reacción, los de los ochenta simplemente las incorporan, porque es lo que se destila de la realidad que viven.

Otro paralelismo definitorio se encuentra en los personajes. En los años cincuenta los protagonistas eran casi siempre «héroes especializados» (científicos, astronautas, etc.). Pero a partir de los sesenta, la figura del salvador empezaba a perder el sentido. La magnitud de los estragos causados por las guerras era tal (recuérdese el pánico generalizado a la bomba nuclear), que la idea de que un solo personaje fuera capaz de dar un giro de ciento ochenta grados al orden social debía resultar poco coherente. Por otro lado, los sesenta fueron una época contestataria, durante la cual se sometieron a discusión las bases sobre las cuales se asentaba la autoridad (el género, la etnia, la patria... en definitiva, la identidad propia y en relación con otros). A raíz de esto, se conforman dos tipos de protagonistas: el hombre o la mujer corriente («Voy a probar suerte», F. Leiber, «El rompecabezas humano», Larry Niven, «El reconocimiento», J. Ballard), y el megalómano obsesivo («Ángeles del carcinoma» Normand Spinrad, «Cuando hay interés, cuando hay amor», Theodore Sturgeon).

En el ciberpunk, esta división deja de existir. Los personajes suelen tener una suerte de halo épico (los famosos *hackers*, los mercenarios) pero distan mucho de ser héroes. Son anónimos, y sus acciones están sujetas a la voluntad de quienes les pagan por ejercer su oficio (lo cual los devuelve a la categoría de *persona corriente*). En pocos casos, y solo durante las crisis pueden llegar a imponer su voluntad de forma autónoma. En un mundo de individualismo feroz, no existe la admiración hacia otros por sus capacidades, estas solo pueden ser absorbidas y explotadas (si se tiene el suficiente dinero para comprarlas). Además, la variedad de personalidades es bastante limitada. Todos —tanto los protagonistas como los secundarios— son apáticos y hedonistas. Sus diferencias son más bien graduales: algunos son más hostiles, más cínicos, más abúlicos que otros.

Cabe destacar el papel que juega la tecnología en ambas corrientes. Roger Zelazny por ejemplo (perteneciente a la edad de plata), parece apuntar a que esta sustituirá la dimensión simbólica del mito, erigiéndose como foco de adoración popular («Auto-da-fe»).

Samuel Delany nos sugiere algo similar, aunque expresado de forma más específica. En su obra se ven reflejadas la lucha y el vínculo que surgen de la colisión entre una nueva sociedad hipertecnologizada y

las costumbres de una vieja humanidad que no termina de desaparecer, aunque está condenada. En «Por siempre y Gomorra» nos presenta a unos técnicos espaciales que han sido alterados genéticamente para no tener órganos sexuales, y a los fetichistas que, atraídos hacia la imposibilidad de satisfacer sus deseos físicos y embelesados por esta raza de criaturas inalcanzables, contratan sus servicios de prostitución. En «Alta tensión», un tren gigantesco que atraviesa el mundo llevando corriente eléctrica a los lugares más recónditos del planeta, se enfrenta a un grupo de personas que viven aisladas, y que no les permiten instalar la red en su territorio.

En el caso del ciberpunk, esta dualidad ya no es externa, por lo que no puede ser representada por grupos de individuos en pugna o mediante la relación entre el ser humano y el entramado social. Ahora la llevamos dentro de la piel; es una batalla interna, y huelga decir, perdida. Lo mejor a lo que se puede aspirar es a aprender a vivir con ella, como le ocurre al protagonista del relato «Ojos de serpiente» de Tom Maddox.

Por último, debe nombrarse a un autor de la Nueva Ola cuyas aportaciones al ciberpunk suelen ser mentadas de forma casi incidental. Lo cual es curioso, pues no sería exagerado decir que sin él, este subgénero difícilmente existiría tal y como lo conocemos.

Basta con echar una ojeada rápida a las adaptaciones que se hicieron en base a sus relatos y novelas para darse cuenta de hasta qué punto ha contribuido a formular el imaginario de la estética ciberpunk (*Blade Runner*, *Total Recall*, *Minority Report*, etc.).

Además, mientras el discurso punk se centra en hacer analogías del presente, este autor cumplió con el cometido fundamental de la ciencia ficción: despejar la bruma para permitirnos ver un poco más allá. Pocos como él han sido capaces de pronosticar con tanta precisión los mecanismos del mundo posmoderno en el que nos tocaría vivir unos años más tarde.

La mejor definición que se ha hecho de su obra es la que nos dejó Terry Gilliam:

«Para todo aquel que esté perdido por las realidades eternamente multiplicadas del mundo moderno, recordad: Philip K. Dick ya estuvo ahí».

La exacerbación de la subjetividad, muchas veces alterada por las drogas (*Fluyan mis lágrimas dijo el policía*), la perspectiva múltiple (*Los clanes de la luna Alfana*), la imposibilidad de distinguir entre originalidad y reproducción (*¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* y *El*

hombre en el castillo), la identidad, no como algo exclusivamente personal sino como una construcción colectiva, la abolición de la perspectiva histórica y la nostalgia como un producto, son todos temas que Dick desarrolló, con mayor o menor profundidad, pero de una forma indiscutible. El ejemplo más claro es probablemente *Ubik*; Sin el personaje de Jory, el parásito que deambula a través de las conciencias de los semivivos ¿habría un *Neuromante*? ¿Podría haber escrito Gibson *El continuo de Gernsback* sin el viaje a contrarreloj hacia el pasado de Joe Chip?

Respecto a la relación entre alta tecnología y baja calidad de vida, recordemos aquella puerta del piso del protagonista que no se quiere abrir porque este no tiene monedas para insertarle.

Ubik es un mensaje presentado en forma de producto. Es una metáfora del discurso codificado en los circuitos del mercado, que se reproduce hasta la saciedad, aunque el contenido sea siempre el mismo. Aunque en este caso actúa como un agente positivo, Dick expresa todo esto con cierta sorna.

Mientras que para este autor, la revelación del sentido del producto nos descubre también el confinamiento en el que se halla el protagonista (resulta ser un producto «para muertos»), en Gibson las constantes referencias a marcas causan el efecto contrario: no tienen relevancia en la trama, rompen con la cadena de significado. En definitiva, son estereotipos que hacen referencia al caos globalizado. En un pasaje de *Mundo espejo* describe a la protagonista de la siguiente manera:

«Una camiseta Fruit limpia, su MA-1 negra de Buzz Rickson, una falda negra sin marca del mercadillo benéfico de Tulsa, los leotardos negros que había llevado para Pilates y unos zapatos negros de colegiala Harajuku».

Conclusión: ¿existe vida después del ciberpunk?

El tránsito de la Nueva Ola al ciberpunk es el paradigma de un ascenso y una caída, paradójica y por partida doble: la Nueva Ola aún batallaba contra aquellos (ya fueran público o crítica), que tildaban a la ciencia ficción de banal y risible, al tiempo que se esforzaban por manifestar el alcance y la peligrosidad de sus «visiones». Cuando llegaron los ochenta, esas profecías se estaban cumpliendo y la corriente ciberpunk se dedicó a concretar sus coordenadas más que a conjeturar sobre lo que vendría a continuación.

Ahora que se ha demostrado que las visiones entrañan verdades, ahora que la alegoría es tan obscuramente clara que ha quedado es-

téril... ahora parece imposible ver más allá, y ya nadie se ríe.





Jesús Durán

Jesús Durán ha participado en diversas antologías y revistas literarias. Con poemas, en: Legado (antología); Sueños de Nieve (antología); Recuerdos de Tinta (antología), y Pulporama (revista). Con relatos, en: Droids and Druids (fanzine); Hay Otros Mundos (antología), y Sueños, Visiones, Terrores (antología).

Ha publicado poemas y relatos escritos a cuatro manos con Libertad García-Villada en: Droids and Druids; La Savia de El Bosque (antología); Melodías de papel (antología); Una biblioteca sin libros (antología); Huellas (antología); La bastarda postmoderna (revista); Pulporama; Mordedor (revista); el III concurso de Libélulas Negras (antología); Lo Desconocido (revista), la II antología Show Your Rare; La magia de la primavera (antología); en De Rebeliones Va La Cosa II (antología); Altavoz Cultural; Revista Exogénesis; El Yunque de Hefesto; y en el concurso de «Historias de Europa» de Zenda.

Publica también poemas, relatos y reseñas de libros en el blog Relatos y mentiras.

Twitter: @joseyshepard



Libertad García-Villada

Libertad García-Villada ha autopublicado dos novelas (Nostalgia y El final de Melancolía) y tiene una tercera novela en valoración por editoriales. Ha participado con relatos en: Legado (antología); Sueños, Visiones, Terrores (antología), y en la revista Literentropía.

Ha publicado poemas y relatos escritos a cuatro manos con Jesús Durán en: Droids and Druids (fanzine); La Savia de El Bosque (antología); Melodías de papel (antología); Una biblioteca sin libros (antología); Huellas (antología); La bastarda postmoderna (revista); Pulporama (revista); Mordedor (revista); el III concurso de Libélulas Negras (antología); Lo Desconocido (revista); la II antología Show Your Rare; La magia de la primavera (antología); en De Rebeliones Va La Cosa II (antología); Altavoz Cultural; Revista Exogénesis; El Yunque de Hefesto; y en el concurso de «Historias de Europa» de Zenda.

Publica también relatos y reseñas de libros en el blog Relatos y mentiras.

Twitter: @LibertadVillada

CHARLES



El personaje está sentado en un sofá, despatarrado, como si se hubiese caído del techo. Su aspecto es desaliñado, aunque en realidad está limpio. Delante tiene una mesa con varios vasos bajos, uno medio lleno. También dos botellas de whisky irlandés, a las que accede con facilidad con la mano derecha. Antes ha bebido unas cuantas jarras de cerveza y otros tantos chupitos de whisky: su inseparable boilermaker. En frente hay un sillón, no tan cómodo, en el que se sienta el cronista.

Charles, háglenos del proceso.
¿El proceso?

De creación. De su creación en concreto.

Yo de eso entiendo bien poco. Ni puta idea tengo.

Algo sabrá del tema.

Lo que me han contado. Lo que he oído y me ha quedado. Como digo, bien poco.

Por favor.

Joder, qué insistencia. De acuerdo: te cuento lo que sé. A ver. Vivís en un mundo de mierda...

Ejem.

De mierda, sí. Aunque no lo veáis. Ni las moscas saben que es mierda lo que comen. Así sois vosotros, como las moscas. Y como sois unos *comemierdas* pensáis que tenéis razón, que está rica. Y os equivocáis. Vivís en una sociedad en la que lo que nos hace humanos, lo que nos define realmente, aquello por lo que nos sentimos atraídos por encima de todo, los vicios, ha desaparecido por completo: la gente ni fuma, ni bebe, ni folla... Ni se droga, por supuesto. Nada. Ni siquiera hace apuestas. ¡Ni siquiera juega al bingo! Tampoco hay conflictos de ningún tipo, ni armados, que me parece estupendo, cojonudo. Pero menos aún sociales. Os han estado seleccionando genéticamente desde hace generaciones, mucho antes de colonizar este planeta, para que no obtengáis satisfacción de ningún tipo de vicio. Y para que la violencia desaparezca de vuestra naturaleza. Sois como las babosas. Tan solo os alimentáis, hacéis vuestro trabajo de babosa y morís. Ni siquiera, porque las babosas al menos follan. Y vosotros ni eso.

El sexo generaba demasiados problemas.

Joder, para nada.

Se está desviando de la cuestión.

Oh no, estoy llegando al meollo. Y no he terminado: hay más. Que no es solo que lleváis una vida in-

comprensible, es que además la lleváis en esta jaula de cemento, metal y vidrio, en esta necrópolis. No habéis visto nunca un árbol. Ni el cielo, con la jodida cúpula, esa que tenéis sobre la cabeza. Vivís dentro de una puta bombonera. Pero sin chocolate.

Objetos como los árboles los hemos visto en la ficción. También el cielo.

Eso es igual que no haberlos visto. En realidad no habéis visto una puta mierda.

Los árboles, es bien sabido, no pueden crecer en este mundo.

Sí, un horror. Pero sigo: como tenéis una vida de pena, por completo antinatural, antihumana, carecéis de alma. Y sin alma no es posible crear. No disponéis de artistas de ninguna clase. No es que sea un problema: hay obras de otras épocas, innumerables. Con todo, a los humanos nos gusta la novedad, lo diverso. Y en arte, por supuesto, un movimiento que represente el momento que estamos viviendo. Que *nos represente*. Porque así somos: puro ego. Qué sentido tiene, en cualquier caso, leer literatura sobre un mundo que ya no existe, en todos los sentidos además, o sobre una época pasada que ya no se entiende. Así que alguien con un poco de seso se dijo que los productos artísticos, sí, tal cual: *productos*, tendrían un buen mercado. Porque eso no lo habéis podido eliminar aún y

quizá no lo podáis eliminar nunca, por mucho que lo intentéis: la atracción por lo bello, por lo preciso, por lo que nos hace sentir bien, en paz con el Universo. El Arte. Todavía os queda esto, lo único que os separa de las moscas: que podéis apreciar el arte, que os sentís seducidos por él. Pero para crearlo se necesitan artistas. Y entre las babosas no hay artistas. Ni manera de generarlos. En consecuencia, algunas compañías se están dedicando a producirlos. A partir de artistas del pasado.

Como usted.

Sí, supongo que así es: como yo.

¿Y cómo se produce un artista como usted en estos días?

Deberías saberlo, ¿no? Para eso eres cronista.

Charles, atégase al guion.

Qué guantazo tienes, chaval.

Charles...

Que ya, que sí. Pues a mí en particular me generaron por clonación. A partir de ADN. No sé con exactitud de dónde: de mi cadáver, de unos pelos de mis huevos guardados por la familia de alguna fan, de una mancha de semen en algún calzoncillo o algún condón en un museo..., a saber. Por lo visto mi esencia, de una manera u otra, está en todas partes. Soy como Dios.

¿Dios?

Un amigo imaginario muy popular en mis tiempos de antaño.

Mmmh.

Y una vez clonado me hicieron crecer como un puto vegetal hasta una edad madura, que fue en la que empecé a ser creativo en mi vida anterior, al menos que se sepa.

Háblenos de su infancia. De su juventud.

Qué coño, pero si acabo de decir que me hicieron crecer como una jodida judía.

No obstante, usted en ese tiempo tuvo una vida.

No. Está todo implantado en mi mente. Una IA, o como cojones se llame a ese tipo de artilugios, generó varias toneladas de recuerdos artificiales a partir de mis memorias, de mi obra, y me los implantaron con un chip. Pensando que cuando me trajeran a la vida, como a un puto monstruo de Frankenstein, todas esas memorias harían su trabajo, definirían mi carácter. Para lo cual tuvieron que activarlas antes de despertarme. Viví esos recuerdos en mi mente antes de empezar a vivir la realidad. Como un polvo rápido, muy muy rápido, vamos, que te corres y casi ni te enteras.

Fascinante.

Mi culo, gilipollas. *Fascinante*. Pero claro, no es lo mismo vivir una experiencia que recordarla tan solo.

¿Cómo lo diferencia?

No lo sé. Solo sé que esos recuerdos artificiales, de algo que no he vivido realmente, no son como

los recuerdos reales, son más bien como los recuerdos de sueños: sé, siento, percibo por completo que es algo que no he vivido de verdad. Muy jodido.

Pero han sido suficientes, han hecho su trabajo, han servido para crearlo: usted se comporta como Bukowski. Y escribe como él.

En cierta medida solo. Genéticamente soy él. Y tengo sus vivencias, más o menos. Pero además, y quizá sobre todo, es que vivo como él.

¿En qué sentido?

En el más importante: tengo siempre barra libre. Cualquiera que beba lo que yo bebo puede escribir como yo escribo. Cualquiera menos tú, claro. Tú no.

¿Es suficiente con eso?

No. Yo no llevo una vida de mosca. Bebo, fumo, follo, apuesto... Pero llegas tú y me prohíben fumar. Por eso me repugnas. Eres un cáncer para mi libertad.

Creí que era de babosa.

Tanto da. De bicho en cualquier caso.

Porque ustedes, los artistas, viven en un, llamémoslo *recinto*, especial.

Así es. Y nos relacionamos entre nosotros. Por suerte supisteis separar las moscas de los humanos. Y los humanos hacemos cosas de humanos. Como follar. Anteayer por ejemplo me tiré a Janis Joplin. O ella se me tiró a mí, no sé. Tanto da: no fue un mal polvo y eso que

estábamos bastante colocados. Y a mí la experiencia me dará para un poema, y a ella quizá para una canción. Y vosotros lo leeréis y la escuchareis encantados, deseando vivir algo así pero sin agallas para hacerlo. Ni ganas realmente. No obstante, pagareis por el poema y la canción. Porque la empresa que nos ha creado se ha ocupado muy bien además de poner el arte de moda. Ha apelado a vuestra supuesta inteligencia y consumir arte es ahora un indicio de conocimiento. En este momento, el arte es una necesidad. Pagareis. Se venderán bien. Y el mundo seguirá girando: la Joplin se pondrá hasta las cejas de lo que sea que se mete y yo beberé hasta anestesiarme. O quizá lo celebremos juntos y volvamos a follar. Al final todo se reduce a eso: al puto dinero. Esto es algo que no ha cambiado ni cambiará por los siglos de los siglos. No importa dónde ni cómo vivamos, como en esta ratonera. El dinero seguirá siendo la fuerza divina que mueve el mundo. El triste destino del ser humano: morir por algo que en realidad no existe y nunca existió.

Bueno, ya, pero de hecho es un asunto de dinero por el que lo hemos invitado al programa. Para que nos hable del pleito que ustedes, los artistas, le han puesto a la compañía que los ha creado, *Fututext*.

Oh. Eso es fácil de explicar.

Verás: *Fututext* se lleva al completo los beneficios de nuestras obras, a nosotros no nos otorga nada, no nos paga, se limita a mantenernos. Y esto no debería ser así. Nos trata como si fuéramos una creación suya, como si le perteneciéramos, pero somos seres humanos como tú y como cualquier otro. Bueno, no iguales, de hecho algo mejores.

Pero es cierto que ustedes, de alguna manera, son una creación suya. Una conexión biológica les une a la empresa, porque han sido concebidos por *Fututext* y su mente ha sido germinada por los recuerdos de...

¡No me jodas! Te estoy diciendo que ante todo somos seres humanos. ¿Qué nos diferencia realmente de vosotros, los demás, que habéis sido seleccionados genéticamente?

Nosotros somos el resultado de un programa gubernamental. *Fututext* es una empresa privada.

Eso es un tecnicismo. No hay diferencia. El único problema es que, como siempre, la Ciencia va por delante de la Ley, y aún no saben muy bien qué hacer con gente como nosotros a nivel legislativo. Y *Fututext* lo está aprovechando para utilizarnos de esclavos poco menos.

Entiendo. ¿Cómo piensa que se resolverá?

La cuestión fundamental no es cómo sino cuándo. Es claro que vamos a ganar. Pero *Fututext* nos

lo va a poner muy difícil, va a llevar el asunto hasta el límite que sea necesario, y mientras, esa panda de mamones seguirá enriqueciéndose a nuestra costa.

¿Pueden ustedes negarse a producir?

Estamos obligados por un puto contrato. Además, que nos quitarían nuestros privilegios.

Ya veo. Dado que estamos con este tema, ¿qué está escribiendo ahora?

Un poemario.

Oh, otro más.

A la gente le gustan, se venden como rosquillas. Les planteo vivencias. Así que... De todas maneras, este es distinto: se fundamenta en experiencias de mi existencia anterior, cuando trabajé de cartero; quizá no tenga mucho sentido para vosotros, pero ¡que cojones!, yo necesito sacármelo del pecho. Y no estoy aquí para satisfaceros, aunque me hayan diseñado para hacerlo. Que les den a todos esos hombrecillos.

¿Nos podría adelantar algo?

El escritor mira el vaso que acaba de coger hace un momento. Observa el líquido ambarino y lo apura de un rápido trago. Mientras lo deja en la mesa, mira de arriba abajo al cronista, con los ojos entornados, como si lo viera por primera vez. Sonríe con suficiencia y saca un papel de un bolsillo interior de su chaqueta. Está plegado sin cuidado en partes

desiguales. Lo abre con parsimonia y le pasa la mano, para alisarlo, encima de una de sus piernas. Le echa un vistazo y sin volver a mirarlo se pone a declamar:

Dispongo de un espacio en la furgoneta

El vehículo asignado por correos para mis repartos

Un habitáculo propio, sucio

Que es mío, mi pequeño universo

A veces me duermo en ese rincón infecto

Si he pasado una mala velada

Está definido

Entre los fardos de cartas

Entre restos de envoltorio de tabaco

Ese celofán transparente que protege el veneno

Entre latas vacías de cerveza

Entre unos monos de cartero ajados

Entre algún libro que encontré

En contenedores de basura

Como un perro dejado y olvidado

En la cuneta de la vida

Entre cartas para gente sentenciada

Que no pude entregar en persona

Porque estaba borracho

Y las olvidé

Y cuando por fin las repartí

Ya no había mano ninguna para firmar

El acuse de recibo

Llegué tarde o la muerte se ad-

elantó

Qué más da

Me olvidé de entregarlas, ¿y qué, eh?

La jodidas cosas que pasan

Le justifiqué la entrega a mi jefe

Hice un garabato

Como si fuese un dios que dispone

Y, como tal, decidí abrir una carta

Destinada a un muerto

Dentro había unas líneas de su hijo

Y un billete de cien dólares

El hijo le decía: «Papá, para tu operación de cáncer»

Ahora el hijo no sabe que su padre no vive

Ni el padre el valor que tiene para su hijo

Un puto billete

Un papel en vez de llamarlo o ir a verlo

El hijo aún le sigue enviando cartas

Por correo normal que se amontonan

Y se amontonan

Y se amontonan como la basura

Mejor así, que ninguno sepa el asco de verdad

Dos extraños

Y yo me gasté los cien dólares en putas

Eso es la justicia de la vida

Una mierda de cien dólares.



Ioseba Vilas

Ioseba Imanol Vilas Molina (Donostia-San Sebastián, 1973). Hijo de libreros, y precisamente muy influenciado por ellos desde muy pequeño se aficiona a la literatura, los tebeos, cómics, el cine, las series, y Artes en general. Cursa y culmina sus estudios como Técnico Superior en Artes Plásticas en EAD de San Sebastián. Ha tomado parte en diversos concursos y exposiciones de humor gráfico, fotografía, micro relatos, cómic, caricatura, logotipos, ilustración, o cartelería entre otras disciplinas, obteniendo diversas menciones y galardones, participando en varias publicaciones, y colabora asiduamente con entidades de ámbito cultural y deportivo. Es cofundador y autor de las ilustraciones y parte de los textos del fanzine La Valla, en el cual se abordan temas relacionados con el cine, el terror, y la ciencia ficción, y que está íntimamente ligado a la Semana de Cine Fantástico y de Terror de San Sebastián de cuya “Guerra de fanzines” han resultado ganadores hasta en cuatro ocasiones. Acaba de retomar su proyecto camyss, iniciado en 2017, a través de dos plataformas externas de venta online , destinado a llevar sus diseños más allá del papel. Algunas de sus ilustraciones y micro relatos han sido seleccionados para los primeros números de la revista Pulporama.





Rosa N. Morillo

Rosa N. Morillo (Badajoz, 1992) es enfermera de hemodiálisis, lo que no le ha impedido seguir cultivando sus dos grandes pasiones: la lectura y la escritura. Se decanta por relatos de corte fantástico, terror y, en ocasiones, ciencia ficción. Algunas de sus últimas publicaciones son “Carroñeros de Ceniza”, en el número diez de la revista de fantasía Windumanoth; “A mi dulce Judith”, en el especial Bram Stoker de la revista digital Círculo de Lovecraft, que fue radioficcionalizado en su podcast; “La Sombra” en la antología digital Terror Prehistórico, disponible en Lektu, y “Todo tiene su momento”, que formó parte del número 3 de Pulporama. Otras de sus historias, “Era nadie” y “La Reina de las Ratas” han sido ficcionadas en el podcast Cuentos del Bosque Oscuro. Además, en Lektu puedes encontrar el relato de fantasía oscura “La hija del conde” como primera aventura de autopublicación.

Puedes encontrarla en Twitter/X @23SniperWolf.

OJOS AZULES

El pulso de la ciudad latía en la placa metálica que tenía pegada al cráneo; casi podía sentir los tornillos de titanio perforar las circunvoluciones de su lóbulo temporal, como el espectro de una vibración ronroneando en su oído. El repiqueteo de la lluvia sobre el impermeable de plástico se unía a la melodía haciendo de bajo, constante, rítmico, generando una sensación cálida de familiaridad. Alzó la cara, apartando la mirada de las botas amarillas para posarla sobre el escaparate, buscando su reflejo. Ya no se reconocía en aquella piel artificial, en aquel cuerpo que habían esculpido al milímetro, poniendo una intención perversa hasta en el más nimio detalle. Las luces de neón, reflejadas en el vestido corto de hilo metálico, le daban un aspecto fantasmagórico. Nunca había sido tan perfecta, ni había



estado tan rota.

Vagaba sin rumbo; el pelo húmedo se le pegaba al cuello, de un naranja flúor vulgar e impersonal, como una cerilla brillando desesperada en ese mar de gente sin rostro, sin futuro, destinada a consumirse fugazmente en la prisión de carne y acero que la corporación le había regalado. Había luchado contra ellos con todas sus fuerzas, con la tenacidad que solo puede tener alguien a quien se lo han arrebatado todo. Y la habían aplastado, borrando de un plumazo su pasado, sus recuerdos. Lo que una vez amó. Lo que una vez fue. Solo le habían permitido conservar su odio; era parte del juego, para que tuviera la certeza de que ellos habían ganado. Para extirpar cualquier semilla de esperanza.

Y, sin embargo, ella prometía esperanza en cada parpadeo, en cada suspiro, en el caminar grácil que le habían programado, en el azul profundo de sus ojos desconocidos. Era la lámpara hacia la que los mosquitos orbitaban, cegados por una luz que enmascaraba la muerte. Era la princesa eterna, esperando bajo el aguacero para hacerlos soñar, para hacerlos creer que podrían salvarla. Porque esos sueños eran peligrosos para la ciudad, para el equilibrio. La corporación sabía que las emociones eran volátiles. Muchos llevaban dentro el fuego de la rebelión sin

saberlo y solo hacía falta la chispa adecuada para hacerlos a arder. Como le había sucedido a ella.

El coche se detuvo a su lado: una llamada amable. Un hombre sencillo, una mirada corriente, una sonrisa cargada de buenas intenciones. Eran cada vez más escasas gracias a su inestimable labor. La gente buena solía tener principios, incluso ideas. ¿Había tenido ella ideas propias, o se lo había imaginado? ¿Había sido capaz de mostrar algo de amabilidad genuina? Ladeó la cabeza en ese gesto perfecto, fingiendo que nada le importaba: ni la lluvia, ni el mundo, ni siquiera ella. Como si no fuera esa la verdad. Él le ofreció llevarla, y leyó en sus ojos que no había ninguna intención oculta. Entonces el mecanismo se activó con un chasquido: subió al coche, pasajera de sí misma, incapaz de tomar los mandos de ese cuerpo que no le pertenecía.

Esta vez contó una historia tierna, de un hijo perdido que nunca existió, de una lucha contra la soledad que no era propia, de un viaje de psicotrópicos que había terminado con la venta de órganos para saldar todas las deudas que tenía. Se preguntó si habría algo de verdad en los papeles que le obligaban a interpretar. Si serían las vidas de otros que habían cometido tantos errores como ella. Le dio una dirección falsa, y las luces de la urbe fueron muriendo mientras

ellos recorrían en silencio sus arterias de asfalto, entre promesas de un porvenir incierto, fraguando despacio los primeros acuerdos de un amor irreal, destinado a estrellarse.

Los suburbios estaban despoblados, en parte por la hambruna y por la miseria, pero también por las limpiezas de la corporación. Aventurarse allí era un suicidio en la mayor parte de los casos, por lo que su elegido debía de ser también un hombre valiente. Demasiadas virtudes en un mundo que solo premiaba los defectos, demasiadas cualidades para convertirse en un héroe. En un salvador. El programa nunca fallaba. La ayudó a apearse del vehículo, dudando si dejarla sola. Ella se percató entonces de la pistola escondida bajo la axila, de las botas de trabajo llenas de barro, de la gabardina gris gastada por el tiempo. Parecía salido de una de esas viejas películas del siglo veinte, y sonrió para sus adentros. Destacaba tanto como ella entre la masa; era una especie de milagro que hubieran tardado tanto en encontrarlo. Sus dedos suaves, con uñas perfectas decoradas con esmalte de colores dispares, lo asieron por la pechera cuando fingió tropezar. Quería gritarle que corriera. Quería suplicarle que colocara el cañón de la pistola bajo su mandíbula y apretase el gatillo.

Pero lo atrapó en una mirada larga, de esas ideadas para crear una ilusión de intimidad.

Un piso estrecho, un nicho de hormigón que no permitía ver las estrellas. La luz blanca del fluorescente hiriendo sus pupilas, revelando hasta la más pequeña mota de polvo que se acumulaba sobre aquellos muebles rectos, fríos, que ella no había elegido, pero incapaz de mostrar lo artificial de sus sentimientos. Como una sala de interrogatorios. Como un quirófano. Él, incómodo, sintiéndose culpable, rezumando lástima y vergüenza en el ir y venir inquieto de sus ojos, tratando de unir las piezas del puzle sin sentido que era su persona. Luego llegó un beso que ya no podía sentir. Un beso que le prometía aventuras, riesgo, misterio. Un beso que lo estaba sentenciando a muerte. Y después vino todo lo demás. Un acto de humanidad que había perdido todo sentido al someterse a los algoritmos de la máquina. Y, al final, el silencio, roto solo por el zumbido del aire acondicionado, mientras la luz gris del día se abría camino entre las persianas, tímida, llevando la certeza aciaga de que los de la corporación no tardarían en aparecer.

Su héroe frustrado dormía, con fiado, agotado. Ella podía tomar de nuevo las riendas de su cuerpo. A la corporación le gustaba atraparlos vivos; solían ser una bue-

na fuente de información, podían comerciar con sus recambios y piezas, o incluso convertirlos en cebos como ella. Lo miró con cierto aire de tristeza, sabedora de que haría un buen papel, de que habría quien estuviera dispuesta a inmolarse por un rostro como aquel. Si pudiera ejecutar algún acto de piedad lo mataría allí mismo, pero la corporación había previsto situaciones semejantes: había medidas de seguridad, cortafuegos para el libre albedrío. Así que solo podía esperar, como hacía siempre, hasta leer la traición y el desengaño en aquellas facciones hermosas por naturaleza.

Se tumbó a su lado, en la penumbra, y buscó a tientas una mano a la que asirse. No sabía cuántas veces había sucedido aquello, no podía evocar ningún momento anterior a la cama estrecha, a ese techo bajo, a esa muerte en vida. Pero lo más doloroso, lo más cruel de esos instantes que precedían al caos, era la ilusión infantil de que algo podía cambiar. De

que había una posibilidad, pequeña y brillante, de huir de ese bucle de muerte y engaños. De que, de algún modo inimaginable, podía salvarla de verdad. La esperanza era el más terrible de los castigos.

El golpe al otro lado de la puerta la devolvió a la realidad.





Sophia Hidalgo Hernández

Sophia Hidalgo Hernández (Tacoronte, 2001) es escritora y está graduada en Español: Lengua y Literatura por la Universidad de La Laguna. Consiguió el primer premio en el XIX Concurso Universitario de Relato Breve Día del Libro de la Universidad de La Laguna 2023, en homenaje a Félix Francisco Casanova. Su cuento «Bajo la alfombra» ganó el certamen de creación literaria de los Premios al Arte 2023, celebrado por el Ayuntamiento de Candelaria. También obtuvo el primer premio en el I Concurso de Microrrelatos (2023) que organizó el Carné Joven Europeo en Canarias con «Ilusión». Su microrrelato «Mejor de lejos» se editó en la antología *Un San Valentín Caníbal*, vol. II (2022). Ha sido subdirectora de la revista cultural y universitaria *Cipselas*, en la que ha publicado el microrrelato «Esperanza» (2021) y ha escrito los editoriales de los números «Hilanderas» (2022) y «Lo siniestro» (2022).

CINCO CON CINCO PULGADAS

para Andrea

Tengo los dedos fríos. Las líneas, difusas. Cae la red. Lindes policromadas: amarillo y verde y rojo y azul y

El horizonte se llena de piernas: largas, largas, plastilina, goma. El hueso se diluye tras la inoculación de cobertura. Red. Se cae la red. No llegó la fibra óptica a Tacoronte hasta hace tres años. La clorofila de las plantas es salvia densa de información. Pasto de placa base.

Figuras borrosas: amarillo y verde y rojo y azul y

Cargando, cargando...

Vello de cobre en las extremidades largas, largas, pero no plastilina, no goma. El verbo se hizo carne. Silencio. Borbotea el líquido de refrigeración. Se me bugean los axones. La carne se hizo plástico. Hambre seca, acidez. Vuelve la red, hay fibra óptica en Tacoronte. Pero vamos a quince efe-pe-eses, vamos a cero coma un kilobait por segundo. No importa. Continuar. Aceptar. Piernas infinitas: el plástico se hizo píxel. El plástico se hizo píxel.

El píxel, pantalla apagada.

Ya no tengo

los dedos fríos.



